

JOSE VICENTE ABREU

**ROMULO GALLEGO
IDEAS EDUCATIVAS EN
LA ALBORADA**

SERIE AZUL
Crónica y Ensayo

Perry
Tiverton U. S. Virgin Islands
August 6 1978
Reef flats
Caribbean Sea
Federated States of
Micronesia
1978

© JOSE VICENTE ABREU/Ediciones CENTAURO
AVILA ARTE, S. A., (AVILARTE) Impresores
Caracas / Venezuela / 1977

D. A. Körner & Son

© JOSE VICENTE ABREU/Ediciones CENTAURO
AVILA ARTE, S. A., (AVILARTE) Impresores
Caracas / Venezuela / 1977

CAAG6161

V863.4409
G166a

JOSE VICENTE ABREU

ROMULO GALLEGOS
IDEAS EDUCATIVAS EN
LA ALBORADA

SERIE AZUL
Crónica y Ensayo



EDICIONES
CENTAUBRO/77
Caracas Venezuela

BIBLIOTECA NACIONAL

CARACAS - VENEZUELA

BIBLIOTECA NACIONAL

Depósito Legal

D. L. #8-224

VENEZUELA

PROPOSITOS

Uno de los propósitos eminentes del Colegio Nacional de Periodistas es la edición y la divulgación de obras de afiliados suyos, y de autores venezolanos y extranjeros de todos los tiempos, que contribuyan a mejorar, superar y robustecer el nivel cultural y científico de los profesionales de la comunicación social, a facilitar el uso de textos y materiales de investigación a los aspirantes a la licenciatura en nuestra profesión y, en términos generales, a situar el producto y el fruto de la inteligencia del hombre, recogidos en el libro, al alcance de todos cuantos, nacionales y extranjeros, conviven aquí y aportan el esfuerzo de su trabajo y de su pensamiento a la realización de un mejor destino para nuestro país.

Por tal propósito, dentro de la estructura de la Junta Directiva Nacional del Colegio se creó la Secretaría de Publicaciones que, junto con una Comisión Especial asesora integrada por los destacados periodistas e

intelectuales Jesús Sanoja Hernández, Alfredo Armas Alfonzo, Carlos Dorante, Pedro León Zapata, Luis Beltrán Reyes y Aníbal Nazoa, tendrá la directa responsabilidad editorial del Colegio.

Y el mismo propósito explica que se haya suscrito un amplio convenio de cooperación con el editor José Agustín Catalá, quien tendrá a su cargo, y bajo su directo cuidado profesional, la impresión y la distribución de las publicaciones, simultáneamente amparadas por la exigente seriedad del Colegio en cuestión de selección de materiales, y por la también exigente seriedad de las empresas CENTAURO y AVILA/ARTE, del editor Catalá.

Tres series integran el programa editorial acordado entre el Colegio y el editor. LA SERIE AZUL, de crónica y ensayo; la SERIE ROJA, de entrevistas y reportajes; y la SERIE ANARANJADA, de documentos. Con las tres aspiramos a cumplir cabalmente la honrosa responsabilidad de comenzar a satisfacer aquel propósito eminentemente que ha dado origen a este programa.

Héctor Strédel
Secretario de Publicaciones

IDEAS EDUCATIVAS EN LA ALBORADA

OBRAS PUBLICADAS

SERIE ROJA (Entrevista y Reportaje)

Nº 1. VENEZUELA INSOLITA

Juan Manuel Polo

Nº 2. POR AQUI PASO ZAMORA

José León Tapia

Nº 3. AQUI SE VIENE A MORIR

Luis Evaristo Ramírez

SERIE AZUL (Crónica y Ensayo)

Nº 1. CIVILIZACION Y BARBARIE

Julio C. Salas / Prólogo de Ramón Losada Aldana

Nº 2. SIMON BOLIVAR / El gran escritor y sus influencias

Introducción de Marius André y Prólogo-Ensayo de Rufino Blanco Fombona.

Nº 3. LA REFORMA EN RISTRE

F. Tosta García

Nº 4. ROMULO GALLEGOS

Ideas Educativas en "La Alborada"

José Vicente Abreu

POR PUBLICAR

SERIE ROJA (Entrevista y Reportaje)

Nº 4. DEL AYER CERCANO

Juanito Martínez Pozueta

Nº 5. PROXIMOS Y LEJANOS

Héctor Mujica

Nº 6. ENTREVISTAS Y REPORTAJES

Eleazar Díaz Rangel

Nº 7. BALANCE DE UNA JORNADA

Omar Pérez

SERIE AZUL (Crónica y Ensayo)

Nº 3. NARRACION

Nicolás de Federman / Prólogo de Miguel Acosta Saignes

SERIE ANARANJADA (Documentos)

Nº 1. DE COSTA RICA A NAIROBI

Prólogo, selección y notas de Antonio Pasquali

I

**UNO QUE NO FUE NI CURA NI DOCTOR
NI GENERAL**

A los 25 años, Rómulo Gallegos, no era ni cura, ni doctor ni general. A esa edad, un hombre de fortuna habría hecho carrera en la Venezuela de entonces. Y con mejor suerte, realizar las combinaciones que se daban en la época: coronel-cura, doctor y general, presidente-general o diputado-coronel, y, en última instancia, en la frustración —tal cual como lo pinta Gallegos— bachiller, secretario o juez municipal. Pero para el joven Rómulo Gallegos ésta no era la meta. Apenas era uno de los pocos que salía de la oscuridad o pretendía dar algunos pasos fuera de las sombras. Empieza a vivir su propia simbología cuando —por una grieta insignificante entre dictadura y dictadura— abandona la noche, no como espíritu del mal sino del bien, y se asoma a la claridad para proclamar justicias, buscar la luz, la razón y no dejarse llevar por tenebrosos nubarrones.

La noche parecía haber concluido su ciclo trágico en los primeros ocho años del siglo XX. Por fin era posible para Venezuela el Siglo de las Luces en los primeros alumbramientos de la electricidad (ingenio, artificio de lámparas

incandescentes, en el regocijo de un nuevo misterio sin velones ni candiles. Otra luz del hombre llega con la magia de los inicios y todo lo tenebroso tiembla). Todo lo irracional parecía quedar en el pasado de oscuridades traicioneras, guerreristas y caudillesscas. La primera década del siglo XX comenzaba con la caída de Castro que se iniciaba en el turismo por enfermedad y parecía llevarse la suma de todos los males en sus riñones contaminados.

(Mas, parecía que las tiranías en Venezuela no era cuestión de riñones solamente. Ni el ciclo de las tiranías terminaba por el hecho inevitable de la sucesión de los siglos en la Venezuela contemporánea).

Pero el siglo de la noche, de torvas oscuridades acechantes, se nos prolongó por cincuenta años más. Tiranías de otros signos y con otras ambiciones nos sumieron nuevamente en la caverna. El joven Gallegos sabía muy poco entonces de las oscuridades materiales y espirituales del petróleo que apenas dejaba grietas de tiempo en tiempo para mirar la luz. Con el instrumental de que disponía en 1909 —sin duda, mucho antes, en ensayos y balbuceos, desde el silencio—, buscaba desesperado las causas y trataba de encontrar los factores que modificaran la estructura, plenamente identificada en sus primeros estudios.

(A la luz del debate ideológico de nuestro tiempo, diríamos hoy que en Venezuela, la violenta y dramática base feudal de las desigualdades del siglo XIX se rejuvenece en el siglo XX con las modalidades de explotación petrolera por el capital financiero internacional).

Sin embargo, no se engaña en estos primeros y definitivos intentos. Escasos meses después de la salida de Castro y el primer husmear petrolero de la dictadura de Juan Vicente Gómez, el joven Gallegos ya intuye cercana la oscuridad. No puede confiar en la voluntad de un hombre avalada y respaldada por los barcos de guerra norteamericanos en La Guaira. Las causas no se van con Castro. Y el factor educación que en el primer Gallegos puede modificar la evolución social como una revolución, apenas comienza a discutirse. Con los otros jóvenes tiene que decir, con cierta desesperación, que Castro no es el mal y que no se puede — por mucha bondad que exista — confiar en la voluntad de un solo hombre. Castro y Gómez forman parte de la misma coyunda dictatorial: quien había sido segundón de la oscuridad, ahora inicia su larga noche. "La Alborada", es apenas una campanada en medio del silencio aterrador. Pero allí se inicia Gallegos como luz.

1. Ni cura ni doctor: maestro

Como personajes, los generales, entonces surgían casi espontáneamente. No se estudiaba para general. No porque fuera profesión o ambición desdeñable y discriminante de clase media, en un país se siervos y terratenientes. (La "clase media" acogotada en la polarización teórica, se ganaba las oportunidades en los azares del machismo).

En nuestra historia los generales surgen de todas las clases y mestizajes. Los generales negros se dieron su gusto en la Federación. No hay discriminación entre los "guerreadores" afortunados. Para Gallegos surgen de esclavitudes o enfeudamientos por igual: entre esclavos y señores, entre compa-

drazgos y rebeliones, llamados ancestrales o mitológicos, entuertos o rectitudes, lealtades y traiciones. Y alguno fracasa cuando, con ciertos ideales, quiere embanderarse caudillo de frustraciones, por la desesperación de no hacer nada, y apela al expediente de los bárbaros. Parecen obedecer al dramático planteamiento igualitario de las sociedades en formación:

—Si ellos pueden sin nada en el espíritu, ¿por qué no puedo serlo yo cargado de purezas y compromisos con la justicia? Y se mueren de fiebre o de delirio cuando no pueden asimilarse al aprendizaje de vivir precariamente en el primer encuentro con un medio hostil. Porque priva una estrategia elemental ante la debilidad propia y el supuesto poder de fuego del gobierno: **la alianza con el monte.**

(En el desafío de los inicios, monte y general —montonera de sobrevivencia y fortalezas materiales y espirituales—, son una simbiosis. Y el Libertador da la clave cuando inventa y predica la “guerra prolongada” —con el arma potente de montes y alimañas— para enfrentarse a los organizados ejércitos de la “Santa Alianza”, en rimbombante escaramuza de reconquista borbónica. La escuela militar de entonces se hacia sus galones y charreteras de monte, en medio de picadas y llagas purulentas).

Por más de un siglo una manera de vivir el venezolano fue la guerra. Allí pueden encontrarse muchos de nuestros rasgos culturales. Los elementos de la guerra incluían una manera de vivir, y no pocas veces, satisfacer con demasiá las elementales necesidades materiales y espirituales en saqueos y rapiñas. Y este difícil oficio venezolano provocó desarrollos

colaterales de apresuramiento, impaciencia, soberbia, iracundia por resolver las cosas. Y en este resolver y resolverse todo, con un sentido personal, sin una sola idea colectiva, recrearse todopoderoso aunque fuera en el único instante del despojo. ¿Acaso no traía la guerra dos objetivos concretos: botín (medio de sobrevivencia) y ejercicio de lo más primitivo de la voluntad, traducido en desmanes y enaltecido como poder por los plumarios?

En el guerrear se sobrevive mejor que en la alternativa de la cría y la agricultura. La paz trae consigo los riesgos mediatos o inmediatos de decomisos y requisas. (La paz es una calamidad —pensaban— que trae consigo la necesidad del trabajo. La guerra —pensaban— trae consigo la muerte o la vida para no trabajar).

En este marco cerrado, y casi sin salidas, se desarrolla la infancia y la juventud de Rómulo Gallegos. Pero el tema nos arrastra hasta el punto de adelantarnos a los planteamientos y análisis de sus comienzos y a lo largo de toda su obra. En sus primeras publicaciones de "La Alborada" ya no se le escapa nada de lo que ha rodeado, rondado, acechado sus primeros pasos. Gallegos no ve en ellos un camino de redención, de reivindicación, de cambio, con todo y su preocupación por Zamora. La historia del tiempo federal traiciona a Zamora. Pero hemos tocado algo de la cultura "guerreadora" urgidos por una pregunta que siempre nos ha hecho cavilar en las largas noches en que la patria parece irse por un hilo de sangre:

—¿Por qué Gallegos no fue general?

(En 1947, durante su campaña electoral por Barlovento —en el mismo lugar donde inventó a Pedro Miguel Candelas—,

una anciana llamó general a Gallegos. El escritor no reconoció el halago y respondió:

—¡Yo no soy General!

Y la anciana insistió:

—¡Pero lo serás!

Gallegos sonrió. Era elemental la realidad venezolana: como Presidente, sería general).

Muchas veces en sus novelas se desdobló en estos personajes para vivirlos plenamente. Algunos pasan a retiro en el escepticismo de su rectitud, de su justicia arrasante y vengadora. Pero él mismo no ve la vía triunfante del intelectual guerrillero. Muere siempre, fracasa, es traicionado, incomprendido, desadaptado, extraño en el fuego de la guerra. Ha visto pasar los generales y sabe que sus caminos conducen solamente hasta donde llega la huella de los cascos de sus caballos. En la infancia de privaciones no se le agolpan las ambiciones de salir a conquistar todo también, sino que aparece muchacho contemplativo —como algunos de sus personajes adolescentes—, capaz de soñar y de inventar sacrificios. La infancia se le acaba con un sentido evasivo de esta realidad. Los generales pasan entre polvaredas y el mundo para Venezuela sigue igual en sus desmanes. Prefiere irse, él mismo, hacia adentro, hacia el espíritu. Se siente un místico. Más en las andanzas de las almas que en los acechantes pasos de hombres como tales. Quería ser cura, religioso, magia y misterio. (Severidad de profeta que podía reconocer en las humaredas un apocalipsis tropical. Cura

medio-loco sin saber mucho de las bendiciones alucinadas). Tal vez adolescente y soñador esperaba el milagro de la transformación.

¿Cambiar la naturaleza de los guerreadores por la fe en el cielo y los amenazantes infiernos? ¿Buscador de El Justo? ¿Protesta viviente entre la horda?

Cura bonachón, tolerante, entendedor de las extravagancias de las almas superiores, para quienes no es posible la identidad del pecado. O cura caminero de revólver y tabaco con aparecidas por la cuaresma en villorrios y santuarios, para en un solo dia arreglarle los asuntos divinos a las gentes. Santo adolescente en las "Vidas de Santos", que fueron sus primeras lecturas para despertarle "un misticismo precoz, alla por los doce años, cuando se preparaba para la primera comunión", como Reinaldo Solar. Santo por privaciones y disciplinas más que por renunciación. ¿Acaso no somos capaces de todos los sacrificios reales e imaginarios —que son más reales aún a esa edad— en la adolescencia? Héroes, santos, amantes de terribles fantasías vividas hosamente por las incomprendiciones humanas. Y tener que vivir cuando ya han pasado esos tiempos fabulosos y queremos ser contemporáneos de los más puros, hazañosos y milagreros. Contemporáneos de Jesús con sandalias empolvadas y gastadas de tanto andar por su Judea con la magia divina de los milagros. A la adolescencia llega en los misticismos: recogimiento de miserias. Promesas de mayores sacrificios como pruebas de conformidad para en pocos años llegar a las rebeliones.

(Su postura mística es verdaderamente una reacción contra la vía natural en la Venezuela violenta. Es la rebeldía contra

un tiempo de violencias que lo llamaba, lo presionaba, para que se incorporara a la horda y se convirtiera en caudillo o doctor de caudillo).

Tal vez el debate tácito entre la madre que lo quiere santo y el padre que lo ve ya de general o doctor.

A Rómulo Gallegos se le acaba la infancia cuando a los 11 años ingresa en el Seminario Metropolitano. Un retirado lugar para aprender, como son retirados los lugares a donde van sus personajes en busca de pureza, cuando sienten el alma pesada por la contaminación de la ciudad sin hacer nada útil. (Vaga noción de soledad y contemplación en el claustro, donde los santos encontraron la paz y la identidad con el más allá).

El sitio ideal para afinar el espíritu, porque no soporta seguir burdo y tosco para la empresa que se propone en sus primeros sueños. ¿Acaso por el seminario no se llega a la educación, aunque estén frescos aún los decretos de Guzmán Blanco?: la disciplina, las disciplinarias, obligar el cuerpo a soportar todas las tensiones espirituales. Reinaldo Solar afronta sus miedos con una voluntad despiadada hacia si mismo. Es la prueba del miedo para templar y alcanzar por dentro, arrojos y valentías. Busca el lugar de preparación para la gran empresa que ni él mismo intuye. Pero abandona el Seminario por un llamado de responsabilidad familiar. Es decir, lo llama un nexo con el mundo que hacía poco estaba dispuesto a abandonar para vivir puro espíritu, sin carne de compromisos y debilidades.

No pudo ser cura. Y más tarde les encuentra destino diverso en sus novelas, pero más perdurables, más trágicos en los caminos de la guerra civil.

(Quiere ser cura para curar algo. Lo intenta en sus primeras aulas, en sus ensayos a medias. Y más plenamente cuando descubre la simbología en sus novelas. Gallegos allí, nos crea y recrea un mito de venezolano que ya no parece reconocerlo en los más antiguos ancestros o en las más recientes andanzas libertarias).

Y se le va la adolescencia entre la vocación religiosa —fraile o atea— y el ejercicio del magisterio como una necesidad. Maestro por la necesidad de vivir y estudiar. Aún en su bachillerato (Colegio Sucre de Caracas, 1901-1904), los dos primeros años son de indecisión por uno u otro camino. Pero no hay oportunidad para las evasiones, para la soledad de las invocaciones o la purificación inalcanzable: la educación está llena de impurezas y trampas. El mundo reclama presencias integrales y exige una actividad sin evasiones. La necesidad lo ha puesto en contacto con una realidad de urgencias presentes. Y aparecen amigos y lecturas y libreros y ansias de saber y de imitación o rebeldías. Hasta que se descubre en la nueva vocación, todavía no definitiva, pero casi definida en su interior. Estudia y enseña: es maestro de escuela, pero todavía no presente los alcances de su verdadero magisterio. Apenas se sabe en la cátedra, encerrado en un aula, con una audiencia limitada, tal como su propia limitación magisterial. Aceptaba este destino como un medio para ganarse el derecho a estudiar. Conquista con el trabajo su derecho al aula, al libro, a la vida que le negaba la pobreza. La pobreza material no

puede convertirse en obstáculo para la riqueza espiritual. Y su espíritu analítico y crítico le permite descubrir a sus propios maestros, en un ejercicio dañino, tiránico, de manifiesta frustración cuando se afirma como la primera y la última palabra en la cátedra y fuera de ella. Así lo dice cuatro años después en "La Alborada" y lo recoge irónicamente en 1913 en "Reinaldo Solar".

He aquí la descripción de ese maestro que él se negaba a ser, porque debía sustituirlo un hombre nuevo, de vigor democrático. "Semanas después, Reinaldo ingresaba en un colegio que dirigía un celebrado pedagogo llamado Jaime Payares, personaje todo huesos y severidad, que tenía una exagerada idea de sí mismo, y ejercía una especie de monopolio de la cultura de sus alumnos, burlándose groseramente de toda la que fuera adquirida extra aulas, porque estaba convencido de que tenía derechos absolutos sobre las inteligencias que se le confiaban.

"Este juicio a propósito del maestro lo oyó Reinaldo de boca de un estudiante de Filosofía que se quejaba de haber sido víctima del sarcasmo brutal de aquél, por haberse permitido sostener algo que había leído en una obra que acababa de llegar a la librería de su padre".

Este no era el maestro que quería ser ni tampoco la instrucción que impartía despotica y dictatorialmente. Ahora anda casi a tientas, pero sabe lo que no quiere como remedio educativo. Y presiente que probablemente este es su destino y para alcanzarlo debe comenzar con él mismo, con lo nuevo insurgiendo siempre contra lo viejo y caduco.

Desde ese momento bullen las preguntas que tanto le angustiarán dos o tres años más tarde:

—¿Qué hombre hacemos? ¿Qué espíritu forjamos? ¿Qué destino le reservamos a este venezolano desde las aulas? ¿Cuál nuestra instrucción, nuestra educación, las necesidades culturales?

¿Cómo hacer un hombre distinto al caudillo? ¿Cómo sacarlo de su influencia, de su ámbito, de su desgracia?

Más tarde será despiadado en su análisis de "La Alborada". Pero desde su ingreso a la Universidad se afirma en una voluntad capaz de soportar todas las derrotas interiores y comienza a proyectarse hacia una dura moral de lección diaria. La vida como lección, sin decaimientos ni tentaciones. La vida como ejemplo de algo digno. La vida-magisterio. La vida-símbolo. Extraña, difícil, responsable, racional, sin desperdicio, comprometida, mal pagada, dolorosa. La que tiene el precio más alto para vivirla. Pero al mismo tiempo, la vida camino, horizonte, esperanza que se abre paso entre espantos y aparecidos con la fe de civilizar y construir pueblos en el alma de las gentes, Construir pueblos en el pueblo desolado y mal llevado. Sacar de la inagotable cantera de la espera y la frustración, la esperanza, el camino, la felicidad, los sueños.

Ingresa en la Universidad para volver al magisterio por necesidad. No importan las fechas. Ricardo Montilla dice: "1905, primer año de Derecho en la Universidad Central de Venezuela". Juan Liscano dice: "Falló su grado de agrimensor que, en ese entonces, abría las puertas de la Universidad,

porque no pudo satisfacer la suma irrisoria que pedían los estudiantes para preparar el problema y enseñarle el uso de los instrumentos. En 1903 recibió el título de bachiller (Montilla: *bachillerato, 1901-1904*). Para poder graduarse acudió a un amigo de su padre quien logró que la Universidad le pagara sus gastos. Pero una vez ingresado al Aula Mater tuvo que retirarse de la Facultad de Leyes porque su padre lo necesitaba para que le ayudara a sostener la familia".

Pero no nos satisfacen estas afirmaciones. Y Julio Rosales nos hace dudar. Y más todavía la voluntad "voluntariosa" de Gallegos, como tantos de sus personajes. La disciplina, ese imponerse a las adversidades, jamás ha encontrado en la miseria y la pobreza suficientes argumentos para abandonar. En un hombre como Gallegos, la pobreza no es un obstáculo. Además, en "La Alborada" plantea la contradicción entre la formación del profesional, del doctor y la formación del hombre. La universidad de su tiempo contribuye a la deformación. Ella se integra como segundona y sirvienta de los oficios menores del tirano. De allí las palabras amargas de Reinaldo Solar sobre la Universidad. Y luego una pregunta: ¿por qué no retorna cuando puede?

¿Por qué encuentra la Universidad fuera de la esquina de San Francisco, en un liceo, sin desdeñar, como Reinaldo, del universitario-hombre, factor de civilización en sus otras novelas? ¿Por qué no encuentra los verdaderos valores universales del hombre en la Universidad, sino los medios profesionales que requiere la tiranía para sus fines?

Julio Rosales con temblorosa y cauta prosa nos da alguna luz sobre la salida de Gallegos de la Universidad. En un acto homenaje a Gallegos en 1959, Julio Rosales dice:

"Dejó Gallegos los estudios. Ya los había dejado Julio Planchart. Eramos bien pobres la mayor parte de los integrantes del grupo. Pero, subterfugio o estado de amargura, o reacción arrogante, Gallegos no soportó un desliz de ancianidad del más anciano de nuestros catedráticos; que de ser intencional, en otro habría configurado injusticia supina. Gallegos se marchó de las aulas universitarias".

Muy pobres, pero con todo eso, ¿primer gesto, iniciación pública del hombre-lección? ¿Manera elegante de irse? ¿Amargura o respuesta inmediata a un hecho que no podía soportar sin los duros reclamos interiores? ¿Convencido ya de que allí no había nada que buscar, como no fuera un título, una patente de profesión para un oscuro ejercicio? ¿Leyes en un país sin ley como no sea la que dicta la ambición del caudillo triunfante? En "La Alborada" también tiene un artículo sobre las leyes que luego anima en sus novelas hasta el punto de lo grotesco. (Ramón J. Velásquez en "La Caida del Liberalismo Amarillo", desarrolla un capítulo extraído de la realidad histórica que guarda cierta parentela con el análisis galleguiano sobre las Leyes).

Para ser bachiller, que sólo da un pase a la Universidad, se convierte en vigilante de quedados, en maestro lector de libros prestados y adulto de ceño fruncido y traje negro en plena juventud. Debe ser un joven muy serio, aplicado, de conducta intachable y de inmejorable rendimiento. Después molesta a un amigo de su padre para su ingreso en la

Universidad. Un favor para un joven pobre y arrogante que quiere continuar estudios. Pero luego se va. Y no se trata de una huida, porque lejos de eso, busca un lugar donde ganarle la partida a la Universidad, en la formación de otros jóvenes con cierta preparación para las rebeldías. Lo cierto es que no fue doctor, pero tampoco un desdichado bachiller frustrado y secretario, de rastrera trapacería como algunos de sus personajes. No lo frustró la Universidad porque no podía darle lo que buscaba y que puede encontrarse en la más extrema pobreza. De allí salió a dar lecciones. Y, en "Reinaldo Solar", "Graciela es pobre y desde la salida del colegio tuvo necesidad de trabajar, enseñando a las hijas de familias ricas. Ese dinero, ganado en el enojoso trajín de las clases a domicilio, no era sólo para sus propios menesteres, sino también para ayudar al sostenimiento de su casa"...

El desdoblamiento de Gallegos en este personaje es su manera de expresar una vivencia, con ánimo de volver sobre ella, según la necesidad narrativa. Este "enojoso trajín de las clases a domicilio", sin duda, le daba al joven Gallegos para subsistir y no le impedía continuar sus estudios universitarios. Tampoco se sale de la pobreza con este "duro trajín", pero la hace más llevadera. Y con este trabajo la miseria ya no era una impedimenta para continuar sus estudios.

La reflexión de entonces la encontramos a lo largo de su obra: la Universidad manufacutra los doctores que requieren los generales. Porque aún vivimos una época en que los doctores forman parte del inventario de los recursos ganados al enemigo en los combates y escaramuzas. En los partes se da cuenta del material de guerra abandonado por el enemigo: parque, cajas de guerra, bestias, doctores, muertos y heridos.

Pero también son universitarios sus personajes, símbolos del factor civilizatorio. Es decir, un universitario que se salva y ayuda a salvar.

Con el gesto de abandonar los estudios universitarios, adquiere el compromiso del magisterio. Y desde ese momento sabe perfectamente que el ejercicio de esta profesión no se empoza en el aula, no tiene límites, no es un simple medio de ganarse la vida, si es que se tiene realmente un compromiso con el alba, el despertar de la conciencia, la primera luz, la ruptura con toda oscuridad.

Gallegos cuando abandona la Universidad se rebela contra las últimas sombras que le quedan en su interior. (No será tampoco doctor de caudillo, casi el destino único del profesional universitario. Era preferible un destino mejor para el sacrificio). Se va de la engañosa claridad de la noche que es la Universidad. Tal vez con las amargas palabras de Reinaldo Solar, tantas veces repetidas por los venezolanos en las horas más oscuras de la patria, se fue Gallegos de la Universidad:

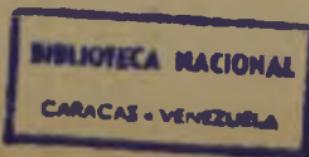
"¡Casa de los segundones! ¡Hermana menor de la revuelta armada! Tú también tienes la culpa".

Porque se negaba a ser el secuaz ilustrado del bárbaro.

II

EL DELIRIO DE UNA ALBORADA

El verdadero magisterio de Rómulo Gallegos comienza en "La Alborada". Hasta la aparición de sus primeros escritos en esta revista había sido un maestro por circunstancias. Transitoriamente ejerce el oficio en el Liceo "Sucre" como maestro de primaria. Pero, sin duda, comienza por el principio. Es un primer contacto con quienes se inician en el aprendizaje. Digamos que para un futuro artista creador de símbolos, esta circunstancia le permite adivinar el encuentro de dos comienzos: él como maestro y ellos al pie de la escala social. (No pocas veces en sus novelas se propicia el encuentro de personajes ignorantes y doctos, aquellos, algunas veces inocentes o ganados por el machismo, como último destello de presencias heroicas). Gallegos tiene 18 años cuando llega al liceo, en plena avidez, en la búsqueda consciente y ya con el demonio de captarlo todo en una sola visión rápida, periodística y relampagueante de universos contradictorios. Castro está en el poder y dirige su propia apoteosis. Se viven elocuencias, palabras vibrantes, saraos, telegramas de felicitaciones, exaltación al pacificador, bloqueos, proclamas, patrioterismo, gracias al Señor por la



salud del Restaurador; Castro se construye su propio mundo de glorias y exaltaciones en la repetición de la historia como comedia. Y Rómulo Gallegos y otros jóvenes parecen preocuparse sólo por el porvenir, por una vida que allí no tiene cabida.

Gallegos entra y sale de la Universidad a los 23 ó 24 años. No es un desorientado por las grandes tensiones interiores, al influjo de lecturas, profesores o estudiantes de mayor edad. No lo desequilibra la miseria ni se deja llevar por la desolación de las frustraciones.

En medio de la pobreza sabe tomar su camino y su postura. Cuando abandona la Universidad da clases, pero entre 1906 y 1907 es Jefe de la Estación del Ferrocarril Central. Su prosperidad pudo estar ligada al ferrocarril en igual medida a la prosperidad que dejó en Venezuela este medio de comunicación, con sus escasos mil kilómetros y más de una decena de trochas distintas. Gallegos, se hubiera quedado con sus zapatos blancos en el hall de la estación entre vapores y tosidas de calderas silbantes. Pero fue el aprendizaje del tránsito, del apresuramiento de un país que aprendió a usar el ferrocarril no como un medio de comunicación para enlazar los distintos puntos del desierto para decirlo con los primeros planteamientos galleguanos, sino para propiciar el encuentro de las distintas ignorancias del país, con la premura de imponerse unos a otros. El ferrocarril no trajo civilización como se dice de otros países. Era una pobre manifestación del coloniaje en un país miserable donde no había casi nada que explotar. Anémico ferrocarril para conducir a terminales de exportación los escasos productos agrícolas. Pero en cambio fue asimilado de

inmediato en las tácticas primitivas de nuestros guerreadores. En ocasiones sólo era utilizado por los soldados de lado y lado. Llegó un momento en que el gran deudor del ferrocarril —por servicios prestados a la nación— fue el gobierno. Y hubo huidas de políticos, campañas electorales y amenazas a banqueros a base del ferrocarril. ¿Escaseaban los caballos de tanto guerrear? Lo cierto era que a veces las tropas llegaron hasta donde se topaba con otra tropa invasora por la misma vía. Tal como el papel del telégrafo, dicho sea de paso. Castro llega al poder por telegramas, (le dicen que se van a entregar y él responde telegráficamente las condiciones de entrega desde una escasa distancia de veinte kilómetros —de la tierra de nadie— entre La Victoria y Maracay). Y hubo momentos en que el tráfico Morse se atascaba con mensajes del gobierno de órdenes de arresto o nombres de felicitadores (se nos antojan juguetes como la radio, la televisión y las computadoras de nuestro tiempo, en un país acostumbrado a recibir resultados de la ciencia y la tecnología frívolamente. Pero para el asqueroso daño de aniquilarnos como pueblo y nacionalidad).

Resultados de la ciencia y tecnología extrañas que no contribuyen al desarrollo y la liberación, sino al atraso y a la esclavitud. Ejemplarmente podemos tomar la radio y la T.V. como elementos que contribuyen a la enajenación en todos los aspectos. Nos damos hasta el lujo de una T.V. oficial, sin anuncios comerciales, pero sin dejar de tarzanejar o destacar la chabacanería criolla en competencia con las boberas animadas.

Gallegos hablará después del ferrocarril de los llanos, pero no lo usa como personaje central de la civilización. En cambio,

su personaje de siempre en la lucha contra la barbarie es la educación. Su pasantía por el ferrocarril le permite volver los ojos hacia la educación y no admite el lugar común del camino de hierro, por sí mismo, como factor civilizatorio. (Gallegos, sin mencionar el ferrocarril, nos da personajes a caballo. Es decir, y con cierta exageración de nuestra parte, no se agota la civilización a caballo. Todavía en sus novelas, es tiempo de caballo. El mito de Gallegos anda a caballo. El caballo siempre como símbolo de igualación de los hombres sobre tierras y bestias).

Del ferrocarril lo lleva Juan Liscano a tenedor de libros en la Hacienda "Valle Abajo", "de los Soublette, cuyo primogénito, Enrique, resultó ser uno de sus mejores amigos". Otra pasantía para su encuentro con la Casa Grande, arquitectura simple que se yergue con majestad rural en el centro, rodeada de chatos y enclenques cobijos de campesinos. Una casa grande de leyendas, ahora un poco símbolo de poder decadente, con recuerdos de pasados momentos de prosperidad, hoy en abandono fantasmal de ratones y murciélagos, por mucho que trate de llenarla con su presencia el último vástago carcomido de soledad.

(Casa grande-añoranza, señuelo de segundón en la conquista. Elevación sagrada para las violaciones. ¿Dónde herir más profundamente a la hora de las profanaciones? La casa grande se constituye en lugar de misterioso poder descorrido cuando los herederos débiles no conservan el poder que pasa por la vía violenta del blanco al mestizo contaminado con sangre positivista en las violaciones). La contradicción entre el dueño ausentista frente al empuje del caporal mediásangre, oscuro en sus orígenes, armado de revólver, arro-

gante, altanero, semisalvaje que empieza a hacer fortuna en deslealtades y oportunidades a caballo. Desde allí el mundo se cae o se levanta. Porque Gallegos desde entonces busca aunque sea una tradición para la unidad nacional dispersa, que no termina de integrarse, y medio asoma en unas conyunturas semibárbaras. Los guerreadores han cambiado las relaciones en las grandes haciendas. El igualitarismo comienza a forjarse por el machismo jactancioso. Al amo se le disputa la propiedad, "la blanca" y la justicia feudal. La guerra cambia el campo y el alma mientras los señores han huido a disfrutar del producto del trabajo esclavo o servil. Pero la transición impide ver claramente los cambios. Y para Gallegos es difícil llegar a la estructura tambaleante, pero que no se desmorona sino que cambia de manos. (Donde se aposentaba el blanco, ahora —en Gallegos— se posesiona el mestizo, el bastardo, a ejercer los mismos desmanes).

La casa grande es el país en la miniatura de una novela. Pero sigamos con la cita de Liscano:

"Este vástagos del mantuanaje (se refiere a Henrique Soublette, que firmaba con "H") era lo contrario de Gallegos: todo entusiasmo extrovertido, fantasía bohemia, riqueza afortunada, talento desperdiciado. Inspiró el personaje de Reinaldo Solar. Falleció prematuramente, en 1912. La familia quemó sus originales por temor a su pensamiento poco acorde con el de rigurosa ortodoxia católica imperante en ella. (Hay una comisión revisora y editora de la Universidad Simón Bolívar, que al parecer ha logrado buena parte de esos originales que no fueron quemados. Quizás, muy pronto, podamos conocer la obra de Henrique Soublette, que no logró incendiar al mundo. J. V. A.).

"Gallegos ha evocado con palabras fidedignas al amigo y al compañero de letras desaparecido. Junto con Julio Planchart, Julio Rosales y Salustio González Rincones, formarán el grupo de **La Alborada**".

Julio Rosales nos sitúa en los encuentros en la Universidad cuando eran **inéditos**, y empezaban a leerse mutuamente sus originales. No debían escribir solamente para las arañas del aposento, como decía Soublette. ¿Estos encuentros se realizaban cuando Gallegos era estudiante todavía? ¿O Gallegos volvía a la Universidad para encontrarse con ellos? ¿Fue una peña literaria que se formó por el deslinde con los demás, deslinde de sueños, de inquietudes? En la Universidad se descubren dentro de las mismas preocupaciones en la realidad o en la fantasía. Los vincula la literatura, la realidad económica, política, social, el destino de un pueblo. Era el vínculo del sueño.

Pero no había llegado el alba todavía. Aún estaban en los mejores momentos del delirio.

1. El hombre del Delirio

Aunque sólo fue a Gallegos a quien sus compañeros de tertulia llamaron **el hombre del delirio**, todos estaban ganados por esta manera de manifestar angustia, inquietud, impotencia. Esta manera de andar entre los cielos y el infierno, siempre con algo sobrenatural, de invocación, elevación, carne y espíritu intemporal de comunicación, pasado-presente-futuro, sin tregua ni ataduras. Amor, pasión, locura por Venezuela, en todos los aspectos de la vida, como breves años después tratan de entender a fuerza de análisis.

La evocación la trae Julio Rosales en su discurso, homenaje a Gallegos, el año 59. El original leído entonces por Gallegos en la Universidad, seguramente está diluido a lo largo de su obra, y nunca lo menciona. Rosales lo evoca así:

"Tomó asiento Gallegos en la hierba, alargó las piernas cuanto pudo, y de espaldas contra el mástil sutil de la reseda, dio comienzo a su lectura. Su primer tema confiado al grupo fue un "Delirio". Se titulaba así: "Delirio". Manuscrito en letra apretada y gruesa, con rasgos de tinta negra, tan negra como sus cabellos de veinte años; se desarrollaba abstractamente en dos usuales cuadernos escolares de esos con tapas de cartón"...

No dice el contenido, sólo "se desarrollaba abstractamente"... y lo asimilamos a otros delirios de venezolanos en horas duras y terribles de la patria. Pero el grupo no tenía tiempo para soñar hechos "en forma de concepciones rosadas" "...y nos dimos a la tarea, propia de la inexperiencia, con festiva travesura, hija de los verdes años y el irrespeto iconoclasta de las cosas graves, a tomar en broma al autor, molestándole los oídos con la alusión de aquel parto exagerado en el que rezumaba la esencia escolástica del reciente bachillerato. Terminamos por llamar a nuestro lector:

—El hombre del Delirio".

De la primera fiebre de vivir en letras, fluido, cálido, sin treguas para seguirlo extensamente como revelación o confidencia de poseso. Porque siempre la libertad ejerce posesión que llega —en determinadas condiciones— hasta el

delirio, aun en aquellos que han sido sus mejores seguidores, sus más fieles intérpretes. Y los lleva de la mano hasta las altas cumbres entre nubarrones, claridades y transparencias, como si buscara realizar de nuevo la magia del pacto entre los hombres. Se invocan pasados y futuros por igual en parentelas de quimera cuando alguna debilidad los deletrea pequeños ante la magna empresa. Buscamos aliados demóniacos o celestiales que nos ayuden en la empresa libertaria. Y hay quienes se quedan en el puro delirio de no hacer nada, sin el más allá de la realización —hechos o fantasías— con las ansias de lo inalcanzable. Y a muchos les rompen el delirio cuando les rompen la vida. Pero como el delirio es a su vez anticipación de algo que **ha pasado en el futuro**, anticipa el destino como sol de rosadas auroras. (Suceso del pasado en el futuro porque ya no hay tiempo y se vive el cambio, el eterno cambio que rompe en la irrealidad las cadenas de los hechos. Bolívar allá en el techo de América. O Antonio José Paredes en la invocación de los héroes en sueños, antes de la empresa libertaria donde por fin se emparenta con la muerte).

Gallegos se anticipa, como hombre del delirio, y se prepara para una empresa que lo reclama por entero, sin desviaciones, en su obra. Porque se trata de la vida de un pueblo que se busca y le encomienda a los más puros la misión de buscadores. Gallegos es uno de los maestros buscadores de destino de su pueblo. La misión es dura, difícil, amarga, cuando en las bases aún hierven sin integrarse en los crisoles —en las esencias positivistas galleguianas—, los elementos de un pueblo que todavía no madura en sus orígenes.

El grupo de jóvenes se prepara en las sombras y espera. Trata de adivinar la coyuntura de debilidad propicia para un

arranque sin pausas. Cuando se reúnen en la Universidad, apenas han comenzado una vela de armas. El viejo claustro —medio escombros de un terremoto— es un lugar propicio que comunica austeridad, imagen de estructura que resiste y no termina de caerse. Velan las armas de las letras, en un país donde los guerreadores aún no terminan de repartirse el magro botín. Simbología de una Universidad que no pueden derribar totalmente las fuerzas telúricas, aprovechables solamente fuera de las aulas —en la cercanía de Vargas—, en la parte ruinosa que clausuró el gobierno y que no creía necesario levantar de nuevo. La Universidad se caía y la única fuerza interna que podía levantarla era la que aprovechaba esta parte de soledad y ladrillos rotos, que había dejado el sismo del 29 de octubre de 1900. Los aprendices de Quijote, ayunan, hacen sus votos en las letras, como armas poderosas de la debilidad. (Sí, las letras son débiles en las iniciaciones del presente, pero también son armas poderosas cuando trascienden al futuro. Porque las frágiles letras tienen la eternidad de sobrevivir cuando la fuerza tan poderosa y represiva muere).

Vela de armas como tantas veces en la Universidad. Cuatro años después vivirán el trimestre precario de un delirio en "La Alborada". Pero para Gallegos, fue el comienzo de su verdadero magisterio. Las letras son armas que lo desvelarán toda la vida. (No pocas veces los personajes de Gallegos en sus novelas expresan en sueños y delirios los propios del autor en medio de los escombros universitarios. En la Universidad caída en un ala, parece que la patria está rota. ¿O siempre se descubre a la patria maltrecha primero en la Universidad?).

2. Parecía un amanecer

Castro se fue sin saber que perdía el poder. "Su grandeza" nebulosamente heroica, le retarda la conciencia de la caída. No podía creer un recién salido de los himnos que ya los coros habían cambiado de divinidad.

Gómez queda encargado de la Casa Grande todavía en la precariedad de un caporal a quien le disputan una herencia malhabida. El esquema de Gallegos funciona en otras proporciones. Uno se va y otro se queda. Antes todo giraba alrededor de Castro, ahora hay un pequeño lapso de transición, donde se asegura el poder y se dejan algunos cabos sueltos, a la deriva, para terminar con el mito que se había hecho prefabricar el propio Cabito. Libertad de expresión para criticar y acabar a Castro en unos pocos meses. Parecía un amanecer. La transición entre un caudillo y otro podía ser la coyuntura. La hora sonaba clara para los nuevos planteamientos.

El gobierno había acuñado el lema donde se sintetizaba la esperanza y la frustración de los venezolanos:

—¡Ahora o nunca!

Pero las interpretaciones de este ser o no ser, eran distintas. Para los jóvenes intelectuales preocupados tenía que ver con la transformación del país, las bases de una nueva sociedad, las relaciones civilizadas entre los venezolanos, la búsqueda de un nuevo destino. Para los prohombres del gobierno se refería sencillamente a Castro: **Ahora tomamos el poder o no lo hacemos nunca.** La diferencia entre hombres de pensa-

miento y hombres de presa. Cambiar las estructuras o borrar un nombre para inscribir otro. Sin embargo, había que darle contenido a este lema de los hombres de acción. Y esta es la primera intención de los jóvenes intelectuales que vienen del silencio, sin contaminación, puros, y que no reclaman una parte del botín. Un **ahora o nunca** que en la mentalidad gomecista tomaba la forma trágica de **yo o nadie**, como tantas veces se ha planteado en la realidad del absolutismo dictatorial.

(¿Acaso no era el momento para que los jóvenes intelectuales traspasaran el **ahora**, tan del caudillismo en el asalto, la componenda y la traición, para llegar, para avanzar, para saltar al **nunca**? ¿Ir, como después se lo plantea Gallegos en diferentes circunstancias, **más allá de más nunca**? ¿Acaso no viene de aquí ese reto aún planteado para la inteligencia? ¿Trasponer los términos y no quedarse en el **ahora** de Gómez, e ir más allá del **nunca** en el asalto al cielo?).

Había que intervenir y no quedarse en casa. Era también la hora de las definiciones. (Gómez era la pared para no llegar al **nunca** revolucionario).

"Deslumbrados" por tanta luz, pero conscientes al encender otra llama que iluminara los espíritus, nacen como **alborados** unos adelantados que surgen de las sombras.

3. Los alborados

Parecía que se habían agotado las palabras para identificarse. Se veían en la necesidad de acuñar una que significara alumbramiento, parto de horizontes, nacimiento, sol, aura

que podía desarrollarse luz eterna. Complementar la palabra escasa o desgastada con otros elementos simbólicos en un logotipo que dijera un ahora para mañana sin hundirse en el **nunca de la nada**.

(Escoger un nombre y rodearlo de calor juvenil, de espíritu, es el primer deslinde. Parecen decir:

—Como el alba, nacemos por primera vez ...venimos con la luz... Porque es importante saberse parte del instante que se vive).

Difícil encontrar las palabras, agotadas en loas y salves a la tiranía. La palabra era escasa. Hasta **alborada** había sido utilizada por los fariseos. La adulación es una modalidad de las relaciones públicas. Y cuando realizan la primera cura a la herida de Castro, el dios de las naciones velaba por Venezuela: la prensa describe el acontecimiento y no pueden fallar los telegramas de adulación —coro implorante, suplicante oración por hilo Morse hacia el más allá— para lograr la curación definitiva. "El Constitucional" recoge los telegramas de felicitación desde todos los rincones del país donde suenan las chicharras-telegráficas, en una gran sección titulada "Alborada". Los cansados adulantes ya no encontraban cómo adular y asimilaban un amanecer a la recuperación de Castro. Castro une su salud al telégrafo, pero esa herida hubiera podido conducir a otro amanecer: la muerte de Castro. De ser así, la **alborada** se hubiera dado en la primera cura, con la muerte del tirano. En la concepción de la época, el país se habría librado de Castro sin temores de retorno, sin amenazas de reconquista, sin mimetismos de reacción.

¿Tenía también ese sentido de nombre escogido por los jóvenes intelectuales, selección de selecciones? ¿Un nombre tan simbólico estaba ligado de alguna manera al presente, además de dirigirse al futuro? No podemos afirmarlo. Pero no tenemos derecho a reservarnos nuestras intuiciones. (La herida de Castro podía transformarse en flor de gangrena vengadora para dar paso a la alborada. Fue una esperanza de futuro, distinta totalmente a la salud de un dictador).

De la formación del grupo nos da cuenta Julio Rosales. Volvamos por un momento a sus palabras:

"El palenque inicial del Gallegos cívico, es "La Alborada". Ve la luz pública el primer número del semanario de nuestro grupo, bajo la dirección de sus iniciadores Enrique Soublette y Julio Planchart, el 31 de enero de 1909. Para el segundo número, que aparece el 14 de febrero del mismo año, nos hemos reunido en la Redacción, Rómulo Gallegos y el que os habla. A la salida de la inmediata entrega, una semana después, se completa, con Salustio González Rincones definitivamente el círculo, sin primero ni último, de "alborados" a fin de usar una denominación, cómoda y determinativa de cada uno de los cinco componentes del conclave. Parte de entonces una solidaridad tan estrechamente fraternal entre nosotros que, en todo el curso de nuestra asociación, sin lamentar una sola divergencia siquiera temporal, marchamos unidos los cinco en un reducto cerrado para encelar la misma fe patriótica, para incubar la misma esperanza en un mañana independiente y honroso; cruzados de la pulcritud, devotos del vivir honesto, en sistemática oposición y contraste con la venalidad, bajeza y concupiscencia que auspiciaba la dictadura de nuestros

días, como anacoretas entregados a cultivar el corazón y el cerebro, con la preocupación, como lema de conducta, en la dignidad de los pensamientos y las obras, flores de la personalidad del individuo. Llevando una existencia oscura, sin previo acuerdo, "los alborados" hicimos de la circunstancia un ideal de grupo; escudo para proteger contra el desbarajuste guachafitero del logrerismo y la adulancia, ejercidos, en pugna de competencia, en todo el pavés de la República, con el juramento tácito de mantener en alto la antorcha de la decencia ciudadana, cimentada en la decencia de la vida individual.

"Nuestro senado quíntuple fue producto de selección, determinada por similitud de caracteres. Polarizó espontáneamente por la fuerza anímica, y dentro de tal círculo, hubo una selección de selección: substrato más concreto aún, presidido por afinidad temperamental más profunda y estricta. Cinco compañeros en cuya amalgama espiritual habría de incubar, poco después, el embrión que Soublette, secundado por Planchart, iba a depositar para su fructificación: "La Alborada".

Alborados porque salían a realizar un combate tempranero, a saludar la mañana ungidos con la honra, "la dignidad de los pensamientos y las obras". Poder moral sin contagio, sin mancha "para incubar la misma esperanza en un mañana independiente y honroso".

Había llegado el momento esperado, la hora de la prueba. Para Gallegos comenzaba la lección. Ya las tensiones espirituales y materiales habían formado un hombre. Uno que iba hacia la luz.

4. "La Alborada"

Todo nos parece intencional en la revista "La Alborada". Ya nos hemos detenido en el nombre, el deslinde, la selección, la determinación a identificarse con un amanecer de cambio. Pero debemos insistir en una apreciación de la publicación como tal, como un hijo espiritual dirigido hasta en sus más insignificantes detalles. Antes de entrar a analizar el contenido de los artículos de Rómulo Gallegos, queremos detenernos en este cuerpo aparentemente frío de la forma de la revista, donde pueden encontrarse los rasgos fundamentales de su personalidad.

El profesor Pedro Grases, al elaborar el INDICE DE LA ALBORADA, comienza por hacer una EXPLICACION PRELIMINAR. He aquí sus palabras:

"Para esta publicación de homenaje a Rómulo Gallegos se ha estimado conveniente elaborar un índice de autores y títulos que facilitase el manejo y consulta de la reproducción fotográfica de las ocho entregas de **La Alborada**. Esta revista, a pesar de su breve existencia, ha llegado a dar nombre en algunos estudios de historia y crítica literarias a un grupo generacional.

"La ficha general de la publicación es la siguiente:

"**La Alborada**". Año 1. mes 1, Nº 1, Caracas, 31 de enero de 1909.

"Periódico semanal, 16 páginas cada entrega, numeradas en la cabecera en cifras romanas. Numeración correlativa de la I hasta la pág. CXXVIII.

"Epígrafe: ...Sustituir la noche por la aurora...

"Redactores: Nº 1, Henrique Soublette, Julio Planchart.

"Desde el Nº II, además: Julio Rosales, Rómulo Gallegos.

(Julio Rosales da la noticia de la incorporación de Salustio González Rincones, aunque no aparece en la integración oficial del grupo de la revista, J. V. A.).

"Impreso en Imprenta Bolívar, Sur 2, Nº 27, Caracas".

Continúa el profesor Grases con la distribución precisa de las secciones, ubicación de la nota editorial en primera página, identificación de autores con las iniciales, selección de literatura no-venezolana en prosa y verso, etc. Luego algunas consideraciones menores y por último las indicaciones para la elaboración del índice.

Nosotros queremos agregar algunas observaciones. El tamaño de la revista es un octavo. Salvo el primer número —.3 col. 14 picas sangradas— se adoptó la medida 22 para dos columnas sangradas, en los siguientes. Este pase nos indica la primera corrección, producto de la crítica interna. Estas medidas eran más cómodas para la diagramación y la mancha de 22 picas se acerca más al ideal de la capacidad del ojo humano. Toda la tipografía del texto es romana desde 14 hasta 10 puntos. Los dos primeros redactores en el número inicial si es cierto que prometen una publicación periódica confiesan algunos temores para el lapso de aparición. Ello se desprende de esta nota de cabezal:

"Suscripción mensual anticipada: El valor de los números que hayan de salir en el mes".

Sin embargo, la línea anterior dice "PERIODICO SEMANAL". Es decir, por parte de los directores la intención señala una periodicidad precisa que se anula inmediatamente con la nota de suscripción. Posiblemente los temores obedecían a un sentido de responsabilidad que podía verse entorpecido por factores extraños a la intención inicial. Pero, también, lo que ocurre cuando se comienza a publicar un periódico, pocos días después de la caída de una tiranía: esperada reacción ante la publicación, los señalamientos extraños al concierto que muere con el caudillo de turno y el que comienza a orquestarse con el nuevo amo del poder. En el segundo número, con la incorporación de Julio Rosales y Rómulo Gallegos, esta misma suscripción mensual es precisa: "un bolívar" pese a que sale quince días después del primero.

Todo indica que los **alborados** se reunían para discutir el periódico anterior y planificar el número siguiente. Y aunque se repartían los temas, rigurosamente todos están dentro de una misma línea doctrinaria. El ataque de las diversas cuestiones seguía como un hilo conductor.

La crítica del número anterior no se limitaba solamente al contenido, sino al periódico mismo como cuerpo, como almacén del pensamiento.

Si nos detenemos a observar el primero y el segundo número, salvo las anotaciones anteriores (suscripción, número de columnas e incorporación de los nuevos directores), la cubierta sigue igual: nombre de la publicación,

número, fechas y lugar. Pero al mismo tiempo, un análisis del logotipo con que se abre propiamente el periódico, nos dice mucho de las intenciones de los directores. Se quiere hacer ver en este único clisé una alegoría.

Se trata de un amanecer con un gran sol de infinidad de rayos que apenas deja ver las insignificantes nubes en el lado derecho que ya comienza a iluminarse. La montaña enorme está también fuera de las sombras y el valle —que sugiere vegetación de palmeras y árboles que parecen casas o agujas de iglesias— se anima a la luz del sol. En primer plano —de un tamaño mayor a la montaña— un campanario con una campana quieta, sólida, como a la espera de alguien que la eche a vuelo. La alegoría es amanecer nada más, con el detalle de la campana que aún no suena, no llama, no despierta, no empieza a terminar con la hora del bárbaro. Aún detenida nos sugiere otra vez la idea de temor, de timidez, de no atreverse a hacer ruido, llamado, aunque ya viene expresa y valientemente en el contenido. El grabado de Cortés, así viene firmado, es pobre, pero diríamos que, además de la ignorancia de la técnica del oficio, también la es por exceso de motivos. Como si no quisiera dejar de lado un solo detalle de las intenciones de los directores. Porque sin duda se trata de un grabado de encargo, con unas características para un fin, donde las exigencias tienen que ver más con lo que quiere expresarse que con la manera de hacerlo.

Otro detalle, los cuatro ya no son directores, sino redactores: bajan el nivel para una igualación.

Pero a partir del número tres se acentúan los cambios de diagramación. La cubierta se aprovecha para el contenido. Se

publica un COMPENDIO. Además se dice que "Alborada" saldrá cuatro veces al mes, acepta avisos y se pide a los suscriptores hacer sus reclamos por "irregularidades del reparto". Esto nos da la idea de que la empresa marcha y se prepara para garantizarse la regularidad con las suscripciones y la aceptación de avisos.

Pero hay dos cosas muy importantes que queremos destacar. En primer lugar la revista se define en la intención:

"CRITICA SOCIAL-POLITICA-ECONOMICA-LITERARIA, ETC."

Y en segundo lugar, la sustitución del logotipo anterior por uno nuevo más agresivo, más intencional, de llamada urgente: Una fuerte soga rodea todo el clisé a manera de orla, pero en el trayecto, en el extremo derecho se ata un fuerte brazo cuya mano ha logrado asirse a la cuerda del badajo de la misma enorme campana... y la echa a vuelo, al arma. No es una campana, son campanadas de un brazo que logró dominar las ligaduras. Y sobre el brazo y la campana una gran telaraña para indicar que al fin se rompe ese tiempo detenido de paciente tejido que nadie se había atrevido antes a romper. Debajo de la campana —muy pequeño y como extraído de la anterior alegoría— un insignificante sol empieza a salir de la montaña para iluminar una ciudad que surge tenuemente con su catedral. Bajo la mano, en círculo, los redactores —sin primero ni último— comparten la mesa redonda de los iguales. ¿Un símbolo que siempre llevó Gallegos con él, profundamente grabado en su espíritu, como lección, como campanada, como alerta? Despertar al pueblo, que significa en la simbología galleguiana, educarlo. Romperle la hora de silencio, telarañas y despotismo, al bárbaro.

(Henrique Soublette decía que había que romper las telarañas del aposento. Eso significaba llenar de ruidos las orejas taponadas del bárbaro). Echar a andar el reloj detenido, aunque aún se tengan maniatados los brazos, quizás con el último aliento para levantarse, para que se aferre a la campana anunciadora.

(Parecen sugerir: los bárbaros se rompen así también. Esta es un arma tan poderosa como la horda a caballo, pero donde las ideas sustituyen, liquidan al caudillo. Ha sonado la hora de romper el silencio. Siempre la libertad comienza con un grito. Hasta cuando se nace).

Así se rompía la noche y el silencio. Y para Gallegos era importante que comenzara gráficamente, elocuentemente, sin temor a quedarse solo.

El grabado viene firmado esta vez por A. Uzcátegui y también adolece de la técnica del grabado, pero parecía interpretar con mayor rigor las intenciones del grupo de alborados. Y esa intención era obligar al cuerpo-revista a expresar fielmente el espíritu.

Quizás para el número nueve de "La Alborada", que no salió, el clisé empezaba a cubrirse con tela de arañas. Pero las campanadas aún podían oírse. La revista murió con el número ocho. Juan Liscano da la noticia en esta forma:

"Desde los inicios mismos de su actividad de escritor, en **La Alborada**, Gallegos se topó con la limitación que sufria la libertad de expresión. En efecto, el Gobernador de Caracas en 1909, convocó a la prensa a su despacho y le advirtió

amenazadoramente que: 'No hay que confundir la Libertad con la licencia'. Era la muerte de la revistilla que dirigian Planchart, Henrique Soublette, Rómulo Gallegos, Julio H. Rosales y Salustio González Rincones. Los dos primeros asistieron a esa reunión".

(Salustio González Rincones no aparece en el círculo que forman los otros cuatro redactores en el logotipo).

"La Alborada" había muerto, pero quedaban sus campanadas en el aire. Por un instante se oyeron otras voces. ¿Acaso no nos perturban sus palabras todavía?

Para Gallegos esta lección magistral de tres meses, se convierte en una campanada a lo largo de su obra. Aún oímos su llamado.

III

UNOS QUE SALIAN DE LA OSCURIDAD

Cuando caía un caudillo, la modalidad en Venezuela era muy simple: los viejos desplazados se acomodaban —a veces atropelladamente— a la bendita y siempre providencial sombra que ofrecía paternalmente el nuevo amo. El árbol caído nunca daba sombras. De la cárcel, del exilio o de la guerra se regresaba purificado a reclamar sitio, lugar prominente, al lado del recién llegado repartidor. (Los presos no pocas veces se convierten en carceleros y los perseguidos en policías, los pobres en nuevos ricos. Hay oportunismo, aprovechamiento con premura. El gobierno es la principal fuente de riquezas). Se acomodaban. Se inventó hasta un método y una regla graduada del acomodo. Lo extraño era que alguien le fuera leal al caído y corriera a acompañarlo al exilio. A lo sumo iban hasta La Guaira y regresaban apresurados para no ser los últimos en aplaudir. Se gritaba en criollo “viva el rey” y nadie se acordaba ya del muerto-exilado como no fuera para justificar su propia ceguera, su falta de comprensión. Todo parecía cerrarse con una pregunta de calculada ignorancia, en muy bien fingida inocencia:

—¿Por qué lo aguantamos tanto tiempo?

O más irresponsable:

—¿Quién iba a imaginar tantas atrocidades?

(Se pretende ignorar que hubo torturas, prisiones, asesinatos, cementerios sin cruces. ¿No fue así con Antonio José Paredes y sus camaradas, ahora cuerpos de delito de un juicio contra Castro? ¿Gómez era inocente?).

A fines del siglo pasado y mucho del actual el oportunismo, la capacidad para mimetizarse, era una virtud de los partidos caudillesscos. Parecía la norma primera, saber pasarse a tiempo. Un mal partido era aquel que se quedaba fuera, sin una coyuntura propicia. Ya no se podía creer ni en el Mocho Hernández.

(El gobierno siempre es el mismo y está dentro de la misma concepción. Apenas varían uno o dos nombres. La tiranía continúa un tanto inmutable. Y quienes tienen pocos escrúpulos creen mala una tiranía, hasta que la ejercen ellos mismos).

Pero he aquí que a raíz de la caída de Castro, unos jóvenes no vienen a reclamar su parte en la carroña. No obedecían a las leyes del oportunismo y las pasaderas. No querían meter las manos en la olla podrida que se cocinaba bajo la receta de Juan Vicente Gómez. Los alborados no venían sumisos:

—General, estamos a la orden, hasta para un consulado...

Habían vivido los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX con cierto asco. Preferible vivir abroquelados en letras, en capillas. Pero eran testigos, no podían cerrar los ojos y ensordecer-tapones, para oír sólo el propio corazón. La sangre entonces se rebelaba. Y mientras más oportunidades les ofrecían, menos apetitos mostraban en el gran festín del logrerismo. El mundo no estaba formado solamente por aprovechadores, por gente del acomodo, que no se sorprendía de la presencia de su antiguo enemigo en el palacio real. Los perseguidos al lado de los perseguidores para formar gobierno. No había escrúpulos ni ideologías, ni posiciones siquiera. Todo era sobrevivir aunque fuera con una migaja de poder. Queremos significar que ahora surgía una élite intelectual con una posición distinta, extraña a la modalidad venezolana. No venían ni del desplazamiento de la prisión ni de la guerra ni del exilio. Les dijeron simplemente a los demás:

—Nosotros somos extraños... venimos de la noche que ustedes crearon...

Quizás no tenían claro muchas cosas. Pero sí estaban seguros de su pureza, del carácter pedagógico de su postura, de su condición de hombres sin historias, sin leyendas, sin combates, fieles a la verdad y la belleza como verdaderas expresiones de la libertad (la biografía de los prohombres hasta allí, era una secuencia de infamias. Quien no venía del gobierno anterior había colaborado con otro más antiguo). Antes que alguien les preguntara procedencia, origen, identidad dentro del status, ellos lo confiesan en sus primeras palabras, en el primer editorial de **La Alborada**, NUESTRA INTENCION:

—“Salimos de la oscuridad”...

Querían decir, no nos engulló la noche para sobrevivir, guardamos estricto silencio... y ahora queremos hablar y que se nos escuche... nos hemos ganado ese insignificante derecho.

(No, no hicieron una credencial, un cheque al portador, del martirologio. En muchas ocasiones se cobra el dolor de ofensas y humillaciones con una cuota de poder. Se cobra hasta la amargura y se establece la paz de los oportunismos).

Le damos mucho importancia a este primer editorial de “La Alborada” porque resuelve una definición, un deslinde, una identificación con lo nuevo. Resultaría hoy lo que los intelectuales llaman, cuando constituyen sus grupos:

—Un manifiesto...

¿Qué somos, qué hemos visto y oído, qué vamos a hacer?

(La Sagrada pasa entre remolinos de mariposas y mosquitos que opacan la luz. Hielo de verlos pasar con sus misiones de cartucheras negras. Son los centinelas de las sombras. Parecen decir: “nuestra razón de ser es la oscuridad. Mientras vivan las sombras gozamos de buena salud”. Y allá van, ciegos de muerte con sus machetes largos para que no quede otra cosa que el silencio a su paso).

El primer manifiesto de La Alborada es una lección para la juventud intelectual —en trances parecidos— no solamente por lo que dice, sino por lo que no hizo desde la oscuridad.

Porque nunca se debe callar y esperar pacientemente la hora propicia para las acciones y las palabras. No se podía aguardar que pasara el cadáver del vecino. No había que irse cuarenta días al desierto para volver ahora a predicar. Porque entonces es tarde y no hay oídos para tu voz. Porque siguen sordos, no te oyen en medio del coro de sus propias voces. La lección es, que no se puede preparar uno en una capilla de la larga noche para salir luego al alba, sino que hay que preparar el alba, desde la noche. Hay que ser el alba en medio de la negra-noche-mala-de-la-injusticia. Si te sientes con derecho a hablar es porque has creado los oídos. No hay voces mágicas que hagan oír hasta las piedras. Esa es la lección para la juventud.

Pero veamos este primer manifiesto, de violento lenguaje romántico, que confía toda su fuerza en gestos y palabras. La acusación es nueva, tiene la fuerza de quienes hablan por primera vez: "Salimos de la oscuridad en la cual nos habíamos encerrado dispuestos a perderlo todo antes que transigir en lo más mínimo con los secuaces de la Tiranía. Muchos de nosotros hemos estado á punto de ahogarnos bajo la presión de aquella negra atmósfera, pero nunca de ceder un ápice de nuestra integridad; hemos de hacer mucho hincapié en esto. Nuestro oscuro pasado nos ha robustecido, nuestro silencio nos da derecho á levantar la voz; puesto que hemos sido víctimas podemos ser acusadores".

La dignidad de la palabra conquistada por la dignidad de un silencio de rebeliones interiores. La palabra es un don que se adquiere, pero se afirma fundamentalmente por callar en un oscuro silencio, donde no se oye más que la voz interior de la ardiente protesta. Es decir, la noche también es una prisión,

con la dolorosa carga de víctimas que discurren en la propia conciencia en formación. La noche envuelve, lo cubre todo, lo asimila a sus sombras, lo vuelve oscuro en una nivelación de corrupciones. Ella opriime tanto como los muros y, quizás, son más sólidas las paredes, cuanto más exigente sea el espíritu. La noche los encerró, pero no los puso a su servicio: ellos se negaron a hablar con su voz de oscuridades. Por eso piden el derecho a que se les reconozca como víctimas, pero de otra especie, como ha sido de otra índole la prisión. Porque no son del mismo jaez de quienes han venido a palacio. Porque aún allí en la noche, no transigir, no quiere decir abstenerse. Se trata de un combate sordo para evitar que los involucraran, los incorporaran, los reclutaran para la guerra o el coro de voces que se forma alrededor de los guerreadores. No se ahogaron y por eso mismo parecen naufragos en medio de los detractores del caído de ayer y los loadores del presente. Y en medio de todo el naufragio la integridad se ha salvado. Y ahora están dispuestos a perderlo todo, porque se entregan por entero, sin regateos, sin escapatorias "antes que transigir en lo más mínimo con los secuaces de la Tirania". No se engañan —aún en estos comienzos, con todo y la aurora— los secuaces de la tiranía están vivos, en buenas posiciones, de momento con las garras y los colmillos ocultos, pero al acecho.

Los porreros están a la espera de la mejor oportunidad para dar sus golpes definitivos. No, la tiranía no ha muerto: los aprendices ya ensayan, y no se caen definitivamente, con los pocos caídos. Castro se fue, pero dejó su engendro, aunque aparentemente surja de los abortos de sus traiciones. Se verá en medio de la penumbra, que no han terminado las condiciones para la tiranía.

(Las tiranías no terminan con un solo amanecer, con una sola ruptura de la noche, porque todo está dado para oscurecer de nuevo).

Gallegos lo ve claramente y comienza a buscar las causas, las raíces, a lo largo de su serie de artículos, todos indudablemente, con un sentido educativo. Las condiciones existen, los socios de las dictaduras gozan de buena salud, y si no nos apresuramos a cerrarles el paso, en cualquier momento surgirán para imponerse nuevamente. Para Gallegos la tiranía no se acaba con un tirano: hay que ir al fondo oscuro que las engendra. Fondo de guerreadores, de caudillos, de regiones dispersas, de violación de las leyes, de nacionalidad que no se integra, en una palabra: fondo de carencia de educación, en la concepción galleguiana que analizaremos más adelante. Aún no tenían en sus manos los elementos para el análisis que los condujera a la prematura causal del petróleo, como origen, en el siglo XX de todos nuestros males.

(Son nuevos en la contienda: sin historias como otras cosas nuevas. Lo único que han hecho en la dictadura anterior es callar. Resistencia de silencio, resistencia a involucrarse que ya era mucho en una tiranía donde aparentemente se había logrado un consenso de participación y adulación).

Para Los Alborados, parecen surgir claramente los elementos de una simbología repetida, y sin complicaciones: la oscuridad y el silencio, de un lado, con un significado de tiranía, de ignorancia y de barbarie, y, el alba, con un significado de educación, de civilización, de convivencia en libertad, del otro lado.

Ese es el reclamo de los silenciosos, de los alborados, de las nuevas voces que empezaban con un lenguaje extraño. Henrique Soublette reclama claramente para el grupo, en este primer editorial, el derecho a levantar la voz. No pueden seguir callados, so pena de convertirse en cómplices. Aún les parece difícil acostumbrarse a la luz. Temen deslumbrarse en este choque momentáneo donde desaparecen las tinieblas. Por eso dicen, como si gritaran:

"Al comenzar, acaso estamos un tanto deslumbrados; pero diremos las primeras palabras cerrando los ojos, concentrándonos en los recuerdos. Desde nuestra oscuridad pudimos seguir con dolor y odio serenos la bancarrota de la Patria, y cada vez que la necesidad de expansión nos torturó, pensamos en el lejano día en que, aunque fuera sobre un montón de escombros, pudieramos decir á los esclavos desmandados: "Nosotros lo hemos visto todo desde nuestro rincón; no hemos perdido el menor detalle del pillaje; como no podíamos hablar ni movernos, teníamos todas nuestras actividades en los ojos y mirábamos intensamente. Ahora que nos toca hablar, no os cerréis los oídos porque nos veremos en el caso de rompéroslos; no os ocultéis debajo de la tierra, porque os sacaremos y os alzaremos hasta la picota, gritando á los cuatro vientos nuestra acusación. Será la última oportunidad que se os presente de estar por encima de nosotros".

Es una norma caudillista gritar simplemente el nombre para que brote de la tierra la horda armada y descalza, la motonera famélica y endomingada que en el fatalismo se acaba o se merma hasta la muerte. Los alborados, con su voz, con su revista, pensaron que sólo faltaba este grito, y así

surgen como periódico que toca al arma para iniciar el combate. No se libran del modo caudillista espontáneo. Aún no saben de los movimientos políticos organizados y conscientes, aunque oponen caudillo a ideología. Porque se piensa que la ideología puede transformarse en vacuna contra esa enfermedad endémica del caudillismo.

(Rómulo Betancourt, un caudillo moderno, cada vez más alto como tal en su vejez, en la medida en que disminuye hasta la insignificancia de una sola palabra vacía de contenido — ¡Correcto! — la ideología de su propio partido, en esa medida se le busca como la coherencia misma de su organización política).

Son los ungidos quienes hablan y lo hacen con extraordinaria propiedad. Vienen con una gran fuerza, aquella que nace cada cierto tiempo, y levanta profetas, mesías, libertadores, soñadores, hombres libres. (Cuando aparece la grieta entre despotismo y despotismo deben hablar, de lo contrario el silencio se hace cómplice. No, las cosas no pueden continuar igual. Aquí hay algo nuevo. Permitir que se cierre la grieta, que la caverna continúe sin luz, es traicionar el alba que hace tanto tiempo ha nacido en el interior, en el espíritu). Tienen el coraje de cerrar los ojos ante la luz para no deslumbrarse y poder decir las primeras palabras que necesitan los esclavos para romper sus cadenas. Se sienten con la fuerza necesaria para recoger la patria desde los escombros, y comenzar, cascajo a cascajo, a integrarla de nuevo. Lo han visto todo. Son testigos de un desastre. Los ojos se acostumbraron a las tinieblas y ellos pudieron desarrollar esa mirada intensa que no perdona, aun en la semividia que llevaban. Anatematizan con propiedad porque realmente traen un mensaje. Y

romperán oídos si es necesario y sacarán a las gentes de debajo de la tierra y levantarán la voz y dirán que es la última oportunidad de los hombres y llevarán al sacrificio a quien se oponga porque son los mensajeros de un nuevo credo que puede resucitar la patria-cadáver-despojo, sometida al pillaje.

Y han sufrido todos los dolores y odios a la espera de un día, y son acusadores incansables y terribles que pueden llevar a la picota a quienes huyen de la realidad que han deshecho. Y estarán por encima de ellos, solamente, a la hora de morir, porque no quieren oír, porque para no dejarlos hablar, pueden ensordecer. No hay salvación sino es con esta palabra nueva, que viene de la oscuridad, nacida de tanto ver atrocidades en las sombras.

¿Qué vieron estos jóvenes desde la sombra?

En Venezuela, hay una larga historia de tiranías y traiciones. ¿Acaso las tiranías cometían todas sus tropelías sin testigos? Históricamente ninguna tiranía ha quedado impune en nuestro país. Siempre queda un testimonio que las acusa y las rechaza.

(Estos jóvenes pensaban realmente que comenzábamos un siglo nuevo para Venezuela. Hasta aquí llegaban las orillas de la tiranía. Y aunque se prolongara su mala vida, ya no sería fácil un camino de atropellos en medio del más absoluto silencio. Ya no podían callar más).

Es una primera reacción donde deben dar curso libre al odio, a la venganza, como el desahogo natural del primer grito

vital, tal cual ocurre en los nacimientos. Y estas primeras palabras son una afirmación de la guerra sin cuartel que se proponen, sin concesiones, más bien despiadados, si es esa la conducta que deben adoptar para hacerse oír. La primera reacción es de odio ciego, de furia estallante que ya no puede contenerse más. Pero en los párrafos siguientes comienzan a aparecer los elementos de análisis para una equilibrada justicia. La venganza no es una solución. (No olvidemos en este instante que buena parte de la moral del venezolano —desde la que ejerce el maestro en la escuela— se edifica sobre la base del chantaje, la retaliación y la venganza. Tenemos una moral de la venganza que domina en todos los órdenes).

"Esto pensábamos entonces, porque bajo la opresión no se puede soñar sino con la represalia; una vez desahogados hemos recordado que no todos eran victimarios, y que también las víctimas necesitan atención: el remedio es tal vez más urgente que la venganza ó el castigo". (Realmente era otra moral la de estos **alborados** de la inteligencia encabezados por Henrique Soublette).

Al principio del grito siempre se hincha el espíritu de venganza. (Víctimas y victimarios están enfermos, los primeros aprenden de los últimos. El mal es tan profundo que los presos aspiran a salir sólo para ser carceleros. Por mucho tiempo la cuestión se plantea entre los que están dentro o fuera de ese algo que pone la diferencia entre perseguidos y perseguidores).

Porque en el comienzo por poco se presentan ellos solos como víctimas. Tal vez, víctimas más dolidas, por el grado de

conciencia, pero no las únicas. En el furor, hay cierta obnubilación para confundir a todo el mundo como victimario, como verdugo, como carcelero de la gran cárcel o coro del gran coro nacional de adulación. Los principales sufridos requieren más atención, con mayor urgencia reclaman remedio para salir de una convalecencia que a duras penas pueden soportar. Esa víctima colectiva —expresada en Patria— es el pueblo, precisamente el único que de levantarse de su agonía puede convertirse en base para impedir cualquier reacción de los tiranos. Y hay que atender al pueblo para extraer todo el veneno que ha podido quedar en sus huesos después del terrible letargo. Y ellos son los caballeros que pueden realizar la magia de deshacer el hechizo, el encanto, para que el alba se prolongue. Y mucho más. Evitar las represalias, la venganza, la insignificante venganza personal que es una expresión típica de las tiranías. Las fuerzas se distraen y se dispersan con el inicio de otra persecución inútil.

"El Azar, oportunamente secundado por el Pueblo, preparó la reacción de la Patria; la sacudida fué general; hasta los más remotos unieron sus voces al espontáneo clamoreo, y cada cual, al ver apuntar en su horizonte la alborada de esperanzas, sintió como si despertara de un sueño de cien años. Hubo emociones que ya nadie recordaba haber sentido, y arrebatos, de los que días antes nadie se hubiera creído capaz. En la hora del despertar todos nos unimos para el entusiasmo; ahora que la alborada empieza á poner luz en todas partes y á evidenciar cavernas, en las que aún pueden quedar rezagados muchos restos del pasado: es necesario serenarse, recojérse en sí mismo y atender resueltamente al absoluto saneamiento del ambiente. La causa desapareció

con el principio de su cohesión —¿es que alguien lo ha puesto en duda?— el Pueblo ha despertado y no es fácil que convenga en volver á dormirse; sin embargo algo nos queda todavía del pasado. Los nueve años de satrapía, no pudieron ménos de infiltrarnos profundamente el tósigo y así como quedaron, por ejemplo, en la plena luz, los absurdos monumentos que levantaron los esclavos del Sátrapa, así en la oscuridad de las conciencias persiste la desmoralización infundida por los mismos, para poder afincar bien el trono de su señor".

Rigurosamente el azar, algo fuera de cálculo, aunque no faltan los análisis de las condiciones maduras, para la sucesión de Castro por Gómez. Y también que se trata de una continuidad, en otras condiciones, para una herencia que se da por parentescos regionalistas. Pero no debe dejarse de lado la circunstancia de una enfermedad, un viaje del tirano, una ausencia sin dejar atrás todo un conjunto de fuerzas: intrigas, necesidades, (conjura petrolera, compra de un país en venta o de una tiranía devaluada, a bajo precio), que hicieran posible esta herencia en vida. Algunos historiadores han dicho que había un enorme cansancio de Castro, que se había olvidado de sus viejas huestes descontentas que buscaron amparo cauteloso en el compadre paciente, protector, **capagatos**, que esperaba su hora predestinada. Una deslealtad que no se toma en cuenta porque se trata de una traición entre padres. Y muy favorable desde el momento en que alejaba cobradores con bloqueos, cuando reaccionaba con un patriotismo bufo, soplando en el corno heroico como en un globo. Con un sentido histórico que de tanto dramatismo grandilocuente se convierte, en Castro, en una dulce golosina sin contenido. Pero, con todo no deja de

ser cierto el Azar (con mayúsculas para Henrique Soublette, como un nombre propio, un hado, un dios), ¿realmente secundado por el pueblo? ¿Y con qué armas? Un arma de extraordinaria eficacia cuando se trata de la caída de una dictadura: la del entusiasmo, solamente. Y era buena porque no reaccionó en favor del tirano, no salió en su defensa, tal como podía desprenderse de la montaña de felicitaciones ante cualquier acontecimiento favorable al dictador. Secundado por el arma del alborozo, de la alegría, del desahogo, del saqueo infantil, de la condena al opresor. No hubo llanto. La caída de Castro fue un golpe de palacio (incluso con muy pocos cambios de guardia), con las mismas dianas y las notas del Himno Nacional tan vibrantes como constitucionales. Pero para el momento, solamente despertar es un apoyo: no seguir durmiendo (bella durmiente) aún con todos los ruidos de polainas y espuelas a su alrededor. Se explica el entusiasmo de los **alborados**, porque todavía, pese a todos los narcóticos, el pueblo se emociona a la caída de una dictadura, aunque sea para crear las bases de otra.

(El pueblo sale y busca a la hora de la caída. Pero casi nadie sabe del pueblo y cómo conducirlo: todo se queda en entusiasmo y frustración de saqueos y de venganza. Para caer luego en el temor de haber llegado... tan lejos).

Guzmán Blanco se iba y volvía, mientras los generales llaneros, centrales u orientales se disputaban favores, cartas, palabras, pero le cuidaban la silla al Jefe. Hasta esperaban sus inclinaciones de gran elector para tener candidato: un gesto, una insinuación, una palmadita para lanzar los coheteones de una candidatura. Y aún después de romper sus estatuas —por lo menos de bajarlas del pedestal y esconder-

las en un rincón del Concejo Municipal hasta mejores tiempos—, volvió con su cansancio de Europa. Pero ahora no ocurría lo mismo. Al menos, no se veían las posibilidades pacíficas del regreso. Sin apoyo del neocolonialismo Castro había viajado definitivamente, se quedaba en la ilusión de un frustrado. Esta lección la tenían muy en cuenta los alborados. Porque de inmediato hacen un llamado a la reflexión: con emoción solamente no se logra avanzar mucho. Ellos saben que se trata de una explosión, un grano de pólvora encendido en la conciencia, y luego, otra vez, la murria, el desgano, la conformidad. Y por eso llaman a una vigilancia permanente, un descubrir de cavernas, un rastrear de rezagados, restos del pasado, para sanear el ambiente. Sostener la emoción, o dirigirla hacia objetivos claros, que impidan un retorno a la tiranía sin Castro, con otro tirano, tal cual las leyes del azar.

Para los nuevos amos del país estaba claro que lo esencial era crear una reacción popular anti-Castro y que todo intento de cambio no pasara de estos magros límites.

(Un nuevo Castro inofensivo, sin su tendencia autoritaria, y que nunca se transforma en un nuevo Gómez, ya garantía de orden, es decir, despotismo).

Pero Henrique Soublette difiere de Gallegos en el descubrimiento de las causas. (No olvidemos que están dentro de los mecanismos causales en un entrever de la teoría de los factores). Para Soublette, la causa desaparece "con el principio de su cohesión". Es decir, se desmorona lo que parecía sólido alrededor del tirano. Mas, no se da cuenta —o al menos trata de dar un elemento de optimismo para

avanzar— que la cohesión no desaparece, sino que se desplaza, cambia de centro, encuentra su núcleo en otro tiranuelo. Es una cohesión dada por intereses, por necesidad, por sobrevivencia, en este último caso. El mismo Soublette lo duda cuando piensa que el pueblo no debe dormirse, quiere decir, seguir en la cohesión, pero como elemento pasivo. Y no debe dormirse porque todavía el pasado —en alguna medida—, está en el presente. El presente no ha derrotado al pasado y por eso no tiene proyecciones y posibilidades futuras. El presente sigue en la misma hora del pasado. El reloj sigue detenido pese a que no cesa el transcurrir. Ocurre un estancamiento en medio de una aparente corriente. No es cuestión de cohesión destrozada, dispersa, en desbandada, sin amo. Ahora empieza a vivir alrededor del nuevo dueño del poder. Ha surgido un cachorro de demonio, hijo dilecto de la vieja oscuridad. Lo ve el editorialista claramente cuando descubre que el veneno ha penetrado profundamente a lo largo de nueve años de tiranía. Y cuando se refiere a las estatuas y al trono del señor, alude a una oscuridad de tiranía que aún queda en la corteza cerebral sometida a las duras tensiones de la opresión. La tiranía no ha muerto, aun sin cadenas los esclavos siguen siendo esclavos. Es la esclavitud por dentro, la tiranía en las profundidades de un ser aparentemente libre. Todos están condicionados para aceptar la existencia de la tiranía (así lo ve Gallegos en sus artículos sobre la Educación). Y a los alborados les parece al principio una fatal herencia difícil de sacar de la sangre. "No se necesita ser muy perspicaz —continúa Soublette— para distinguir á trechos los indicios de la nefasta herencia: á veces asoma en la Prensa una palabra, una frase hiperbólica, en la cual puede verse el espectro de aquella literatura de rufianes encumbrados; todavía sobreviven algunas reputa-

ciones de aquellas que se elaboraban artificialmente para galardonar al que superara á todos en vileza. Además, aún habiendo desaparecido la causa, el daño existe, y debe pensarse muy seriamente en él. No es fácil, pongamos por caso, hacer que un hombre habituado á medrar á costa de todo, se decida á pensar que no se trata de él sino del País; que no hemos reaccionado para enriquecerlo á él, sino para salvar á la Nación; hasta es muy posible que el tal egoísta, se llene de asombro al oír hablar de ideal, que en nada se relaciona con su escarcela. A éste y á los de su ralea, es preciso señalarlos con tanta persistencia, que se les obligue á hundirse para siempre... Hay que descender también á todos los horrores, efectos de la misma causa; se debe llevar valerosamente la atención á esa miseria oscura y callejera que se libra á todos los excesos, prostituyéndose, robando, asesinando. Es menester acudir á todo, porque la infección ha sido general".

(¿Desaparece la causa y el daño existe? A todo lo largo hay una intencional contradicción. Los ideales podrían tomarse como una marca de bota o un material especial para las espuelas. Parece que "los rufianes de la literatura" no saben hacer otra cosa que tiranos. La causa no es un hombre tirano como se ha pretendido siempre frente al mal).

Nosotros hablamos de una herencia en vida: no hay muertos y ni siquiera dolientes, pero sí sucesión. Y se recibe todo bajo inventario, para que no falte nada de lo que disfrutó el antecesor. Y en uno de los renglones de un testamento —tampoco escrito— la prensa, para que siga en su misión de instruir al venezolano en una sola gran opinión, una sola manera de ver las cosas, una interpretación que es la única

que conviene al amo. Y la "literatura de rufianes" sigue, porque no han muerto los rufianes encumbrados por la adulación. Hay torneos artificiales para obtener el alto galardón de voz oficial. De palabra sagrada, de pensamiento de gendarme. Los alborados son un islote de dignidad frente al viejo estilo hiperbólico que usaban antes para glorificar, y que, para ellos, no ha perdido ahora su carga de glorificación. Los corrompidos, los rufianes de la literatura tienen que seguir con su enseñanza de que no podemos pasárnosla sin gendarmes. No se puede avanzar sin caudillos, sin amos, sin esclavos, y apenas hay que buscar un nuevo lema atractivo, simpático, con cierta idea de heroísmo y sacrificio.

Al pueblo se le canaliza el odio hacia el inútil y corrompido saqueo: destroza las cuatro cosas de los déspotas sin dañar al dictador.

¡Que a eso solamente dedique su fuerza antidictadura! ¡Un desbordamiento inútil!

Rómulo Gallegos, en uno de sus artículos —ya relacionado directamente con la educación—, señala que esa carroña de la "inteligencia" siempre busca un apoyo, un ser superior para basar sus enseñanzas:

Soublette llama la atención sobre la putrefacción de la "inteligencia" cuando no puede pensar sino en él mismo, en su sobrevivencia, sin una brizna de ideal. Y cómo, con el saqueo, se envilece al pueblo para que se sacie en algo insignificante mientras continúan los manejos por arriba.

"El actual Gobierno, en una de sus primeras manifestaciones, ha dado con la gran frase de la propaganda: ¡Ahora ó nunca!".

Frase a la cual los **alborados** tratan de dar un sentido distinto a la de los ambiciosos, los rufianes, los oportunistas, cuando proclaman: "Ciento es; lo que ahora no se haga no se podrá hacer más tarde... y jamás se hará!"

Para los **alborados**, hacer, es la reconstrucción del país, en el nuevo ideal antidictadura, es el venezolano nuevo que debía surgir de la educación como medio de liberación. Es la convivencia democrática sin perseguidos ni perseguidores.

Y por eso proclaman con gran desesperación:

"Queremos, tenemos necesidad de hacer; ojalá la suerte nos dé vida para cumplir con nuestras intenciones. No pensamos negar que haya una mira subjetiva en nuestra empresa: hemos acumulado actividades y nos encontramos en la precisión de esparcirlas; aspiramos á tomar, siquiera sea una pequeña parte en la tarea de redención y de justicia. En cuanto á proventos materiales... todavía no hemos tenido tiempo de pensar en ellos".

No quieren evadir ningún compromiso. No es querer intencional, de buenos deseos, es tener, definitivo, imperativo, sin escapatorias. Y esa tarea que se exigen, al incorporarse voluntariamente en el trabajo, es nada menos que redención y justicia. Dos elementos que siempre están ligados —por ausencia— a las masas populares. Reclaman el deber de ser justos y redentores. Y cuando todo el mundo

cobra por su trabajo, los alborados dicen que no han pensado en eso. Porque la remuneración no es el fin de lo que buscan. No hay moneda que pueda cancelar la deuda con los luchadores de la libertad, de la justicia, de la igualdad.

(En la lucha por la igualdad, la libertad y la justicia —aun en la interpretación burguesa— se entrega la vida y no pocas veces se da con la muerte. ¿Cómo pueden cobrarse estos servicios, como no sea con su realización? Hay una sola retribución: que al fin triunfe el ideal y se establezca como nueva verdad).

El editorial termina con estas palabras:

"Al comenzar nuestra faena, bajo la clara luz de la Alborada, resumiendo todo nuestro programa en la noble frase del Poeta argentino: **Sustituir la noche por la aurora**, presentamos nuestro respetuoso saludo al Pueblo de Venezuela, al Gobierno Nacional y a toda la Prensa del país.

"Ahora comencemos".

IV

UN SOLO CAMINO: EL PORVENIR

El primer artículo de Rómulo Gallegos en "La Alborada" se titula **Hombres y Principios**. Será objeto de nuestro análisis, así como todos los demás de la revista, porque no se nos escapa la intención pedagógica. Está ya, ante el país-aula, aunque tiene las limitaciones de su comprensión por la gran masa y los alcances ceñidos a la circulación de la revista. Es decir, sabe que es un aula-emparedada en un lenguaje élitesco (así lo reconoce en una carta a los obreros) y dentro de esquemas limitantes. Por eso busca más adelante en la novela y la simbología los medios para llegar más lejos. Sabe que debe construir un pueblo y aquí empieza a encontrar los basamentos.

(No dudamos en los problemas de comunicación que se plantea Gallegos como intelectual. Le preocupan —aunque no los analiza en público— los dos elementos imprescindibles del lenguaje: él mismo y su audiencia. Busca y encuentra las fórmulas necesarias para el diálogo en una simbología sin complicaciones y crea su propia mitología sobre la base real de la sabiduría popular, con todo el bagaje histórico y cultural de la nación).

Aparentemente **Hombres y Principios** contiene algunas impurezas —explicables para el instante de ese desarrollo—, impropias de un Gallegos que nos acostumbró, en sus personajes buenos, a reconocer a hombres sin genuflexiones, con cierta rigidez en sus principios. Gallegos cree en una coyuntura propicia para la apertura de una nueva era en el país. La caída de Castro marca una hora para avanzar. Hay garantías, algo insólito en Venezuela! ¡Una esperanza! (y como muchos de sus personajes posteriores parte de la esperanza realizable, del sueño que se condensa y desparrama en fertilidad). Veamos algunas partes:

"Solemne hora, decisiva para los destinos de la Patria es la que marca la Actualidad. En el ambiente que ella ha creado parecen advertirse las señales que anuncian el advenimiento de aquel milagro político desde largo tiempo esperado como única solución eficaz del complejo problema de nuestra nacionalidad republicana; bajo la égida de las garantías constitucionales comienzan a orientarse hacia ideales que parecían olvidados las aspiraciones populares; aquí y allá se señalan rumbos y se encaminan las fuerzas vitales de la Nación por senderos que hasta hace poco estaba vedado transitar; los que ayer se hubieran apiñado en multitudes airadas para derrocar el régimen tiránico y oprobioso, se agrupan hoy en patriótica jornada de civismo, en torno al hombre en cuyas manos depositó la voluntad de la ciudadanía, la suerte del País. Cabe abrigar la más alta esperanza y ella está en todos los espíritus, aun en los de quienes, adiestrados por la experiencia de repetidos fracasos dolorosos, aprendieron á desconfiar de toda promesa y á dudar de la buena fe de los hombres, hasta en presencia de los hechos consumados. Y esta esperanza que en confianza van

condensando los acontecimientos, acrecienta día por día el número de voluntades que se suman para la obra común de reedificación nacional".

(Empieza a predicar para tres mundos distintos: **milagro**, para un pueblo dado a un culto misionero encumbrado en sus caudillos. Y el mismo lenguaje dirigido a los caudillos — uno de ellos puede ser el ungido—. Además la realidad puede cambiar sólo mediante un milagro: echar a andar a un muerto. Un lenguaje que llega a los trasmundos, aunque se complica en la medida que se desarrolla. Hay **señales**, **advenimientos**, las cosas **se dan, se anuncian**, es un **aparecimiento**).

Hay una franca alegría, pero con alguna velada duda. Mas el momento histórico no se puede desdeñar o mirar apresuradamente porque es claramente decisivo para la patria. Y debe mirarse desde este punto de vista apremiante. Sin embargo, no está muy seguro cuando dice que "parecen advertirse" signos (agüeros, suspicacias), anuncio de "aquel milagro político" como única solución. Pero anuncio de milagro: algo en razonadores, fuera de razón, sobrenatural, en la concepción de cosa dada sólo por purificación. No se trata de consecuencia lógica o dialéctica de una evolución o desarrollo de un proceso. (¿Milagro como magia de místicos? ¿Levántate y anda en el gran lazareto político que es Venezuela con Castro, según se desprende de los alborados? Cuando no surten efecto las hierbas hechiceras o patentados —movimientos, violencias, igualaciones, luchas libertarias—, salva sólo un milagro. ¿Milagro de enfermedad y viaje de Castro para dejar a quien cree el más fiel de sus compadres? ¿Así, simplemente se decide el destino de un

país?). Hay un imponderable mesiánico o salvador. Aún más, había un ambiente creado para tal milagro, porque se esperaba desde hacia mucho tiempo. (Venezuela parece país de milagros o magias. Día a día parecemos más convencidos de un posible pacto con el diablo. Pesa mucho la naturaleza sobrenatural y hoy estamos más condicionados aun para esperar el milagro petrolero. Gallegos se adelantaba en los sentimientos ultraterrenos. Desde el mismo descubrimiento todo parece milagro).

Gallegos deja una apertura a la duda cuando usa el periodístico "parecen advertirse" y aquel **velado** de que las masas se hubieran apiñado "airadas" para "derrocar" el régimen tiránico, cuando el sucesor era factor de la tiranía que se caía o parecía irse en el barco con Castro y su enfermedad corporal y espiritual. Pero, sin duda, hay alucinación en estas sus primeras palabras.

Y es que deslumbran las garantías. Hay una semi-embriaguez de libertades públicas en quienes nunca las han disfrutado y sólo han hecho del silencio la única garantía para sobrevivir. Se explica también, porque **los alborados** se habían preparado para aprovechar al máximo la caída de una dictadura. Y era la primera que veían caer. Pero Gallegos no exagera cuando anota que "se agrupan hoy en patriótica jornada de civismo, en torno al hombre en cuyas manos depositó la suprema voluntad de la ciudadanía, la suerte del País". No exagera porque la reacción antidictadura era unánime y no había brujo sobre la tierra que predijera un porvenir tan negro como el que vivió el país en manos de Gómez. De paso, Gallegos, ya deslinda uno de los elementos de su artículo: hombres, hombre, individuo,

caudillo, única voluntad, supremo, sagrado, en fin (porque quizás en el título **Hombres y Principios**, está la clave para comprender sus verdaderas intenciones en este artículo. En este momento paga un tributo a la unanimidad). Y también un imponderable de anhelo: "la más alta esperanza y ella está en todos los espíritus", aun en los fracasados, en los escépticos, en los que no creen en promesas porque ya se las han roto todas. Esperanza, esa entidad inconclusa que hasta en el más ciego amor se pierde. Esperanza para unir voluntades en "la obra común de reedificación nacional". No esperanza en el hombre sino en la reconstrucción de la patria. Porque el hombre puede convertirse en déspota. Y el aporte que pide a todo el mundo, en valor, energías, decisión, buena fe, en desinterés es para "salvar" la patria.

Gallegos está viviendo las razones honorables en circulación de "rodear al hombre", "alentarlo", "no dejarlo caer" porque se le cree manejable, acoplable, adaptable, desecharable en un más adelante de complicaciones. Gallegos vive el momento en que se ha puesto en el centro al **hombre**, pero sin **principios** de ninguna naturaleza. No hay un solo principio bueno a su alrededor. Y tampoco un solo hombre bueno en el poder o en su cercanía. (Sin embargo, un poco a lo cristiano o positivista, de cualquier hombre se puede hacer algo bueno. No todo es negativo en él. Y quedan aún las primitivas concepciones sobre regeneración, rehabilitación, educación, no reeducación, porque no existe ninguna. Y Gallegos lo intenta después en sus novelas).

Más adelante agrega:

... "La revolución que, en el seno de la paz y en breves días, acabamos de presenciar, no ha tenido nunca un móvil egoísta

y extraño á los deberes del patriotismo y esta es la suprema razón que la justifica y la inviste de un carácter nobilísimo. Ella partió del Pueblo que, en hora propicia, requiriendo sus derechos inmanentes, quiso arbitrar en sus propios destinos. Patriótica fué la actitud de quien, acatando la voluntad del País entero, supo posponer a todo otro, este deber capital; bien han merecido de la Patria los que estuvieron prestos á secundarlo".

Bueno es reconocerlo: todavía para Gallegos, en este primer artículo, revolución era cualquier sustitución. No tiene la culpa en esta primera apreciación. Aún hoy, para muchos reputados historiadores, revolución es —con la misma interpretación seudo-popular— cualquier alzamiento, el sonido de cuatro tiros en una esquina, los sonoros cascos de los caballos a deshora, un grito, un escape al monte cercano de nuestros pueblos. Pero, en posteriores artículos, para Gallegos —en esta misma revista— revolución es, realmente revolución, cambio, salto en la evolución conceptual positivista.

(Se adulta a un hecho que comienza, pero que todavía no se inclina del todo hacia la tiranía, y deja libre el juego democrático. Y esto último se trata de halagar).

Aquí, en este artículo, revolución por cambio accidental de gobierno, sin tiros y con el concurso civilista. Además, era tan revolución —en contraste con las otras— que se realizaba en paz. Se salía del esquema histórico nacional. Y hasta se presentaba cándidamente con virtudes patrióticas y sin un móvil egoísta. Gómez, aparentemente, sólo acata la voluntad del país entero capacitado por virtud o por azar

para decidir su destino. Y Gallegos le encuentra contenido popular a un Gómez que todavía no es gomecismo. (Gallegos no podía saber que ya en la correspondencia oficial o semi-oficial se comenzaba a integrar nacionalmente los elementos "gomeros". Y de allí, al gomecismo —que opera a espaldas de las masas y en componendas y traiciones— no hay siquiera la distancia de un paso. Los generales en las distintas regiones ya hablan de los "hombres de la causa", gomeros o gomistas de pura cepa, de toda la confianza del general. Apenas comenzaba el gomecismo). Parece más bien el instrumento de todo un pueblo para liquidar una dictadura. Y los áulicos se preocupaban por divulgar y mostrar esta nueva imagen. Imagen que va hasta los extremos de presentar el contraste de personalidades entre Castro y Gómez, limitadas a la estatura y a la diferente actividad sexual.

(La revolución en manos del pueblo nunca persigue un "móvil egoísta" o "extraño a los deberes del patriotismo". Pero sólo en manos del pueblo y de los dirigentes que engendra y desarrolla en su seno, en la pureza de unas ideas que lo interpretan y le encuentran su destino. Sin embargo, quienes heredaron a Castro —lo sabemos ahora, en nuestro tiempo— no eran los intérpretes del pueblo y sí los abortos de componendas que giraban alrededor de intereses personales e internacionales).

Hasta la cita anterior Gallegos paga tributo al presente avasallante. En lo que sigue, se desprende, se eleva, camina con los ojos puestos en el porvenir (se adquiere la verdadera conciencia de maestro cuando se tiene la convicción del porvenir. Maestro y futuro —maestro verdaderamente—,

forma una conjunción). En el desarrollo del artículo, casi como un monólogo desesperado, desentraña los peligros de confiarlo todo a un hombre y no a los principios. Si se lee bien se encuentra:

—Hay un hombre sin principios en el poder...

Así comienza esta parte que nosotros llamamos monólogo:

"La reacción intentada contra un hombre fué pronto un hecho, pero no había de detenerse aquí, que á ser así, poca cosa hubiéramos ganado para el porvenir. En efecto, ningún triunfo será definitivo y estable para la República en tanto no nos penetramos de que, por sobre lo accidental que para la alta razón de un Estado, significa la personalidad de un mandatario, están las causas absolutas bajo la forma de leyes en la Constitución y como principios directores de la Conciencia Social. Hasta unas y otros deben alcanzar la presente evolución; reformar aquellas de acuerdo con el concepto republicano, puro mito hasta hoy, y con las necesidades y condiciones de nuestro pueblo conjuntamente; cimentar estos, inculcarlos en el espíritu de las masas, encauzarlos y dirigirlos sabiamente hacia el ideal común, más asequible de lo que juzga el pesimismo de algunos; darles en fin un valor y representación apreciables. De otro modo, todo se habrá reducido á una simple suplantación que, si bien se imponía como apremiante necesidad y cuyo beneficio ha sido, por otra parte, á todas luces evidente, sí quitaría á este movimiento el carácter de verdadera transformación política que exigen las necesidades del presente y las del porvenir, más dignas aún de ser tenidas en cuenta y, fuerza es repetirlo, nada habremos hecho mientras no trabajemos para el porvenir".

Intentamos seguir el monólogo.

Bien, hemos condenado a un hombre, se ha destruido, ¿eso era todo? ¿Aquí nos quedamos boquiabiertos, jadeantes, desesperados, sin avanzar? ¿Hasta aquí llegamos en el primer impulso que nos consumió? Realmente hemos ganado bien poco, entonces. Somos una entelequia de la conformidad cuando todo esto nos resulta el parto de los montes. ¿Acaso no es para llenarse de temores? Hasta ese momento, un Gómez por un Castro, era un parto de los montes.

Hay una duda expresa en la victoria, ¿éste es el triunfo? parece decir Gallegos, ¿existe alguna garantía de esta permanencia, de estabilidad, ciertamente las garantías son definitivas? Ni siquiera la personalidad de un mandatario es una garantía. Todo es accidental desde el comienzo. Por supuesto, accidental, con cierta dirección en que se elimina lo fortuito. La Constitución ha servido fielmente a la tiranía y es la misma que ahora cobra vigencia. Lo que quiere decir que hay que reformarla para la reconstrucción, para la nueva vida, para la democracia que se intenta disfrutar plenamente. (¿Se trata de cambiar la vida por la vía "infalible" de la Constitución? Pareciera una misera concepción leguleyesca: cambios de tinta y papel que en Venezuela ha sido la zafra de varias decenas de Constituciones). Además, ¿cuál es la conciencia social? ¿Ya se ha formado en lo nuevo? ¿es tan moldeable, tan líquida que se puede envasar tan fácilmente en unos espíritus de hierro? (La conciencia social es la forma más alta de la ideología). Es cierto que en momentos revolucionarios, las masas aprenden a gran velocidad. Allí hubo un momento aparentemente revolucionario y la nueva

visión venezolana es precaria. Pesa mucho la costra dictatorial y una conciencia no se forma de la noche a la mañana en medio de algunos saqueos y roturas de vitrinas y retratos.

(Gallegos podía entender que las ideas no cambian los hombres. Al cambiar los hombres cambian las ideas. No tenía contacto con la tan citada apreciación de Marx: "no es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia". Las representaciones, expresiones, impresiones caudillesscas sin duda eran parte de una ideología basada en el hombre real, el caudillo tangible de que hablamos).

La evolución —ya no es revolución en el monólogo— debe comenzar por reformar leyes de acuerdo con las nuevas concepciones. Legalizar lo que se disfruta en la práctica. En ese instante Gallegos tenía la ilusión de que las leyes hacen milagros. Porque como están —leyes, Constitución— son puro mito, letra muerta (o viva en las manipulaciones palaciegas). Constitución y leyes como reflejos de necesidades y condiciones. No pueden marchar las leyes por un lado y el pueblo por otro. Ese otro lado que al mismo tiempo debe convertirse en carne y sangre de pueblo. Que el **ahora** de que disfrutan se transforme en siempre y no en nunca (vale recordar la consigna del gobierno, ya analizada: **¡Ahora o Nunca!** Lema alternativo, de callejón sin salida, donde se puede quedar en el **nunca** si se pierde el **ahora** para detener el tiempo). He aquí donde debe buscarse el triunfo, la estabilidad definitiva de lo conquistado hasta allí? Gómez, por sí mismo, no encarna nada de esto. Si la cosa se queda en

Gómez se pierde el momento político y se sigue en arenas movedizas, con tembleques pasos que pueden detenerse a un soplo divino del caudillo, rodeado de los mismos cortesanos de Castro.

—Y todo se habrá reducido a una simple suplantación... Buena, beneficiosa, rica en experiencias, flor de un día, euforia, reventón, pero que pierde su carga revolucionaria. Con palabras textuales de Gallegos:

—“Quitaría a este movimiento el carácter de verdadera transformación política que exigen las necesidades del presente y las del porvenir, más dignas aún de ser tenidas en cuenta...” Gallegos opone tácitamente a la consigna “ahora o nunca”, esta otra de mayores posibilidades “Hombres o principios”. Hasta allí sólo hombres sin principios, sin ideas progresistas y democráticas. Es decir, hombres que no ofrecen otro porvenir que no sea aquel que se deriva lógicamente del pasado dictatorial. El riesgo ha sido una constante histórica.

(Y ya dentro del ahora de **hombres** opone el porvenir de los **principios**. Porque con esos hombres se ha acabado siempre el porvenir).

El planteamiento, sin lugar a dudas, es luminoso cuando del presente plantea el porvenir como solución. No tiene derecho a quedarse con el punto de mira en sus propias narices, sino ir más lejos, asomarse al más allá del pueblo que realiza su destino. Trabajar para el porvenir —no solamente soñar— hacer tarea diaria del futuro. Y en esto se cumple la máxima

de que quien no trabaje para el futuro, para el porvenir, está muerto, la vida se le empoza en las venas como en una tumba.

(De nuevo tropieza con tres elementos negativos: conformistas, pesimistas y aduladores. Ante ellos esgrime el porvenir como una herramienta capaz de remover el presente hasta encontrar la roca viva que permita avanzar).

La alarma es por demás elocuente cuando señala las características críticas de limitar los momentos históricos a solamente instantáneas captaciones que paralizan el desarrollo. Gallegos dice:

"Toda crisis tiene exigencias momentáneas que urge satisfacer sabia y hábilmente, mas, si á ellas se consagran todas las aspiraciones, localizado el esfuerzo se localizan los resultados y por consiguiente, trabajando siempre sólo para un determinado momento, á cada edificación ha de suceder una demolición; expediente por demás familiar á nosotros y cuyos funestos resultados hemos palpado todos".

No, las exigencias del momento no deben consumir todo el esfuerzo. Porque la crisis sigue igual.

(Construcción de un día, vuelo para un instante de luz solamente. La crisis como momento localizado para proyectar los avances. No consumirse en ella).

Gallegos hace luego un llamado a cooperar "cada cual dentro de la esfera de su propia actividad", que nos permita seguir adelante con calma y sensatez. Y concluye su razonamiento con estas palabras:

"...Porque, si gran virtud es la calma de esta emergencia, no basta decirnos: **esperemos á ver qué sale de este luminoso huevo**, sino que todos debemos contribuir con el calor de nuestras ideas y con nuestro más tesonero empeño, á su incubación".

(Por mucho tiempo el huevo misterioso forma parte del acervo cultural de nuestro pueblo: no contarlos antes de nacer. Otra vez apela al lenguaje simbólico, universal. Pero un hecho cuyo contenido depende del empollamiento, en calor con ideas nuevas o con prácticas malsanas del reciente pasado).

(Tal vez en la exageración nuestra, un paso largo contra la espontaneidad: eso de no dejar que las cosas sigan su evolución natural. Más bien ayudarla conscientemente (¿No es eso lo que hacemos los revolucionarios?).

Sí, la calma, pero no dejarla a ella como dinámica del momento. La calmosa espera puede conducir a un proceso espontáneo demasiado lento o más bien dentro de una gestación extraña al calor humano, sin intervención, algo distinto, en ilusiones, a los hombres mismos que la incuban. Y nada mejor que el ejemplo del huevo en la contemplación, en la adoración, sin estrategia, a ver qué sale: polluelo de esperanza o monstruo de frustración. El huevo luminoso, azarento del cual no sabemos qué puede aparecer cuando se rompa el cascarón: ave de canto libertario o lagarto dictatorial. Porque el huevo lo dejó la tiranía anterior como una incógnita. Y ver qué sale de él, tranquilamente, sin tratar de intervenir, sin calor de masas, es criminal inconsciencia. Gallegos desde este ejemplo plantea una constante de su

obra: voluntad de hacer, camino escogido por uno mismo, dominio del hombre sobre la naturaleza, por dominadora que sea —tanto exterior como interiormente.

(En no contadas ocasiones, revolucionarios de nuestro tiempo han realizado operaciones azarrientas para ver qué pasa después, todo dentro de la improvisación táctica).

Gallegos continúa con una cita de Eliseo Reclus, en una alusión al momento demasiado claro, que luego transforma en un ataque al caudillo anterior, pero que, lógicamente puede aplicarse a quien ya se encuentra en los primeros peldaños de la conducción del país.

Recuerda "que no puede decirse de nosotros lo que ha escrito Eliseo Reclus á propósito del pueblo inglés, que rendía pleito homenage á su soberana atribuyendo á las virtudes de ésta la prosperidad y faustos sucesos del reinado, cuando esta mujer de valor mediocre no tuvo otra molestia que la de estar sentada en su trono durante más de sesenta años, obligada por la misma constitución que representaba á una abstención política que ha durado cerca de cincuenta".

Nos parece un alerta que da pie para otras consideraciones, de relleno, al entrar ya definitivamente, en lo que es el verdadero objetivo de **Hombres y Principios**. Gallegos ya no resiste la tentación de penetrar hondamente en los orígenes de las oscuridades. De lleno entra en la oposición, en la contradicción política de todo un largo proceso histórico. El conflicto hombres y principios ahora comienza a regir todo el monólogo:

"Y esto será así, en tanto no nos penetremos todos, desde el primero hasta el último ciudadano, de que vale más un principio bueno que el mejor hombre en la curul del Poder".

(¡Un principio! Ni siquiera un hombre bueno es suficiente).

¿Vale la pena insistir que ya no se trata de velada alusión o tímida elucubración de incipiente intelectual, sino de intencional caracterización del momento presente? ¿No sabe acaso, desde ya, qué contiene el huevo que contemplan si no intervienen todos, a una, y cada quien según su capacidad? No hay principios, lo real es un hombre en el poder que puede ser el mejor o el peor. Angel o demonio contiene el huevo, sólo el calor humano puede darle el contenido de franco beneficio para el futuro del país. Clama por un principio, uno solo. Eso le parece suficiente para liquidar el nubarrón —hombre o tirano que ya despeja la incógnita del mundo.

Y sin perder tiempo, busca, hurga en la historia para que la afirmación no quede colgada de las nubes:

"Hombres ha habido y no Principios, desde el alba de la República hasta nuestros brumosos tiempos: he aquí la causa de nuestros males. A cada esperanza ha sucedido un fracaso y un caudillo más en cada fracaso y un principio menos en la Conciencia Social".

Una apretada síntesis de la tragedia nacional. Ese andar tras los hombres providenciales con un trapo de color en las manos. Aquello que va desde el incipiente ideal libertario en las masas, hasta las contiendas a cuchillo entre caudillos por

el reparto del poder-botín. Desde esperanzas hasta frustraciones. Hasta que no queda ni principio ni esperanza y al pueblo le demarcan la conciencia con la identidad de un hombre como principio (Gómez es la paz — ya Gallegos nos ha hablado en párrafos anteriores de esa paz que de "necesidad de todos" se convierte en "la de uno solo"). Y es que al identificar hombres con principios ya no son necesarios estos, sino el hombre que pretende simbolizarlos. O hasta que ya el principio no significa nada: una palabra vacía en boca de un hombre que la grita para identificarse, pero sin nada adentro como no sea la propia ambición. Hoy hay miles de palabras vacías que ya perdieron su contenido.

Gallegos afirma que ha llegado la hora de buscar remedio: "Apresurémonos todos á reparar, aunque tarde, este error. Los momentos actuales señalan un cambio radical para la República; urge reformar las Instituciones, darles un valor efectivo y urge también, no menos imperiosamente, despertar las corrientes estancadas de la Opinión; llevar hasta el fondo de las masas tardías é ignaras el empuje y la luz que las encaminen y conduzcan por los senderos nunca transitados.

"Llevemos hacia los Principios á quienes fueron arrastrados por los Hombres".

El llamado ahora es apremiante, como si de un momento a otro, se esperara que algo de la precaria existencia va a morir. Cada día se vive sólo instantes y ya se ha perdido mucho tiempo. El "ahora" adquiere sentido para impedir que se siga jugando miserablemente con las masas ignorantes desorganizadas, si se quiere, conservadoras, pero siempre

con alguna esperanza. Urge todo para aprovechar "el cambio radical". La espera conduce de nuevo a la frustración y la dictadura. Pero lo más importante es volver los ojos a los principios para huir o erradicar la tiranía. Textualmente el llamado de Gallegos es de un valiente radicalismo en esos momentos:

—“Llevemos hacia los Principios á quienes fueron arrastrados por los hombres”.

No nos dejemos arrastrar más. Cerremos el paso a esa vía.

Derrotemos a Gómez y al naciente gomecismo con los principios. Aún hay tiempo. Gómez es la negación de los principios. Y entendidos estos últimos como impulsadores de la democracia y el progreso. De un hombre sin principios, no se puede esperar otra cosa que la tiranía.

Luego insiste con relación a estos Hombres:

"La inveterada costumbre de esperarlo todo de éstos, unida á la incondicional resignación de nuestro pueblo, nos ha llevado en todas las emergencias difíciles á ver como único remedio infalible, lo que desde largo tiempo viéñese llamando fusión política, cuando en realidad debiera decirse confusión de pro-hombres".

Pro-hombres que Gallegos, en pago a la emergencia nacional, no llama por sus verdaderos nombres. Son los eternos cortesanos que forman otra vez la corte. Y la fusión, por esa misma emergencia, el pacto, se realiza no en base a principios sino en base a las migajas que reparte el nuevo

caudillo poderoso. No hay unidad en nombre de la patria en recuperación. Patria que tanto les nombra Gallegos, como si quisiera tocarles alguna fibra de sensibilidad recubierta de personalismo, de egoísmo, de interés particular. Si reconocen una emergencia es para no perseguirse entre ellos mismos y comenzar un disfrute tranquilo antes de que se produzcan las inclinaciones por un favorito. Sin embargo, Gallegos reconoce necesaria la unidad para la adhesión. Pero de inmediato reclama otros fines, más allá de los mezquinos intereses:

"Mas, iniciada como ha sido una era de constitucionalidad efectiva y de franco desenvolvimiento para el País, se impone también el deber de trabajar para el porvenir, abriendo nuevos caminos que á él nos conduzcan y desembarazando los ya abiertos de los obstáculos conque los han obstruido nuestros errores políticos. Esta á que nos referimos no es, ni con mucho, amplia senda por la cual podamos marchar sin zozobras hacia el ensueño de confraternidad y republicanismo, sino que, por el contrario, lleva á un intrincado laberinto por el que andando, á la larga, vendremos a encontrarnos en el punto de partida. Muchos hay que habituados á pensar con las palabras, no comprenden fuera de esta fórmula, que en principio encierra un contrasentido y en la práctica es irrealizable, el ideal de confraternidad tan recomendado y necesario; y sin duda se echarían á temblar, cuando tal pusilanimidad no tiene ya razón de ser si se les dijera que bien caben en el seno de la más cordial fraternidad, las diversas corrientes de opinión encauzadas en los rumbos serenos de partidos banderizos que, teniendo en más el valor de las ideas que encierra un programa ó doctrina política, que los méritos particulares de un caudillo, funden en una sola aspiración colectiva el haz de

anárquicas tendencias individuales que impiden la cohesión nacional, prestando por lo tanto un más valioso concurso á la labor común".

Un largo rodeo para llegar al "punto de partida" que no es otro que la tiranía. Porque se sigue la práctica de transitar los mismos caminos sin siquiera preocuparse por librarlos de obstáculos. El trabajo es solamente llegar al caudillo, estar a su lado, llenarle los oídos de grandeza ante el pequeño paso dado. Y Gallegos ve claramente, es un maestro que parte de lo que es, al deber ser. La iniciación de una "era de constitucionalidad efectiva y de franco desenvolvimiento para el País" no la ve como algo que, por sí mismo, dé los resultados esperados. No confía en esta generación espontánea de un paso inicial, por muy extravagantemente extenso e intenso que resulte este paso. No es fácil camino, vía tranquila y limpia de esquirlas y abrojos para la realización de los ensueños, sino algo que requiera el esfuerzo de toda la capacidad colectiva. Pero los pro-hombres sólo manejan palabras que mientras más repiten, parecen más elocuentes. Acostumbrados a manejar palabras para la adulación, ellas ya no representan ideas y las oponen limpiamente a quien quiera que intente darles un sentido de verdadero programa, basado en principios, y no en hombres. Así, el ideal de confraternidad no es otra cosa que medrar alrededor del jefe. Y Gallegos les propone algo extraño, "teniendo en más el valor de las ideas que encierra un programa o doctrina política, que los méritos particulares de un caudillo"... Una fraternidad o unidad para el progreso, para el porvenir, para el desarrollo de la inicial constitucionalidad que, a la larga, con los viejos métodos, puede llevar, como siempre, a la dictadura. Gallegos sabe que, históricamente, siempre se

comienza con una constitucionalidad, una libertad, un disfrute, una salvación, unas buenas intenciones que se transforman, de inmediato, en todo lo contrario, y se repite el ciclo de dictadores. Porque la noción que tiene esta gente es "demasiado concreta y mezquina" y su cooperación se reduce al acomodo propio. La confraternidad es un medio de lucro en el reparto, o como dice Gallegos:

"¿Será necesario repetir una vez más que la mayoría entiende por esto, la participación activa y directa en el Gobierno, ó más claro y mejor, ocupar un puesto en él?".

Se está ante la tragedia de hombres sin principios, sin ideales, con una idea fija de entrar al gobierno al precio que sea y ya no importa el país. Sencillamente la patria es el gobierno. Patria y puesto se confunden en una miserable oportunidad. Para Gallegos es un absurdo prejuicio que priva en el espíritu del venezolano logrero y tiene la ilusión —Gallegos— de que puede destruirse por una acción de los pensadores y una discreta intervención de la prensa. Y termina su artículo con estas palabras, para nosotros negadoras de la euforia con que paga su tributo a la hora de entusiasmo:

"Por lo que á nosotros toca, creemos estos momentos los más propicios para llevar á cabo toda labor que esté inspirada en sentimientos de verdadero patriotismo, al amparo de las garantías devueltas en el manifiesto inaugural del Gobierno 'no como concesión ó merced sino como una estricta aplicación de la Ley'".

"Ya podemos pensar alto y debemos ser sinceros".

¿Es necesario repetir que se disponen él y los demás alborados a disfrutar plenamente de las garantías? ¿Que esas garantías no son una dádiva generosa, un mendrugo político de un perdonavidas, sino conquista, reivindicación, derecho, devolución de algo que se había hurtado en las mil manipulaciones de las tiranías?

¿Debemos destacar que aquí se desarrolla una de las más extraordinarias lecciones —la primera de Gallegos—, vidente siempre a la caída de una tiranía?

Nosotros queremos ir más lejos en la interpretación, porque la lección se repite en la simbología galleguiana de sus novelas. Pero antes de seguir adelante nos parece propicia la ocasión para desmentir la leyenda de que Gallegos apoyó en un principio la tiranía de Juan Vicente Gómez. Eso no hace ninguna mella en el maestro, no solamente por la falta de asideros, sino también porque se dice sotto voce. Gallegos toma providencias contra un gomecismo que ya asoma, desde el mismo momento que todo comienza a girar alrededor de un hombre y no de un principio. Está claro que Gómez en esos primeros meses —digamos días— es el instrumento para salir de Castro. Aún no se sabe nada del gomecismo y se comienza un debate dentro de la unanimidad de la liquidación de la tiranía anterior. Gallegos no se deslumbra ante las migajas democráticas que se dejan caer desde palacio. Y por eso se empeña en darle un sentido al porvenir. Le preocupa más el porvenir que el presente. Se incorpora al entusiasmo ante la caída de Castro para hacer valer las nuevas ideas, para combatir todo lo viejo, aunque esté simbolizado en un Gómez, como nuevo, en el poder. La idea es encontrar un verdadero camino democrático porque

piensa que el pueblo tiene los pies de barro, contaminados con la tiranía. Y lo más elocuente de todo, es cómo insurge, precisamente en este artículo, **Hombres y Principios, contra los hombres, en favor de los principios.** No pocas veces en la simbología hay que hacer sacrificios para dotar de una lechada de principios a un hombre. Recordamos ahora "La Trepadora". Adelaida iba cuando don Jaime venía y continúan juntos... y empezó a hablar:

"—¡Este Hilario! ¡Cuánto me preocupa el muchacho! De su natural impetuoso y de su corazón vehemente puede esperarse, a la vez, todo lo bueno y todo lo malo. Valiente, audaz, dotado de una naturaleza generosa, sin miedo ni a la vida ni a la muerte, sólo le falta una mano sabia que le vaya desbastando el alma... Me preocupa su suerte, me aflige pensar que esa fuerza que alienta en él se desvíe y lo conduzca a un destino deplorable. Temo por él, como por el fuego, que atendido calienta y alumbra, pero descuidado, incendia y devora. Si Dios quisiera... ¡Si Dios quisiera salvármelo! Una mano sabia, suave y fuerte a la vez, un corazón generoso, capaz de pequeños, pero continuados sacrificios, para un verdadero triunfo final... una mujer que lo entienda y que lo salve de sí mismo, porque su mayor enemigo es su propio corazón".

Desbastar el alma de un hombre de quien se puede esperar todo lo bueno y todo lo malo, es una misión para la educación. A lo bueno, no solamente dejarlo en bondad sino elevarlo a categorías humanas para lo trascendente y superior. Gallegos simboliza aquí al pueblo en ascenso, con su miserable alma caudillesca, que le nació en un medio que no daba otra cosa. Se tiene que ser eso para sobrevivir, pero

si se le educa y si se le conduce por un camino donde no sea la mezquindad, la iniquidad, lo perverso, lo rudo, la justicia a propia mano, su ley, y toda esa energía se lleva hacia el bien... resulta otro hombre...

¿Que es utópico, sueño, trabajar sólo con bondad o maldad en los hombres? ¿Que es un maniqueísmo? Gallegos quiere que se le comprenda sin mayores complicaciones. Y utiliza estos elementos de gran transparencia. Aún hoy se utilizan esos elementos de bondad y maldad con más o menos complicaciones súlicas que se acerquen un poco más a la compleja naturaleza de ciertos personajes.

Porque Gallegos sabe también que insertarse, unir las aguas en el torrente de la barbarie no da resultado... también fracasa... contamina. Como el caso de Basilio Daza en "El Forastero".

Ese pudo ser un camino: entrar al coro para desviar la mano asesina del caudillo hacia el bien. Valerse de trucos, intrigas, componendas, inteligencia, todo para ilustrar al amo. Pero fracasa, porque termina en las garras de su propia ambición. Un camino que siguieron muchos intelectuales al lado de Gómez. Las puertas estaban abiertas, pero Gallegos prefiere intervenir con sus lecciones, no con sumisión, o entrega, como la parte más luminosa, pero al mismo tiempo más oscura de la barbarie.

Desde entonces sabe que el bárbaro no se refina desde el poder. Hay que tener más paciencia e iniciar el largo camino de la educación de abajo arriba.

(El bárbaro busca las luminarias y las paga bien para dar esa apariencia de luz. La barbarie de las tiranías tiene sus piaches del fuego. Gómez tenía su legión de intelectuales que lo endiosan y le dan parentela de almanaque con el Libertador).

Hay que buscar lo mejor que existe en el espíritu popular. Lo incipiente que se traduce en costumbres y que aún no forman tradiciones, comportamientos festivos o luctuosos que se manifiesta en folklore, pero que no integran "un alma nacional" todavía.

Porque Gallegos comienza a ver la educación como una revolución... algo decisivo que expulse al tirano del espíritu aún infantil, cuando todavía no domina totalmente la barbarie.

Se planteaba, pues, con la educación como instrumento, liquidar al caudillo que parecía **una herencia en el alma popular**. La educación debería sembrar en el espíritu los principios —y todos los principios— con sólo mencionarlos ante Gómez, toda la lucha anticaudillesca, es una posición muy bien definida frente al gomecismo, que es decir, contra la tiranía. Aun en este instante en que Gómez comienza a encarnarla.

V

**INCLINAR LA BALANZA... CON LAS
REFORMAS**

Apenas el barco cruza la línea imaginaria de las aguas territoriales, Gómez deja de ser el aguantador de Castro. Los prohombres se atropellan para cambiar de dueño urgentemente, y adelantan la conspiración, al alentar la reacción espontánea y dirigida contra el Cabito. Todo debe quedar en un simple rechazo de Castro. El enemigo es único. Los aduladores se disponen a borrar el nombre del destinatario en sus telegramas (la dirección es la misma). El **ahora** es apremiante, sin demoras ni vacilaciones. El nuevo dueño, el verdadero, (Estados Unidos) no se conforma con prendas, promesas o seguidores verbales; quiere todo el tesoro potencial de nuestras riquezas. Por eso, los conspiradores se dan prisa (las masas en la calle pueden perder el control) y para calmar a los norteamericanos les piden que se garanticen ellos mismos el gigantesco saqueo con la presencia de su flota en La Guaira.

(Gómez se inicia con el más extraordinario maltrato a la soberanía nacional. Somos un protectorado. El heroísmo bufo de Castro da paso al anti-héroe. Sin enmienda constitucional,

la flota norteamericana está presente en una sucesión dictatorial. Ya no se trata de una pelea interna entre caudillos para repartirse el botín. De aquí en adelante intervienen los Estados Unidos como el gran saqueador).

Rómulo Betancourt refiere los acontecimientos en su libro, VENEZUELA, POLITICA Y PETROLEO, de esta manera:

"Todo sucedió como había sido planeado. El 24 de noviembre salió Castro de Venezuela. La maquinaria del complot anticastrista comenzó a funcionar apenas se desdibujó en el mar la silueta del **Guadaloupe**, con su preciosa carga a bordo. Ya en los primeros días de diciembre comenzaron las algaradas callejeras, promovidas por agitadores sinceros, otras por la conjura palaciega en marcha; y el 14 de ese mes, cinco días antes de que llegara a su fase de culminación el plan conspirativo, fue hecha la infamante solicitud de la intervención armada extranjera. En ese día, el Ministro de Relaciones Exteriores, José de Jesús Paúl, cumpliendo instrucciones del Presidente en funciones, Juan Vicente Gómez, visitó al Ministro del Brasil en Caracas, encargado de la representación diplomática de los Estados Unidos. Ese ministro era Lorena de Ferreira. Le fue pedido en la bochornosa entrevista que solicitara de Washington el envío de barcos de guerra a puertos venezolanos. Síntesis de la conversación fue transcrita en este mensaje cablegráfico de Lorena a su Embajada en la capital de los Estados Unidos:

Iniciada reacción contra el General Castro. Ministro de Relaciones Exteriores me visitó hoy. Pidióme hacer saber Gobierno Americano voluntad Presidente Gómez arreglar satisfactoriamente todas las cuestiones internacionales pen-

dientes. Cree conveniente presencia buque guerra americano La Guayra previsión acontecimientos. Hizo similar comunicación a otras Legaciones. Favor transmitir Río. Lorena (*Papers relating to the Foreign Relations of the United States, 1909, Washington 1910*, p. 609).'

"El 19 de diciembre se efectuó lo que en el sibilino lenguaje de la época se llamó 'la evolución dentro de la situación'. Gómez asumió el poder, nombró gabinete y los mismos que dos semanas antes colocaban a Castro a la diestra de Dios lanzaron contra su nombre andanadas de denuestos. 'La revolución fue como una ópera bufa', comentó para los lectores de *The New York Times* su corresponsal viajero, Samuel Hopkins Adams, pero para el Departamento de Estado tuvo la grandiosidad de una de las sinfonías wagnerianas en las que el triunfador entra al Valhalla, después de vencer al dragón. Cuarenta y ocho horas después de haber cumplido Gómez su papel en el trágico sainete, zarpaba de Hampton Roads el primero de los acorazados norteamericanos que iban a respaldarlo con sus cañones y con su marinería: el *Maine*. El 23 de diciembre, le siguieron otros dos, el *Des Moines* y el *North Caroline*. En el último de esos navíos de guerra embarcó, en calidad de Comisionado de los Estados Unidos, el contralmirante W. I. Buchanan.

"Los acontecimientos se sucedieron con rapidez filmica. No llevaba Gómez una semana en el timón cuando ya eran varias entrevistas celebradas con el comisionado norteamericano. Los tres imponentes acorazados alzaban sus moles de acero en los muelles de La Guayra. Los cañones relucientes, las diarias maniobras de los marinos sobre los

puentes, el traqueteo de las armas en los ejercicios mañaneros de tiro, eran otras tantas advertencias saludables para los 'nativos'. De haber surgido alguna protesta nacional —que no la hubo, por no existir entonces organizaciones políticas populares en el país— como réplica a la pacífica trasmisión del mando de manos de Castro a las de quien había sido su cómplice y colaborador incondicional durante diez años, esa protesta hubiera chocado con los fusileros del Tío Sam.

"Tres meses duró esa ocupación virtual del país por la marinería extranjera. El 13 de febrero de 1909 fueron firmados los protocolos Buchanan-Gómez. Se trataba del precio inicial pagado por el nuevo gobierno al Departamento de Estado y a los inversionistas norteamericanos, para merecer el rango de siervo y protegido suyo"...

El contenido de esta cita justifica su extensión. Y más si de ella derivamos que los alborados empeñados en llamar la atención hacia el porvenir, hacia el futuro, no registraron la peligrosa presencia del yanqui en aguas venezolanas, como garantía de la sustitución de Castro por un compadre, que no sólo aceptaba, sino que pedía los mandatos de los Estados Unidos. Se ponía de manifiesto no sólo la sumisión al imperialismo norteamericano, sino la más indigna protección. Gómez, ahora anti-Castro, había sido el agente ejecutor de los desmanes de Castro, su pacificador predilecto, brazo armado de la represión contra los demás caudillos en armas, también serviles de potencias extranjeras. Gómez debía convertirse en un Castro pero al servicio del imperialismo norteamericano.

Buscaban los prohombres el bautizo del neocolonialismo, para erradicar el pecado original del compadrazgo, del sacramento con la dictadura anterior. Se quería demostrar que no seguía la posición soberbia de la soberanía bufonesca de Castro. Y esa garantía no podía darse con medias tintas: se pedía la intervención, es decir, el primer paso del protectorado. Castro, ante el bloqueo también había pedido protección al imperialismo norteamericano, pero se dio en forma diplomática y financiera porque los Estados Unidos ya habían entrado de lleno en la disputa de esta parte del mundo. Gómez consolida su poder pacíficamente, pero apoyado sobre las bayonetas amenazantes extranjeras. Después, toda esa movilización yanqui, la cobran en petróleo y dictadura, en una llegada tardía a la explotación de Venezuela, pero con más "derechos" sobre ella, con más poder de decisión, con una pérdida —por parte del país— de casi la totalidad de su soberanía.

Para los prohombres ya la balanza se había inclinado a favor del invasor-capturador de petróleo y de la economía que posteriormente deriva en lo que Malavé Mata llama certeramente, el mestizaje económico. La culminación más amarga, la más dolorosa y sangrienta de la venta de un país.

¿Pero quién protesta la presencia yanqui? ¿Qué voz, qué brazo, qué lanza se subleva? ¿Acaso los más preocupados de la época la vieron como una ayuda providencial contra las amenazas de reacción castrista? Nada justifica el silencio de los preocupados, la conformidad, el sometimiento, la adaptación o la indiferencia ante la presencia extranjera para dirimir algo que sólo nos atañe a nosotros. Sin embargo, no se puede juzgar con la óptica nuestra, este nuevo silencio de los

alborados. Quizás lo dejaron pasar como un hecho momentáneo, sin mayores consecuencias, para seguir en una lucha a muerte por el porvenir, en base a los principios. ¿O pensaban que con la sólida creación de un movimiento democrático, sobre la base de las masas en la calle en el disfrute de todas las libertades públicas, era posible, solamente así, la recuperación integral de la soberanía? Nada justifica el silencio. Parecía que un **fuera el yanqui**, se llevaba a Gómez, en ese instante instrumento anti-Castro, en muchos aspectos garantía del momento democrático. Todavía se permite un equilibrado juego democrático —casi como un pasatiempo del habla oral y escrita—, mientras se produce la entrega a los negociadores norteamericanos. **Los alborados** ignoran las peticiones para la presencia de cruceros yanquis en nuestras costas, las manipulaciones del dólar, para cercar a Castro en Europa, y las recomendaciones norteamericanas de mano dura con los "nativos" y mano blanda en la entrega. También podemos preguntar, fuera del gobierno que la pidió secretamente, ¿quién la aplaudió?, quién la vio como factor de coloniaje o liberación? ¿Quién la podía ver entonces como el comienzo de la gran dictadura del petróleo en nuestro país? (Quizás **los alborados** lo vieron como un peligro. Pero aún no decisivo en los destinos del país. Tal vez se vio como un mal menor frente a la amenazante invasión. Yo no quiero condonar a **los alborados** por este dejar tranquilo, sin el filo temible de una palabra, la presencia del yanqui en nuestras costas, pero sí dejo constancia de mi reclamo, de mi dolor por este silencio directo.

Los yanquis estaban allí en las costas de La Guaira y los **alborados** continuaban hablando de esperanza, de porvenir, de reformas, de coyunturas favorables para un cambio

radical que permitiera emprender una nueva vida. (La flota yanqui opaca el sol con sus bayonetas en La Guaira). Pero esa esperanza ya estaba menguada. Disminuía de día en día. Y algo presente nuestro futuro gran novelista cuando en sus análisis ya se veía directamente ante lo que ocurre y lo que debe hacerse si se quiere garantizar el futuro de los venezolanos. No el futuro de Gómez y los yanquis, sino el futuro de nuestro pueblo. La presencia de los barcos, ¿no daba motivos acaso para la gran lección de la soberanía?

Gallegos ve después en **DOÑA BARBARA** en Mr. Danger la presencia de mister peligro. La presencia de lo nada **bueno y generoso**, que pretende desnaturalizar lo más puro de los venezolanos. ¿Tardía reacción? Más bien consecuencia de lo que no vieron al principio y que ya dejaba como secuela la enajenación del país con su carga de tiranías sangrientas y despiadadas en un nuevo modus operandi del invasor, que no seguía las normas comunes a los demás ladrones.

(La economía de la máxima ganancia de los monopolios internacionales siempre realiza en nuestros pueblos una política de tiranías).

Pero permitásenos adelantarnos en nuestros comentarios a los artículos de Gallegos en **La Alborada**, para arrojar luz sobre la preocupación de estos jóvenes intelectuales, frente al peligro del yanqui. Saltamos al número IV de la revista — volveremos luego a la entrega II, para un ritmo de la evolución intelectual de Gallegos — porque allí encontramos a Gallegos parafraseando la célebre frase de Bolívar sobre los Estados Unidos, sin citarlo. Nos referimos al artículo titulado, "La Alianza hispano-americana (a la Sociedad Patriótica)".

Citaremos y analizaremos algunos párrafos solamente. El artículo se inicia con estas palabras:

"Sería la más grata ofrenda que pudiéramos presentar á los manes del Libertador al cerrarse la primera centuria de nuestra independencia, ver de lograr en la práctica aquel ensueño de confederación americana, que prematuro disipó el fracaso desataviándolo de todo lo que en él era y aún es utopía, dándole forma de cosa practicable; y este deber á que nos obliga hacia el pasado la gratitud sería al propio tiempo, si llegáramos á cumplirlo, el acto inicial de nuestro engrandecimiento futuro".

Gallegos se va lejos en la historia, invocando la cercanía futura del Centenario con la proposición de un viejo sueño del Libertador —no utópico por su verdadera necesidad—, que hizo fracasar entonces, entre otros, Estados Unidos. El tema servía también —desde el punto de vista de la destrucción de la dictadura anterior—, porque Castro ya preparaba sus discursos grandilocuentes, sus frases de colombiana retórica, sus arcos de madera y cartón dorado, sus agujeros y demoliciones para los monumentos, en su obsesión de presidir las fiestas patrias donde se tutearía con los padres de la patria. Por supuesto, él también, padre e hijo y espíritu en la adulación de las oratorias menores y los telegramas.

El Cabito ya se veía en una nueva apoteosis donde encontraría las parentelas heroicas, su verdadero lugar en el patriciado viviente.

Para Gallegos, este artículo era también una manera de atacar a Castro, pero con los ojos en el futuro. Un futuro

oscuro que no podía ni siquiera intuir con todas sus dotes para adelantarse a los acontecimientos. Este centenario fue la culminación de la enajenación neocolonial: vino Mr. Knox a presidirlo como brazo largo de los verdaderos amos que vigilaban el engorde de sus intereses. Y hasta el Obispo, en pagana indulgencia, levantó la prohibición de comer carne en los días de guardar para el hartazgo real y simbólico del yanqui insaciable y glotón. Gustavo Machado, en el Primer Capítulo de sus Memorias inéditas, describe magistralmente cómo la fiesta del centenario se convirtió en la más abyecta adulación, en los más extravagantes honores a Mr. Knox, realmente el amo que suplantaba vilmente las sagradas memorias de la libertad, con la esclavitud enorme que simbolizaba.

Gallegos no lo sabía y ahora propone, con cierta ingenuidad, una vuelta a la proposición bolivariana —en esos momentos más que utópica—, para atacar al yanqui que aún está en La Guaira y merodea por el Caribe cada cierto tiempo, con la coartada de una invasión de Castro. Gallegos protesta la protección del yanqui y propone la creación de una fuerza de contrapeso latinoamericana, capaz de oponerse al poderoso yanqui amenazante.

No lo inventamos ni lo exageramos. He aquí sus palabras en el párrafo siguiente, después de ese saludo a la bandera:

"Harto se ha ponderado el peligro que para las jóvenes nacionalidades Sur-americanas representa en el Norte el afán conquistador del Yanqui, siempre en acecho, atisbando la oportunidad para adueñarse de nuestro territorio á nombre de una protección que no necesitamos, (subrayado

J. V. A.) mientras el patriotismo aconseje la muerte como remedio extremo, y mucho se ha hablado también de la unión Sur-americana como único remedio capaz de conjurar el peligro común".

Nos recuerda las amargas palabras del Libertador: "Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para esclavizar a nuestra América en nombre de la libertad". (Cito de memoria la carta a Campbell).

Sí, ya Gallegos no tiene dudas de esa oportunidad yanqui para adueñarse de nuestro territorio, pero no solamente en nombre de una protección que no necesitamos, sino de la libertad que ellos necesitan para el despojo, como en Cuba, como en Panamá, como en Filipinas, y su misión de gendarme de la explotación en el Caribe y todos los países de nuestra América. No es una amenaza, es un hecho, una realidad de gran tiburón anfibio, de mar y tierra, al cual hay que oponer la fuerza de las debilidades latinoamericanas. O simplemente morir, pero no perder la soberanía.

(Muchos años después, en 1948, Gallegos es víctima de esta "protección que no necesitamos", cuando cae su gobierno por la intervención yanqui, tal como los acusa Gallegos en La Habana. Participaba en la conspiración un Capitán Adam de la Misión Militar Norteamericana).

"Una protección que no necesitamos", pero que han pedido los felones prohombres a través de su vocero semianalfabeto que tenía la soberanía nacional en sus faltriqueras. Los mismos que razonan que es bueno para el país solamente lo que beneficie sus miserables intereses. Y Gallegos prefiere

que lleguemos a los extremos del autosacrificio, del suicidio colectivo en acciones desesperadas, antes que admitirlo como un mal necesario o como una vileza aconsejada por el miedo. (¿Acaso no ha sido el miedo al yanqui el material fangoso y doliente de tantas frustraciones nacionales? ¿Cuántas aspiraciones populares se han traicionado o simplemente abandonado por temor al hierro candente y castigador del yanqui?) Para Gallegos hay la alternativa de la muerte, la destrucción, la desaparición, con dignidad de irreductibles o la unión frente al poderoso. No es la doctrina Monroe de ambiguo planteamiento escolar, que en la práctica se transforma en un reclamo de América toda como propiedad del yanqui, como su tajada de la tierra en el reparto del mundo.

No podía fallar la voz del maestro Rómulo Gallegos ante esos acontecimientos presentes: la vigilancia de transmisión de poder favorable a los intereses norteamericanos, aun con todo el apoyo que le daba a las posibilidades democráticas del nuevo gobierno. Las posibilidades de desarrollo, de porvenir, de futuro, de dignidad no se podía pagar con la discreción de un silencio que parece más bien complicidad. No se puede pagar tan caro un futuro incierto. Gallegos siente la necesidad de protestar de alguna manera. Y como desde ese momento sabe que la jauría acecha, descubre los primeros elementos del rodeo para decir las cosas. Más tarde es tan consciente que busca en la novela su medio de comunicación, de expresión, su manera de decir sus mensajes con un sentido más trascendental, menos cotidiano y de encargo, para las generaciones futuras en formación.

Así lo ve en este artículo, aparentemente inofensivo, pero de una carga revolucionaria peligrosa para los vendepatrias que

se ofrecen ellos mismos en venta, como primera inversión que garantice los intereses de los poderosos extranjeros.

Por eso Gallegos nos ofrece algunas consideraciones históricas de relleno: los intentos y los fracasos por la unión latinoamericana, y vuelve a atacar con sutiles rodeos que culminan en una alusión directa a lo que ocurre en el presente. Del pasado al presente, para llegar con dignidad al futuro. Dice párrafos más abajo, grandes verdades de una dolorosa realidad:

"Vivimos en un aislamiento injustificable del resto del continente americano; nada ó muy poco sabemos de nosotros mismos, en tanto que conocemos los más mínimos detalles de la vida de los extraños. Nuestra intelectualidad se nutre de la savia europea, como nuestro comercio de sus productos, y generalmente llegamos a interesarnos más por los problemas políticos ó sociales que allá se resuelven, que por las propias necesidades que aquí piden urgente solución. Nuestra vida toda pende de Europa, sus destinos parecieran ser los nuestros; de espaldas al continente, frente al mar, estamos siempre hurgando los horizontes en la espera de algo que viniera a resolver nuestra suerte, quizás la Buena Nueva que venga a predicarnos con sus cien bocas de muerte algún acorazado".

Y aunque se refiere a Europa en cuanto a la vida intelectual y comercial, con un llamado a volver los ojos hacia el continente, el remate es una alusión directa a la presencia de los acorazados yanquis en nuestras costas. Se podría decir también que se refiere al bloqueo de las potencias europeas en el período de Castro, pero eso sería como nombrar la soga en casa del ahorcado.

Cien bocas de muerte para señalarnos el verdadero camino en nuestro destino de país libre y soberano, ¿cuántas veces han asomado ya en el horizonte de nuestros gobernantes?

Gallegos, pues, sufria el escozor, la inquietud de silenciar una intervención extranjera en nuestros asuntos, tantas veces intervenidos a lo largo de nuestra historia. Ya a fines de febrero no puede callar y encuentra la vía para dejarnos en este artículo algunos señalamientos de la infamia.

1. Las Causas

Regresamos al orden cronológico de sus artículos en "La Alborada" para encontrarnos en el primer intento por desentrañar LAS CAUSAS.

Con este título aparece un artículo suyo en el II número de la revista. Trata de encontrar unos orígenes, unos señalamientos en el largo camino histórico para explicarse los fenómenos del presente, siempre con los ojos puestos en el porvenir. Parece que viene de un diálogo truncado, de una réplica a un interlocutor que no está a su alcance en esos momentos. Sabemos que se trata de una discusión que estaba en el ambiente y no sólo se olía o se tocaba como algo sólido, sino que se divulgaba como una verdad irrefutable.

Veamos:

"Pero la paz no será un hecho en tanto no desaparezca del espíritu nacional la previsión de la guerra. Temida i odiada como á una Divinidad aciaga, á quien fueron gratos el rencor i la sangre de los hombres, ha sido la perpetua amenaza

suspendida sobre nuestra suerte, i más aún: el corolario fatal de todas nuestras crisis políticas. Una experiencia de largos años —tantos casi como los de nuestro vivir mismo— ha desarrollado en nosotros una mui aguda perspicacia pesimista; nuestra mayor esperanza, ha tenido siempre mucho de zozobra i nuestra paz, paz de campamento en la que importa estar alertas, mucho de la ansiedad mortal del receso. Entonces todos los ojos parecen hurgar en los horizontes preñados de amenazas, el punto donde habrá de brotar la llamarada de la nueva, de la inevitable rebelión; los oídos se aguzan, cual si quisieran percibir el rumor que efervesce debajo del silencio i la calma i cada ciudadano es un soldado que porta un arma secreta".

No es por novedosa elegancia semántica de principiante este "pero" que se supone y es inicio de objeción. ¿O es la continuación de un monólogo cuyo comienzo se quedó en su largo transitar por las calles? Algunos de sus personajes novelescos, acompañados y más frecuentemente en la soledad de ellos mismos, se entregan a un desdoblamiento, en diálogos, en donde parecen descomponerse los elementos del mestizaje. Los dos habitantes de una unidad humana en conflicto permanente. Individualidad que se realiza solamente en una contradicción: vivir-morir-vivir, sin término de paralelismo, porque es una integración que no ha concluido. Y a veces son tres, y cuatro, como en *Cantaclaro* cuando le habla al otro que anda de ánima sola en el caballo o a los propios aparecidos de su alma.

(Uno no termina nunca la discusión interior, atormentada, donde la realidad da la batalla diaria con la fantasía. No, no se trata de un habitante que transita tranquilo por las calles.

No, no es un sujeto, un individuo, alguien, sino todo un mundo que pretende apropiarse de todo el cerebro como el habitat de grandes y pequeñas voces que nunca salen a flote conscientemente).

Los voceadores de la paz —que merecen ese “pero” de Gallegos— se olvidan de que aún no han desaparecido ni las condiciones ni el espíritu de la guerra. No son las armas, poderosamente ofensivas y modernas en manos de un tirano, las que pueden invalidar, de la noche a la mañana, las condiciones de la guerra. Un poco en el recuerdo de Maquiavelo y muy en otra instancia, los pueblos, por años, se han habituado a ser de una determinada manera y ha arraigado en el espíritu una conducta difícil de erradicar como no sea con el exterminio. Habitados a dirimir los conflictos con las armas en las manos —porque nunca han conocido otra manera de solucionar conflictos y cuando lo han intentado los defraudan—, todo lo que intentan lleva como instancia inmediata, sin mucho esfuerzo en la primera, la guerra. Pero no una guerra cualquiera—más adelante insistiremos en el tema—, sino aquello inútil, de rencor y sangre de los hombres, sin más allá de una esperanza vaga, que no liquida una estructura podrida y da nacimiento a una nueva. La guerra federal que supo ligar finalmente la lucha por la igualdad a la posesión de la tierra, fue una guerra cruel que con el asesinato de Zamora por la oligarquía, dio paso a la frustración de nuestro pueblo.

(La igualdad, la libertad no son entes abstractos si se levantan sobre la base de posesión de la tierra, como instancia primitiva de poder).

Por eso Gallegos llama a la guerra, simplemente, Divinidad aciaga: único objetivo, mal. Adoración de frustrados en la primera concepción galleguiana. Pero divinidad como en los pueblos primitivos, de mayor liturgia. Porque más magia y adoración existe para la deidad del mal que del bien. Cuando las cosas de los hombres se dividen en calamidades diarias y una que otra bondad de hombres y naturaleza. Disfrutes y privaciones, alegrías y dolores, abundancia y escasez crónica, favores y rigideces, el mundo se les divide en dos aconteceres contradictorios, donde todo parece signado por la maldad. Y por eso, realiza sacrificios —el hombre— sangrientos: más tributación de dolor al dios sangriento, dirigido por uno mismo, para conjurarlos, que al dios tonto que todo lo tolera. Y autosacrificios, no tanto para alejarlos, sino para recibir de ella toda la fuerza, la guerra-divinidad suspendida sobre uno como solución ante la crisis.

Gallegos no cree aquí en la guerra como medio de liberación. Porque ha habido muchas guerras y pocas liberaciones. Nuestras guerras —en la concepción galleguiana— son instrumentos tiránicos. En ellas se han apoyado, hasta aquí, las dictaduras. Apenas rasgos de libertad momentánea que conducen a otra dictadura y otra guerra.

La guerra es la alternativa a lo largo de todo el siglo XIX. El espíritu está marcado con el hierro candente de la violencia que conduce a la gran frustración de la guerra, sin causa honorable q libertad para las masas. Y más si se toma en cuenta la base de conformación feudal, en una modalidad latinoamericana, que se empeña en desarrollar sus relaciones sobre ideologías burguesas. Mezcla de estructuras arcaicas y tropicales con superestructuras aparentemente nuevas.

Gallegos ha pasado su infancia, su adolescencia y su juventud entre guerras. (La mandonera se forma y se acerca en la demolición de la Nación y el miedo. Se tiene que recurrir a toda la fuerza espiritual para no irse detrás, para no integrarse y tratar de darle contenido a ese espíritu lleno de esperanzas y que se cubre de garrapatas y harapos). Ha sobrevivido a la peor peste de Venezuela. Y tiene el temor de esa prolongada convalecencia donde sólo se piensa en la recaída. Gallegos no tiene derecho a pensar alegremente que la violencia podía descartarse por un plumazo de los plumarios: un disfrute de garantías, un paseillo por la libertad, y un asomarse a la luz para aprovechar los primeros rayos del alba. No hay bases reales para la paz, pero tampoco existe ni la organización ni la ideología para una guerra revolucionaria. Para Gallegos crear la paz, es crear la libertad, las bases para un desarrollo económico y político progresista. Se confiesa pesimista ante esa paz de pregón o de represalia, de lema impactante que amenaza con las bayonetas, con los sables y con los fusiles (en alguna parte de **La Alborada** puede leerse un suelto contra un policía que ahora anda de fusiles en las calles, como en un país ocupado. Todo se da como una paz de fusiles amenazantes). La vida no le permite ver con claridad la vía civil, por muy Divinidad pacífica que ahora se disfraze. Teme que se trate de una simple tregua, una preparación para otra guerra infructuosa desde el punto de vista de la evolución que proclama.

Evolución que se ha desarrollado sólo en la capacidad mortífera del material de guerra: de lanzas a fusiles y de estos, a las ametralladoras y cañones: armas de fuego que ya no son de lenta **avancarga**.

Casandras y delirantes llamaron a los **alborados** en su tiempo. Pero es terrible esa paz de campamento, de alertas, de acechanzas, de **alto quien vive** en medio de la muerte, de fusil montado, que más que tregua, es un instante para tomar aliento entre disparo y disparo.

Gallegos no puede evitarlo: la amenaza de la guerra está en todas partes. **Está enfermo de guerras.** (La peste-guerra envenena la atmósfera. Se sabe que puede pasar con sus caballos o sus sonantes hierros de cotizas mugrientas. Y se cierran ventanas y postigos y ojos y oídos. Y rezos y santos para que pase la guerra por la calle sin dejar huella ni ruidos). Y las ve y las presiente. Se le han dado en una infancia de sobresaltos y ahora es todo ojos y oídos. Aun en el más puro silencio, adivina suaves pisadas en la hojarasca, chamizos quebrados, crepitar de vivaques, sombra sutil de vigias, silbidos de conjurados, gestos de entendimientos previos. La presiente en la atmósfera calmosamente caliente y cargada de tempestad. Porque:

—“Cada ciudadano es un soldado que porta un arma secreta”... El arma secreta y terrible de las crisis: las guerras infructuosas a las que nunca han dejado de prender velas los caudillos.

(Secreta: anda en el alma de los ambiciosos. Conforma los ojos y los gestos. Se da en esa violencia que degenera en el machismo alcohólico. En la manera de vestir —casi uniforme— para, a la hora de los alzamientos agregar poco a la indumentaria. Se viste de civil la gente, pero con un préstamo a lo militar y utilitario. La blusa es una guerrera).

De una vez dejemos sentado que Gallegos condena aquí una guerra concreta que se ha realizado en un período concreto —“tantos casi como los de nuestro vivir mismo”, dice—, pero no como se ha querido interpretar generalmente: todo lo que es guerra. Y más aún la guerra revolucionaria. Gallegos no condena, registra hechos, realidades históricas y no parte de una teoría pacifista contra la guerra en sí. En el período que escribe Gallegos, en Venezuela no se había discutido aún la diferencia entre guerras de rapiñas y guerras revolucionarias. Se entendía sólo guerra —calamidad, peste, porque de ellas no había sacado nuestro pueblo un nuevo destino.

Gallegos, en este artículo, les quiere decir a los poderosos que se pueden realizar las reformas por la vía cívica, pero que, de no lograrse, volveremos a caer de nuevo en el viejo expediente de las guerras. Y no lo hace con amenazas de intelectual revolucionario, pequeño-burgués, que siempre tiene la amenaza de la guerra en la punta de la lengua por cualquier nimiedad. (Ese intelectual revolucionario pequeño burgués, que piensa en la guerra como desgarrante palabra y no como ciencia y arte del más puro esfuerzo de la inteligencia en los extremos del sacrificio humano para cambiar hasta la esencia misma de la guerra).

No, Gallegos es paciente en el análisis histórico y no se lanza desmelenadamente calvo a gritar la amenaza de la guerra, ni siquiera a cambiar el sentido de las guerras, o el tipo de guerra que no se ha realizado todavía.

(Hay la posibilidad de hacer unos cambios sin guerra. ¿Es posible, señores poderosos? Esta paz en libertad parece la clave para propiciar un desarrollo posterior sin violencias.

Pero la guerra está en el espíritu. Por lo menos sus resultados: la tiranía).

Volvamos a sus palabras:

"Diríase que en Venezuela, la sola vía expedita es la que conduce al Campamento, i la guerra el único sistema de solución que conocemos, pero error sería, atribuir á una supuesta índole guerrera del pueblo venezolano, este fenómeno característico de nuestra incipiente nacionalidad; guerreadores más bien que guerreros, mui lejos estamos de poseer las virtudes i condiciones típicas de las razas béticas. Nuestro pueblo odia la guerra, i si mal de su grado ha ido á ella en busca de un remedio perentorio, es porque, de natural perezoso, está incapacitado para el esfuerzo perseverante que exige la labor cívica".

En la primera apreciación de Gallegos sobre los medios de lucha, señala la guerra, como "la sola vía expedita", porque cree que en el momento que vive, no está cerrada. El acoso, la ausencia de otras vías, la falta de oportunidad, conduce a la guerra. Otros medios de lucha apenas son grietas abiertas en el gran bloque inexpugnable. El ciclo de las guerras inútiles no se ha cerrado, aunque siguen abiertas las posibilidades de otros medios de lucha. Pero, si se cierran las otras posibilidades, volverá al viejo expediente de las guerras, donde sólo el caudillo encuentra la satisfacción mínima, si acaso, de una venganza, de un sentirse poderoso, solamente, con el peso de las armas, para vivir su tragedia de una sola vez en combate. Conviene insistir en el señalamiento que muchos pensadores revolucionarios han desarrollado: cuando se agotan todas las posibilidades de la lucha

civil, en determinadas condiciones, no hay otro camino que la vía armada. Marx le da un alcance de clase cuando descubre que las clases en el poder disponen de recursos que les garantizan el ejercicio de su mandato, pero cuando no encuentran salidas para sus crisis, estamos frente a una crisis revolucionaria. Se les agota el sentido eterno de su poder —aunque sea divino— y está enferma, moribunda, y la sociedad requiere de los servicios de la clase nueva y vigorosa que la sustituya, mediante su destrucción.

Pero en el análisis de Gallegos pareciera que las cosas se desarrollan de otra manera. La oligarquía, los poderosos, los caudillos, los remedos de señores feudales se sostienen en el poder, como clase, mediante la guerra. El caso es, que no venimos de la paz a la guerra, sino, de la guerra permanente a la paz transitoria. Y los renuevos de ese poder no son posibles con nuevos inventos, con nuevos recursos, sino con guerra. Lo insólito es la paz. Lo extraño son unos meses de debate civil, sin las armas en la mano, pero ocultas. (Pareciera que es la tregua para aceitar, amolar, pulir y acondicionar las armas. Se tienen escondidos los parques o ya llegan los encargos del contrabando de pertrechos. Son pequeñas paces que se aprovechan también para las alianzas, los contactos y los compadrazgos. Porque la unidad entre ambos no se logra sobre la base de plataformas y programas, sino mediante sacramento). La experiencia es que unos meses de paz sólo son instantes para aceitar y engrasar los hierros de la guerra. Pareciera que discutiéramos, realizáramos la convivencia de la controversia civilizada, pero con las armas al alcance de las manos. No han existido soluciones pacíficas. Pero Gallegos salva la responsabilidad del pueblo. El pueblo no obedece a una índole guerrera, es arrastrado,

llevado, amarrado, reclutado para ella con embaucamientos y el manejo de mecanismos perfectamente conocidos y practicados por los caudillos, los guerreadores. Lo llevan y él va de mala gana, como un forzado, una modalidad nueva de la esclavitud en Venezuela del siglo pasado abolicionista. No se le esclaviza ya para producir con un trabajo, sino para matar en nombre del amo afortunado o infortunado que aspira el poder, que ha sido desplazado de él o que se cree de primero en la lista hereditaria de los grandes jefes. Y en ese quehacer el pueblo es permeable —dentro de tantas dificultades— al facilismo de vivir precariamente, pero vivir al fin. No es de natural perezoso —como anota Gallegos—, es más bien que se ha incapacitado para el trabajo, "para el esfuerzo perseverante" que le han liquidado, generación tras generación, en los retoños de sus siembras o en las cosechas perdidas, cuyos brazos se fueron o se llevaron a la guerra. A la esclavitud del trabajo sucede la esclavitud de la guerra.

(Las condiciones de guerreadores se dan en la barbarie. La escuela militar es un acondicionamiento a un medio hostil en todas sus manifestaciones. La naturaleza hostil realiza el prodigo de un material-soldado resistente, sobreviviente en las más precarias condiciones de vida. Y al lado del medio, las desigualdades, los hostigamientos, la explotación, el saqueo, la mala vida que se le da en la "paz". Paz que no es tal porque es otra manifestación de la guerra de clases).

Cuando al pueblo se ha dado la oportunidad de expresarse en otra forma, de luchar con otros elementos, menos trágicos y más grotescos, ha realizado el esfuerzo. Tal es el caso del **Nacionalismo** que Gallegos trae como ejemplo:

"Sin embargo, hubo un tiempo, para no hablar sino de los más recientes, —corta tregua entre el fragor de dos combates que fué, aunque de tal sólo tuvo la apariencia—, promesa de civismo anunciadora de mejores días. Un momento, las multitudes, requiriendo armas de paz se apercibieron á la lucha incruenta de los comicios, por ver de exaltar hasta la cumbre del Poder á quien designara la voluntad de las mayorías. Pero la hora de las reivindicaciones no había sonado aún en la evolución política de Venezuela i hubo que regresar al antiguo expediente de las represalias á mano armada, á alto precio de sangre".

Por unos momentos el pueblo, no fue esclavo de la sangre. No sustituían los galpones por campamentos, aunque se usaban los mismos castigos en cepos, latigazos o las específicamente bélicas en las carreras de baquetas infamantes y sangrientas. Por unos momentos ve la posibilidad de otro ejercicio, de otra manifestación de su voluntad sin riesgo de la vida. (Con un voto lo más que se puede perder es una ilusión efímera de poder. Con la guerra se perdía la vida y se cumplía un poco la ley del menor sacrificio). Pero le escamotean el ejercicio y el candidato-caudillo apela otra vez a la guerra. Como se entendía entonces: se va al monte... No se le ocurre defender su candidatura, su triunfo potencial en las calles que lo han exaltado, donde precisamente es el más fuerte. Su visión de la guerra está en el monte. Sus ojos no alcanzan a ver otra perspectiva. Y como, precisamente, el debate civil, era una concesión del caudillo en el poder, esa concesión llegaba hasta donde podía convertirse en amenaza, el juego de niño permitido. (Para Gallegos esto fue el mochismo del Mocho Hernández).

—Lucha civil, mientras no sea amenaza...

Y si tiene perspectivas de perder en el juego:

—Lo peleamos...

Sin duda que el ejemplo es una advertencia clara y precisa.

Gallegos quiere decir:

—¿Ocurrirá lo mismo ahora que hemos empezado una lucha cívica?...

¿Acaso teme que este momento sea una corta tregua entre el fragor de dos combates? ¿Quién tiene en sus manos hasta ahora la decisión? ¿Los partidos existen, verdaderamente como partidos? ¿Hay algo, fuera de la voluntad del jefe y los prohombres que lo rodean y lo creen fácil presa, manejable, dócil, ignorante, lento, practicable en las intrigas palaciegas que garantice la hora del debate civil?

Gallegos escribe con todas estas interrogantes saltando a su alrededor como demonios. Quiere apartarlas para darle rienda suelta a su esperanza, pero lo acosa la historia, lo acorrala, le señala momentos dañosos, donde quizás adolescente se asomó a una posibilidad fuera de la guerra.

¿Y si este momento de libertad precaria fuera otra burla? No hay partidos. El embrión del Mocho Hernández se ha perdido en alzamientos turísticos, componendas, acomodos, maniobras, negocios, dejando una mala espina de desconfianza casi total.

"Luego cayó un gran silencio de olvido sobre el momentáneo clamoreo de los Partidos —se hubiera dicho que habían muerto por falta de vitalidad propia— i sobrevino prematuramente la decadencia de aquellos organismos, que un instante parecieron animados de un alma vigorosa.

"El Nacionalismo, hubo de sentir la influencia del ambiente que malearon los repetidos fracasos del Jefe i comenzó su desprestigio con la relajación de su prístina energía moral y disgregación de muchos, para él valiosas, unidades. El otro, su contendor, ocultó como un avaro medroso el oro de su bandera i fué de aquí para allá, sin unidad, sin personería colectiva, ni rumbo cierto, del capitolio al campamento ó en ambos á la vez, roto y deshecho en tantas sectas cuantos sectarios prestigiosos contara. Y en tanto que, separados por disidencias banderizas, permanecían estos de aquellos caudillos, el mismo pueblo cerró filas en torno á unos i otros, ahora combatiendo por una bandera, luego vertiendo su sangre á la sombra de la otra".

El cuadro histórico no da lugar para ambientar una posición optimista. Todo se rompe, se cae, se desgarra en una decadencia que se desarrolló en el mismo nacimiento. Porque no fue muerte por agotamiento, sino prematura por un raquitismo ideológico. Se da el caso de que es un caudillo quien conduce a la guerra, pero cuando llega al poder es otro, con banderas desvaídas de pacificación. En uno y otro caso son nucleamientos alrededor de hombres y no de principios. Y no se ha creado el partido para combatir con las "armas de la paz", sino que se aprovechan las armas de la paz cuando no hay guerra. Pero el sentido caudillesco es el mismo. Las direcciones colectivas, aun en los partidos más desarrollados

ideológicamente, es una lucha interna que generalmente lleva también a la división. Gallegos sabe que no hay partidos en la verdadera acepción del término, como lo dice más adelante en otro artículo. Son organizaciones efímeras, emocionales, comprometidos alrededor de un hombre, que a su vez forman la oficialidad de otro más poderoso o afortunado.

Y ahora no vislumbra en el ambiente ni siquiera las posibilidades de recuperación o renacimiento de estos partidos. Porque no ha quedado nada, ni los líderes —caudillos que se entregaron o se pasaron con antelación. Hay silencio, desolación, en este sentido, en medio del gran despertar de las masas. Porque esa euforia no se transforma en organización política. Más bien se quiere llevar toda esa masa a rodear al nuevo jefe, hasta nuevo aviso. Es decir, cuando crean propicio el momento de deshacerse de Gómez como instrumento desecharable en la liquidación de Castro. No hay ideologías ni objetivos y de ese entusiasmo anti-Castro surge fácilmente la adhesión o la indiferencia ante el gomecismo.

(La concepción desecharable de la sociedad de consumo del presente, aún no ha surgido plenamente. Sin embargo, ante Gómez aparece al comienzo, la concepción desecharable. Pero el monigote no se agotó, no se gastó y, por el contrario, se le prolongó la vida por el más largo tiempo dictatorial).

El momento parece tan perdido que las masas —en el pasado y en el presente de Gallegos— se van hacia una u otra bandera de caudillo. No hay idea aglutinante ni se ve un núcleo humano del reciente pasado que lleve a las masas

hacia objetivos claros. Apenas puede oírse la voz solitaria de los alborados, en una preocupación de futuro, que parece extraña en el concierto de voces.

Los partidos han muerto o se llama partidos la bandera de un caudillo y su peonada. Todo se queda en la nada de la superficialidad. Se era más mochista que nacionalista. Y todo era cuestión de que el Mocho Hernández los encabezara de aquí para allá o los abandonara a su suerte para irse a Washington.

Pero las preguntas que acosan a Gallegos no se quedan en el escritorio. Quiere llegar cuanto antes al centro de la cuestión:

"Ha penetrado acaso en el corazón de las masas populares, la idea primordial que encarna un partido político cualquiera? Apenas si saben de ellos los nombres i mucho si conocen sus caudillos; la entidad abstracta de una idea, es cosa que no ha llevado aún á sus conciencias nuestra evolución social.

"En estas multitudes amorfas, de origen híbrido, formadas por la fusión aún no realizada de diversos elementos étnicos, en las que luchan atavismos i supervivencias de todas las razas, es tan inútil querer edificar nada sólido i estable, como imposible hubiera sido lograrlo sobre la superficie de la Tierra, en los períodos geológicos de su formación".

No sólo no había encarnado en las masas populares la idea de un partido político ni siquiera estaba claro en los caudillos que los encabezaban o en los doctores encargados de papeles, programas, discursos y proclamas. No se encontraban los

asideros ideológicos y las ideas ni siquiera seguían un curso de maceración nacional. Las ideas de la revolución francesa que sirvieron a los líderes de la independencia se embarullaron, se convirtieron en contradicción entre la realidad y las leyes que derivaban en teoría y letra muerta. Se pensó que nacionalidad e independencia de España era una y la misma cosa. La magia de colonia a república se quedó en la confusión de los aprendices de brujo, representados por los caudillos de la oligarquía liberal o conservadora. Para Gallegos esta nacionalidad en formación, con sus contradicciones, con sus deformidades de ovillo sin puntas, tiene explicación en la posición racista del positivismo. Sin embargo, no toma todo prestado de los intérpretes que parecían haber llegado a una conclusión más o menos coherente. El mestizaje era de modos de producción y relaciones de producción. La nacionalidad encarna momentáneamente ante la circunstancia de una guerra de independencia. Un acontecimiento aglutinante que después de la liquidación de España no encuentra qué hacer, hacia dónde ir, qué camino tomar y no descubre los nuevos elementos circunstanciales aglutinantes de la nacionalidad. La igualdad se da sólo entre oligarcas y poderosos.

La teoría en el siglo XIX venezolano no surge de la realidad sino que obedece a transplantes, pruebas, experimentos, donde, por supuesto, sale derrotada la teoría y la realidad toma rumbo espontáneo, irracional, que no produce la ideología conductora.

Gallegos tiene razón: las ideas son una entidad abstracta. Aún más, extrañas, difíciles de entender porque no se corresponden con un hombre —algo tangible, arrogante,

soberbio, libertario— todo lo contrario a una abstracción. La capacidad para las abstracciones es una cúspide de la razón, del conocimiento, de la mente. Y Gallegos insiste en la concepción racista del positivismo. Todavía, en este artículo —un poco menos que los demás **alborados**— rinde tributo a los intérpretes de su tiempo:

"El carácter de nuestra raza no ha cristalizado todavía en una forma netamente definida; nuestra alma nacional es algo abigarrado i complejo, sin colorido especial ni determinada fisonomía, con todos los matices de las sangres confundidas i todas las condiciones de las razas originarias. Su mentalidad es bastante rudimentaria, en el campo limitado de su vida de inteligencia, las ideas aún no se han desembarazado de la forma concreta que les dio origen, antes bien, están á ella tan intimamente ligados que forman una sola i misma cosa.

"En política como en religión, nuestro hombre del pueblo es fetiquista, un caudillo, la realidad viva de un hombre, es para él mucho más que una doctrina política, vacuidad de palabras que por no penetrarle, le aburren; aquél fácilmente puede arrastrarlo en pos de sí hasta el sacrificio; ésta no movería en él una sola fibra, no le haría dar un solo paso, tal vez ni siquiera interesaría su curiosidad".

Pero, con anterioridad, en una gran contienda como la lucha contra el colonialismo español, **¿nuestra raza había cristalizado en forma definida?** ¿Entonces sí, las razas, formaron nacionalidad para un momento histórico nada más?

¿O simplemente había prendido una idea libertaria en las masas? ¿Se trataba de otra raza, ya desaparecida o

decadente? ¿O no es cuestión de **razas** en confusión de sangres, sino de conciencia social para un momento histórico, determinado por las complejidades económicas, sociales y políticas?

La especulación racista —que toma de los pensadores de la época: Gil Fortoul tiene todo un ensayo donde nos habla del indio, del negro y del blanco con herencias determinadas, ligadas a la tierra con los de la costa, los andes y los llanos—, no se compagina con el desarrollo inmediato y posterior de Gallegos. Hay una identidad caudillo-partido porque las ideas son apenas fuegos fatuos, pirotecnia verbal frente al hombre concreto y real, un demonio de carne y hueso, que levanta el polvo del camino con los cascós guerreros de su caballo. Las ideas no levantan polvo en esta pequeña historia que se vive en el siglo XIX venezolano. Lo más cercano a una ideología brotó sin desbastar de la Guerra Federal y, sin embargo, todo se encarna en un hombre, un jefe militar, un caudillo popular: Zamora, que puso en el centro de su igualdad la tierra bajo los pies. (Zamora liga la ideología-igualdad con la realidad enorme de la tierra y da como resultados una guerra terrible que no termina con el asesinato del caudillo. Incipientes ideologías que prenden en las masas porque no puede soslayarse con palabras). Pero la lección que quiere darnos Gallegos desde diferentes ángulos, descomponiendo toda la armazón política y social que analiza, es que, la realidad no permite ilusiones, se está en el infierno de la historia nacional y son los demonios del caudillismo, todavía, los encargados de encender los fuegos. Y no son fuegos artificiales de ruidos, humos y hedores, sino los mismos que han distorsionado la vía civilizada de una

solución de la crisis en paz, con el concurso de la inteligencia, de las ideas que más tarde ve en todo lo que llama el **factor educación**.

De momento, nos parece, que se asoma a la ley contemporánea del desarrollo desigual de los pueblos cuando trata de la unidad democrática. Todavía pesa mucho en él la fuerza del desarrollo racista, pero no le busca una razón en la conformación geográfica, en relieves altos y bajos de la tierra, como fue la explicación que privó durante mucho tiempo, para las desigualdades del desarrollo.

Veamos sus palabras:

"Y si de la unidad social pasamos á la unidad democrática, encontramos en el Estado, las mismas causas produciendo iguales resultados. Aquí una diversidad de pueblos —como allá otra de orígenes— que aún no se han fundido en un conjunto homogéneo. Diversas tradiciones, distintas ínoles en medios diferentes, pueblos que son extraños unos a otros, unidos apenas en el organismo nacional por una ley de correlación i no por la ley de unidad necesaria para el concepto propio de Estado.

"De aquí el regionalismo, suerte de funesta anarquía de que se resienten las funciones todas de nuestra vida de Nación y ésta que nos ocupa, más que ninguna otra. Cada ciudad, cada uno de los más miseriosos villorrios tiene su caudillo popular, intercesor inmediato entre la ciudadanía i la Patria, que al afiliarse á un Partido aporta un contingente de voluntades exclusivamente suyas, círculos de opiniones i tendencias anárquicas, que por no obedecer á la atracción de un solo i

mismo centro, llevan en sí mismos la fuerza capaz de determinar en cualquiera emergencia la disgregación definitiva".

Diversidad de pueblos no. Más bien pueblos dispersos en una extensa geografía con nexos culturales elementales. Y por eso mismo incomunicados, extraños unos a otros, como lo anota Gallegos después, con relación al caudillo de cada región, de cada misero vecindario (es de notar que Vallenilla Lanz señala al caudillo un papel aglutinante en los pueblos). Cada caudillo es un celoso guardián de su territorio, de su feudo, de sus siervos, de sus futuros soldados-esclavos (los peones de las haciendas hasta hace pocos lustros eran el primer núcleo de los soldados del amo. La abolición oficial de la esclavitud, liberaliza el reclutamiento forzoso. Se pasaba de esclavo a peón, con la facilidad del enrolamiento de un **hombre libre**, y era menos abrupto el tránsito de peón a soldado. Su entrenamiento se daba por cumplido en la sobrevivencia en un medio hostil. Por eso, se le atribuía al llanero las mejores condiciones como soldado, al reconocerlo sobreviviente de una naturaleza bravía, indomable en muchos aspectos, terrible y fatal). Y hasta existían —en este aislamiento, en este celo cantonal—, ciertos trámites para pasar de un territorio a otro, o de una hacienda a otra. Parecían fortalezas en medio del desierto. (Hoy quedan rezagos de esta división territorial en las alcabalas que encontramos de Estado a Estado, de pueblo en pueblo). Pero la homogeneidad de laboratorio a que aspiraban los positivistas del siglo pasado y comienzos del actual, como idea de nacionalidad, no es una condición necesaria. Los ejemplos de pluralidad los encontramos en Estados Unidos y Europa, tan del gusto, como patrones, para las concepciones

"democráticas" de América Latina. La vía larga del mestizaje racial para una homogeneidad de pueblos no es necesaria para la convivencia democrática, ni aun para el grave problema de las nacionalidades.

Gallegos usa el término correlación como coexistencia (por supuesto, no pacífica, sino beligerante). Ley de vecindad donde los tribunales no existen para sus pleitos y todo se dirime entre los caudillos, bien mediante alianzas o con la guerra. Pareciera más bien una ley de yuxtaposición de pueblos como en una federación tribal.

Lo que queda claro para Gallegos es su apreciación sobre una nacionalidad dispersa, con frágiles ataduras en los vínculos legales del Estado, pero no en el sentido del respeto a la ley, que apenas es un lazo que proclama una unidad precaria, en las relaciones caudillesscas casi siempre fuera de la ley. Así, llega a la conclusión de una coexistencia regionalista, con un caudillo local en el centro como elemento que unifica voluntades. O por lo menos, que dispone de **las voluntades** sumidas de los demás. Es un intercesor entre el **gran caudillo** y el pueblo. El mismo es el pueblo, **el dios menor** que rinde tributo a otro de mayor categoría y poder. Pero al mismo tiempo vemos aquí una actividad nacional:

1. Suma de su voluntad a otra (al fin y al cabo, convivencia).
2. Suma de su pueblo o región a otro que actúa a nombre de su pueblo o región.
3. Allí no cuenta ideología alguna, sino adherencia primitiva, y el caudillo es un mediador entre la ciudadanía —

en este caso vasallos— y la patria, también simbolizada por un caudillo de mayores agallas triunfantes.

Y la anarquía no es más que un remedio criollo de enfeudamiento. La nación real surge de federaciones de caudillos que se disputan el poder a todos los niveles. Se reconoce una diversidad en la cuestión nacional.

Lo importante es que, de este análisis regionalista, en su búsqueda de la unidad democrática, extrae Gallegos la idea de crear una novela que caracterizara los distintos componentes nacionales. En muchas ocasiones lo trata de hacer, para dar una característica nacional a su creación, con novelas que abarcan regiones enteras, en grandes universos locales. Gallegos trata de descubrir en sus novelas la integración, la unidad, las características de un país, sus habitantes, su cielo, su voluntad y sus caminos. Y por esta regionalización personificada en caudillos —con más ambición que ideas, con más sentido de interés particular que colectivo, con más concepciones aldeanas que nacionales— llega a la conclusión de que no hay partidos:

“Y si, por una parte, esta consecuencia de la heterogeneidad y aislamiento de nuestras agrupaciones étnicas (**insiste en lo racial del positivismo criollo, J. V. A.**) , se nos presenta á las claras como un obstáculo —accidental pero siempre poderoso— para la unificación de un Partido, y por la otra, la psicología de las multitudes, nos muestra la incapacidad de ellas para formarlo, podemos asentar que los Partidos Políticos —si es que alguna vez hayamos de dar á las palabras su verdadera acepción— no han existido aún en Venezuela”.

Todavía Gallegos es tributario de la exploración ideológica de los investigadores venezolanos de su tiempo, para negar la existencia de los partidos en Venezuela. Pero parece coherente que la unificación en partidos nacionales no era posible —al menos de una manera estable— porque los caudillos sometían a las masas populares regionales, al vaivén de sus intereses personales. Además, los partidos se formaban alrededor de las oligarquías liberales o conservadoras.

Espontáneamente jamás ha surgido de las masas populares una organización política. La organización política popular es un problema consciente, una realización razonable. (Alrededor de Zamora —encarnación del igualitarismo ligado a la tierra— las masas campesinas venezolanas hacen de la federación una palabra mágica, clave de la cabalística, para liquidar todos los males. Era el partido de la igualdad, en lo tangible, derivado de la tenencia de las tierras. Pero se trata, en el mejor de los casos, de una proto-ideología que no se desarrolló en teoría libertaria en su época).

La ideología es un proceso de desarrollo consciente. En el caso venezolano de la última mitad del siglo pasado, parecía lo más normal que un caudillo se pasara con sus seguidores, cuando lo creía conveniente, sin consultar con nadie, y entrara a engrosar un partido, mientras disminuía el otro. Insistimos en que no existían direcciones colectivas y a nadie se le ocurría que esto pudiera ser la base organizativa de los partidos modernos, sobre la base de sistemas de interpretación de la realidad.

Gallegos adelanta un buen trecho en la búsqueda de sus bases novelescas, con esta observación, de un supuesto reproche:

"Pero, se nos podría decir que sobre estas capas sociales á que nos hemos referido, y que ocupan un nivel inferior, al que no ha llegado la onda de la Evolución, existen otras que, por su oriundez, mejor dotadas y más favorecidas por el medio en que viven, si han adquirido la unidad y el carácter definido de una Raza.

"Ciertamente, en estas castas que la obra gradual del proceso evolutivo ha seleccionado del conjunto, existe aquel fondo uniforme de tradiciones, principios y tendencias que constituyen un alma nacional, identidad que no es difícil constatar bajo su mismo aspecto irregular, que pudiera compararse con el de una roca erizada de aristas vivas y violentos cortes, que parecieran indicar soluciones de continuidad en la masa única. Pero si bruñir tales asperezas, para alcanzar con la uniformidad final, el coronamiento de la obra incompleta de la Evolución, es labor que han de llevar á cabo las acciones reciprocas de los llamados Cuerpos Espontáneos —asociaciones políticas, económicas, etc., que determinan en sí mismas una comunidad de principios é intereses y en su mutua concurrencia, el equilibrio de las fuerzas vitales del Estado— tal vez se hace sentir la necesidad de la influencia del individuo mismo sobre el grupo, imprimiéndole un impulso inicial en la coyuntura favorable de un momento histórico".

En la cita anterior, se reconocen, sin aislarla del contexto de **Las Causas**, capas sociales donde el proceso evolutivo —

seguimos el lenguaje de Gallegos— se ha elevado por encima del nivel inferior. Es decir, una élite, una aristocracia, un grupo social de mayor fortuna —aun por su origen conquistador, colonial-esclavista, mantuano de la libertad, solar conocido, de Reinaldo— con oportunidades y privilegios distintos al resto de la masa. La clase que renace y se rehace en desigualdades después de la Independencia y se intenta liquidar en la Guerra Federal (clase conservadora de tradiciones y prejuicios que muere junto con sus propiedades, cuando éstas se erosionan o se liquidan).

Según Perú de Lacroix en el Diario de Bucaramanga, el Libertador parecía quejarse del estado del pueblo. El 24 de mayo de 1828, refiere Perú de Lacroix "Toda la mañana y por la tarde el Libertador estuvo ocupado en leer y contestar la multitud de cartas por él recibidas y en la comida habló de su contenido. Las tales noticias lo condujeron a repetir lo que le he oído decir varias veces y poco más o menos lo que he referido el día 21 del mes anterior, a saber: probar el estado de esclavitud en que se halla aún el bajo pueblo colombiano; probar que está bajo el yugo no sólo de los alcaldes y curas de las parroquias, sino también bajo el de los tres o cuatro magnates que hay en cada una de ellas; que en las ciudades es lo mismo, con la diferencia de que los amos son más numerosos, porque se aumentan con muchos clérigos, frailes y doctores; que la libertad y las garantías son sólo para aquellos hombres y para los ricos y nunca para los pueblos, cuya esclavitud es peor que la de los mismos indios; que esclavos eran bajo la Constitución de Cúcuta y esclavos quedarian bajo cualquier otra Constitución, así fuese la más democrática: que en Colombia hay una aristocracia de rango, de empleos y de riqueza equivalente, por su influjo,

pretensiones y peso sobre el pueblo, a la aristocracia de títulos y de nacimiento aun la más despótica de Europa; que en esa aristocracia entran también los clérigos, los frailes, los doctores o abogados, los militares y los ricos, pues aunque hablan de Libertad y de garantías es para ellos solos que las quieren y no para el pueblo, que según ellos, debe continuar bajo su opresión; quieren también la igualdad, para elevarse y aparecerse con los más caracterizados, pero no para nivelarse ellos con los individuos de las clases inferiores de la sociedad: a éstos los quieren considerar siempre como sus siervos a pesar de todo su liberalismo".

(En menos de siete años de independencia, surgen las renovadas esclavitudes y desigualdades que se desarrollan con las oligarquías resurrectas y de nuevo cuño republicano. Al Libertador le parecía la peor desgracia del pueblo este estado de cosas que ni siquiera la guerra pudo liquidar).

Por lo menos en sus novelas, este **grupo** sobrevive, en la medida en que sobreviven sus intereses económicos. Luego desaparecen en el alud igualador del despojo, la rapiña, la venganza de quienes han permitido con su trabajo los lujos y ocios de esa oligarquía seudo-culta. De origen dominante y conquistador, en una etapa del siglo XIX, no saben dominar ni conquistar nada. Se quedan en las vacilaciones de los últimos vástagos, en sus contradicciones, en un dolor de patria, de buenos hijos que la sienten en el corazón mientras los demás la disfrutan en sus estómagos de la venganza. Ese es un personaje constante de la novelística galleguiana. Porque es la justicia desbocada, ilímite, primitiva, que se levanta para liquidar una injusticia histórica. Las clases dominantes preparan a sus hijos para mandar, para

administrar, para hacer patria, lo que ocurrió fue que se les dislocó el mando, la administración y la patria con las desigualdades y la guerra. No la entendieron como surgió entonces: proceso histórico fuera de la eternidad que garantizaba el colonialismo, la explotación, los privilegios. (De la independencia surge un hombre del pueblo que ha disfrutado de las igualdades de la guerra. Que se ha hecho su igualdad y su justicia con su propia mano en la lucha contra el colonialismo. Ya nunca más puede ser sometido en sana paz. Al menos, los privilegiados mermados, tienen que esperar otra generación que aprenda los heroismos de palabra. Hasta que salta a hacer sus propias heroicidades, en toda la残酷 de una guerra de clase, primitiva, en la Guerra Federal).

Gallegos ve este **grupo** como el producto de un proceso evolutivo, mejor dotado y más favorecido, en su búsqueda ciega de una unidad y un carácter nacional definido. Allí es un buscador de patria, un arraigo, para no caer en el pesimismo de no encontrar nada. (A esa clase se le ve una base clasista y no un sustento de evolución étnica).

Por eso nos presenta este grupo como una selección del conjunto, muy del gusto del positivismo originario. Selección tal cual como ocurre en el darwinismo con las especies, pero de sobrevivencia precaria en lo social, cultural y económico porque perece en la realidad, exactamente, como ocurre en las novelas de Gallegos. Sin embargo, quedó un "fondo uniforme de tradiciones, principios y tendencias que constituyen un alma nacional" que Gallegos después desentrañó del alma de sus personajes en las distintas regiones del país, y en diversas **clases sociales que no son**

clases. Encuentra el alma nacional, aquí en unos privilegiados (lo que no ocurre en sus novelas). Y unas tradiciones, que en sus novelas, tienen un fondo de folklore. Además, tradiciones coloniales que sólo tienen base en la nefasta organización social que se levanta sobre las desigualdades. Creemos que Gallegos utilizó el término **fondo** como almacén, depósito, reserva donde podía indagarse posteriormente, buscarse algo, dejarlo allí. Fondo que va desde las tradiciones bárbaras hasta las más refinadas que tienen también su asidero en la barbarie. Fondo que permite bruñir tales asperezas —pensaba, sin duda, en el factor educación— para ayudar la evolución. Y ayudar la evolución ¿por qué la evolución es lenta y requiere saltos, intervenciones conscientes, empujes, acciones revolucionarias para avanzar?

No podemos olvidar que Gallegos escribe frente a Gómez y sus intérpretes con la esperanza en un desenlace democrático, ya algo mermada por los acontecimientos que ocurren. De allí la contradicción al hablar de los cuerpos espontáneos —“asociaciones políticas, económicas, etc”—, en acciones reciprocas, como agrupamientos a voluntad capaces de completar la evolución. Y esas agrupaciones realizarán labor consciente y no espontánea para modificar la línea evolutiva normal. Y para nosotros, evolución intervenida por la mano del hombre significa revolución: el hombre ayuda conscientemente a dar el salto en la evolución para la variabilidad y el cambio revolucionario. Y como viene de una interpretación histórica donde el individuo ha jugado un papel primordial —interpretación histórica, repetimos—, no tiene necesidad de condenar el culto a la personalidad —popularizado muchos años después por Jruschov—, sino que

asigna al "individuo mismo sobre el grupo, imprimiéndole un impulso inicial en la coyuntura favorable de un momento histórico".

¿No es un llamado abierto a aprovechar la coyuntura en esos momentos, cuando ha caído una dictadura y aún no se consolida la siguiente, que nadie ve muy clara todavía? Se trata de aprovechar una coyuntura favorable, aun desde la posición privilegiada de un individuo en el poder para seguir adelante. Y vuelve sobre esa coyuntura con la idea inicial del momento histórico favorable. Es decir, no es en cualquier momento histórico... es en uno dado, no repetible, determinado, que puede pasar, en el que no se puede actuar con las mismas armas ni antes ni después. Y, por eso mismo, por esa conciencia del momento histórico se atreve a ir más lejos, cuando dice:

"Acontecen, en las diversas faces del movimiento evolutivo de las sociedades, fenómenos análogos á los que se observan en algunos procesos naturales, físicos ó químicos; i así como por ejemplo, ciertos sólidos permanecen en su primitivo estado, aún habiendo llegado a su punto de fusión, sin tomar la forma líquida, siendo entonces necesaria la intervención de la fuerza extraña de un golpe, para que se precipite la transformación, de la misma manera en el orden social, se hace necesario á veces el empuje violento de una Revolución, para determinar en acto el estado potencial de la Evolución. Pero, ya sea que en este sentido, tal empuje inicial ha sido dado tímidamente, ó que el sistemático despotismo de nuestros anteriores Gobiernos, haya coartado el franco desenvolvimiento de los partidos, el hecho es que

éstos nuestros, están muy distantes de corresponder á la alta razón que los sustenta en un Estado y á la necesidad que en los actuales momentos los reclama en el nuestro".

El desarrollo del artículo lo lleva a descubrir la necesidad de otro elemento fuera de la lenta o gradual evolución, cuando utiliza una elemental noción de los catalizadores en los procesos físico-químicos, semejantes a las diversas "fases del movimiento evolutivo". Pero no se queda allí en el *golpe* que desate la fuerza para pasar a otro estado, sino que ve el momento histórico propicio para "el empuje violento de una Revolución". Porque se vive en una coyuntura revolucionaria, donde no da más la evolución y hay que ir más lejos, con una acción consciente. En cualquier teoría social avanzada este es un planteamiento sutilmente revolucionario. La conciencia del momento es el catalizador. Empuja, ayuda el proceso, y lo que normalmente tarda un largo período para resolverse, con el catalizador, el proceso culmina, acortando el tiempo. Registra al mismo tiempo, que "tal empuje inicial ha sido dado tímidamente" y, entre otras justificaciones para la acción revolucionaria, —¿"con la influencia del individuo mismo sobre el grupo"?—, encuentra que los partidos "están muy distantes de corresponder a la alta razón que los sustenta en un Estado y a la necesidad que en los actuales momentos los reclama en el nuestro".

(Revolución —con mayúsculas— para salir de algo que ocurre en Venezuela y que el positivismo ha enmarcado en su terminología evolucionista por el miedo que siente ante los cambios. Nos podemos preguntar hoy: ¿Era evolución lo que ocurría en el siglo XIX venezolano? ¿O fue copia de una terminología prestada para unos procesos venezolanos que

aún hoy merecen nuestro estudio? Gallegos no vacila en salirse del esquema positivista para plantear la necesidad de una revolución. Posteriormente sus intérpretes le temen al planteamiento y no lo anotan como un paso importante en el pensamiento mismo del maestro).

¿Cuántas veces ha ocurrido en el país que los partidos no corresponden a la necesidad que los reclama, por muy buena coyuntura que exista? Se dice entonces que los partidos no están preparados y van al margen de los acontecimientos o que no se habían planteado realmente la alternativa de poder. O no pueden jugar un papel revolucionario y tienen otras miras distantes, ideales, difusas, de pura y simple anotación testimonial de ofensas, agravios, críticas que sólo conducen a los juicios del cielo. Y los dirigentes —que Gallegos los contabiliza mentalmente mientras escribe— no están en el momento histórico y por eso mismo no saben escoger las armas a la hora de la intervención decisiva. Las preguntas que se hace Gallegos, sin duda, son:

- ¿Quiénes intervienen ahora?
- ¿Con qué armas?
- ¿Se perderá este momento?
- ¿La carga revolucionaria se perderá en el vacío?

Y el remate del artículo, que Gallegos quiere optimista, esperanzador, no deja de ser amargo a la luz de nuestro tiempo. No sabemos si Gallegos ya sentía la caída de la balanza hacia el lado negativo.

"Y hoy que, en la previsión de los acontecimientos que han de seguir su curso natural, columbramos un futuro ondear de banderas en pacífica jornada de civismo, es de inquirir si ellos, al incorporarse de nuevo en el concierto de las energías que despiertan al alba de una nueva era, aportarán un contingente valioso, capaz de hacer inclinar en el sentido de las reformas efectivas y benéficas, la balanza de nuestros destinos".

Gallegos pide un esfuerzo mínimo a los partidos. Ya no les exige la revolución, sólo un paso largo en la evolución, las reformas efectivas y benéficas, un ondear de banderas, unas jornadas de civismo, para inclinar la balanza de nuestros destinos... inclinar solamente, que rompa el equilibrio de una evolución que va hacia el otro lado del platillo. Es que, si no pueden lo más, dentro de la coyuntura... lograr lo menos, apenas despertar el alba de la nueva era. (Un pequeño titilar consciente). Y por último, aportar un contingente valioso, es decir, no quedarse fuera del paso de la historia, entrar en ella para inclinar la balanza del destino.

(Esto solo, la utilización de unos medios de lucha distintos para inclinar la balanza, era una revolución. Pero no se da ese paso y seguimos dentro de la "evolución" de las tiranías por un largo y penoso lapso de medio siglo).

Una magnífica lección del joven Gallegos. Les decía a los partidos, a lo que quedaba de ellos, a los que podían reorganizarse, fundarse:

—Señores, esto son ustedes y para esto sirven... este es el papel mas pequeño que les corresponde jugar, aunque tengan una estructura basada en el caudillismo...

Y si no pueden avanzar con los pies gigantes de la revolución, pueden dar pequeños pasos reformistas...

Pero ya muchos habían entrado en el juego de inclinar la balanza... habían entrado en el platillo malo. El platillo de la tiranía no tuvo contrapeso. La ideología del positivismo —de refinado y selecto gusto— no daba pie para otra cosa que no fuera la tiranía, el gendarme en el poder, el caudillo todopoderoso que hacia su cielo y su infierno alrededor.

No queremos concluir esta lección de Gallegos sin comprender algunas de sus posiciones ideológicas del momento. No necesitamos retorcer su pensamiento para encontrar alguna explicación. De un hacedor de símbolos como Gallegos, teníamos que esperar alguna alusión verdaderamente clave en sus novelas. Así la encontramos en **Reinaldo Solar**. Nos quiere decir que muchas de sus lecturas le impedían ver la realidad, la calle, el acontecer diario. Lo que verdaderamente le interesaba. Aun como intelectual que daba sus primeros pasos públicos seguía atado a unas concepciones aprendidas en los libros. Cuatro años después de **La Alborada** nos lo dice por boca de Antonio Menéndez en **Reinaldo Solar**:

"Por sobre los armarios de la librería penetraba un poco de claridad de afuera, y como si flotase sobre la penumbra del recinto de la trastienda, quedábase en la blancura del techo raso y ponía una franja lechosa en lo alto de las paredes.

"A ratos, por aquella claridad se deslizaban las sombras desvanecentes de los transeúntes que paseaban frente a las puertas de la librería. Menéndez se entretuvo en contemplarlas, pensando que detrás de aquellos armarios atestados

de libros que le impedían ver la realidad de afuera, estaba él como el prisionero de la caverna del Filósofo, ante un mundo de apariencias fugaces que, no obstante, le bastaban plenamente para sus exigencias mentales".

Los armarios atestados de libros le impedían ver la realidad de afuera... En el artículo que comentamos, la acumulación de interpretaciones extrañas, positivistas, le impiden ver con sus propios ojos la realidad. Y eso se propone en sus novelas. Pero cuando lo intenta ya la balanza tiene un solo platillo, donde está sentado Juan Vicente Gómez. El otro, prácticamente, ha desaparecido...

Todavía Gallegos veía la realidad a través de los armarios montados por el positivismo.

VI

**HACIA LAS FUTURAS LUCHAS DEL
HOMBRE**

El primer comentario donde Rómulo Gallegos adelanta algunas ideas sobre el problema educación, aparece en el II número de **La Alborada**. Aprovecha la nota de recibo de la REVISTA DE INSTRUCCION PUBLICA para tocar, a manera de apunte periodístico, cuestiones en las cuales ha meditado largamente desde sus inicios de maestro. En este trabajo para ganarse la vida, no se ha limitado a dar clases ni se ha conformado con asimilarse a una rutina, a una labor mecanicista de deshumanización, donde pierde hasta la noción del tiempo que se vive. Es maestro activo, pensante, inconforme, rebelde, en el enjuiciamiento de todo el proceso menospreciado y segundón de nuestra educación. Porque si la máxima casa de estudios era casa de segundones, ¿qué era la escuela en esta escala de disminución de categorías? Si la universidad entregaba pocos profesionales y escasos hombres, ¿qué daba la escuela, entonces? Gallegos comprende desde el principio que la escuela, a todos sus niveles, es un programa reducido a escala, donde se dan todos los elementos para el desarrollo de la tiranía. El despotismo necesita unos hombres que la escuela le da a todos los

niveles. La escuela modela al hombre a imagen y semejanza del régimen de turno.

De allí, que muy pronto adopte como suyo que, un país será lo que haga de él su educación.

A Gallegos lo atormentan constantemente dos preguntas:

—¿Qué es la escuela en nuestro país?

—¿Quiénes son los maestros?

A lo largo de sus escritos encuentra las respuestas. Porque todos los artículos de Rómulo Gallegos siguen un verdadero ritmo ascendente, de superación, de deslinde, hasta encontrar la autenticidad de él mismo como personaje de una obra que le impone a su vida. Y todos están signados por un fondo educativo. Forman parte de un conjunto de lecciones dirigidas a un pueblo, que se levanta y busca su unidad nacional, en un accidentado camino donde se le insertan distintas modalidades colonizantes, que lo desnaturalizan. A Gallegos le preocupa fundamentalmente el habitante por venir, a quien hay que preparar para las futuras luchas del hombre. Por eso trata de ver la realidad como fue, como es, para echar las bases y seguir adelante con el **deber ser**. Y como se trata de un pensamiento en ascenso, seguimos cronológicamente este desarrollo en sus artículos. No los agrupamos por temas porque tienen un mismo denominador común en la preocupación por el problema educativo como única arma de unidad, de futuro, de cambio de las cosas en el país.

Gallegos ve en la educación los elementos del cambio. Tal vez es su verdadero factor revolucionario. Y al final llega a la conclusión de que no se puede hacer esta revolución

aisladamente. Aún no se ha dado ninguna revolución que parte de la educación sistemática. Gallegos lo descubre en el universo de sus novelas.

1. "Cárceles que se llaman escuelas y liceos"...

¿Se trata de una afirmación de nuestro tiempo? En los primeros meses de 1909 ya Rómulo Gallegos lo planteaba. En el número segundo de *La Alborada*, publicado el 14 de febrero de ese año, Rómulo Gallegos escribe una nota —que ya mencionamos— con este título: **Algo sobre la "REVISTA DE INSTRUCCION PUBLICA"**. Después de cortas líneas para acusar recibo de la revista "órgano del Ministerio del ramo", contentiva de disposiciones y medidas dictadas, empieza a expresar claramente sus primeras ideas sobre el estado de la instrucción. Pareciera más bien un pretexto para empezar a atacar un problema. Estas son sus primeras palabras:

"Tiempo era ya de que se pensara seriamente en corregir las muchas deficiencias de que adolece nuestra Instrucción Pública. Olvidada de todos los Gobiernos y por todos tenida como cosa secundaria y hasta inoficiosa, ha sido hasta el presente, además de uno de los muchos pretextos de que se han valido nuestros gobernantes para enriquecerse en nombre de una necesidad pública —la fórmula preferida de favoritismo, y en estos últimos tiempos, la moneda corriente con que pagaban sus livianos ocios el Tirano y sus secuaces". Surge aquí la imagen tantas veces evocada de la escuela-cenicienta, de vestir prestado y harapiento, carente de todo, confinada a la trastienda, en un olvido de gobernantes que parece poner de manifiesto su sola evocación, las rotundas razones del ignorante.

(Cenicienta que no tiene su hada ni su fiesta para que luzca su belleza en los grandes salones cortesanos, hasta una medianoche fatal).

Ya aquí aparecen caracterizaciones y observaciones críticas que, no pocas veces, han formado parte del debate sobre la instrucción pública. Olvidada y más que todo, ignorada porque no se la considera necesaria. No forma parte del bagaje triunfante. En la idea de poder como culminación victoriosa, la contienda ha sido entre ignorantes. Es secundaria en la contienda y no se suprime del todo porque servía para enriquecerse con monedas de más lustre y brillo, y, servía también, para favoritismos menores siempre que en las actividades coprogramáticas se estableciera la adulación y el endiosamiento del gobernante de turno. Gallegos acusó además, a los gobernantes, de usar la instrucción como moneda corriente con que pagaban sus livianos ocios el Tirano y sus secuaces.

(Deprimente y triste nos ha resultado siempre la parada escolar —de la lela mueca infantil— con que se pretende pagar al gobernante de turno. Llega el generoso dueño y hay que recibirla con banderines tricolor e Himno Nacional desafiando en voces blancas que nunca saben para qué los han traído aquí).

Este primer cuadro es dolorosamente crudo. Un fenómeno de prolongada vida agónica que no termina de morirse, si nos atenemos a los diagnósticos que comienzan a fines del siglo XVIII con Simón Rodríguez y Miguel José Sanz: La instrucción y la educación —para seguir el esquema adoptado por Gallegos— son enfermos moribundos, cuyos frutos traen consigo ese morbo que apenas permite subsistir.

Hay, sin duda, en el siglo XIX, en el gobierno de Guzmán Blanco, preocupados educadores que se empeñan en evitar un desenlace fatal para nuestro pueblo. Se trata de una reforma educacional por decreto. Un ordenamiento legal para la educación, aún hoy difícil de realizar en algunas obligaciones. Se avanzó en la ley, pero se logró muy poco en la realidad. Y a fines de siglo, en el gobierno de Andrade, los educadores se reúnen para estudiar el mal y el propio Andrade se refiere a la educación como algo que apenas da señales de vida, sobre todo, en sus resultados prácticos. Quizás en el informe-Andrade se hace una evaluación de los decretos de Guzmán. El cuadro es desolador. En dos generaciones hemos avanzado muy poco. La vía escogida ha dado insignificantes resultados, y éstos son contraproducentes. Pero como Gallegos habla de la historia que le tocó vivir, condena a todos los gobiernos por igual, porque en estas primeras observaciones no se conforma con los elementos formales sino que va al fondo mismo, donde lo que existe realmente, ha muerto o no ha nacido nunca.

En la continuación de sus observaciones va directamente al maestro:

"Laudable es el propósito que anima al actual Ministro de dotar la instrucción popular de un personal docente, idóneo y apto para la elevada misión reservada al educador. La incompetencia de los maestros es ciertamente, una de las causas del descrédito de nuestro sistema educativo, pero no la única; las más poderosas obedecen á defectos capitales de este mismo sistema, y para realizar en nuestras escuelas el ideal de perfectibilidad deseada, es necesario llevar la virtud del remedio á todo el organismo dañado. Buenos maestros y mejor sistema, son la doble faz de la necesidad por satisfacer.

"Para lograr aquellos ¿será necesario crearlos comenzando por fundar Escuelas Normales, como indica el señor Guillermo Todd, en un artículo publicado en la "Revista" á que nos referimos? Ciertamente que éste sería el método más eficaz para obtenerlos, siempre que en los tales Colegios Normales, sean puestos en práctica métodos adecuados, capaces de producir un verdadero maestro y no una persona más ó menos erudita que á pesar de sus muchos conocimientos, bien puede estar tan lejos del tipo educador como lo están nuestros analfabetas preceptores. Pero ni aun así se llegaría á obtenerlos en la práctica de su labor, porque ¿podrían acaso entregarse á ella con la contracción necesaria si les aporta una remuneración tan misera como la que entre nosotros percibe el maestro?".

Gallegos asume aquí por primera vez una abierta lucha reivindicativa a favor del magisterio. Toca los tres elementos esenciales de lucha permanente a los maestros (que luego retoma Luis Beltrán Prieto Figueroa y otros educadores a la hora de formar las organizaciones de defensa del maestro, en los años treinta, a la luz de las nuevas concepciones que se debatían en distintas latitudes). Gallegos plantea:

1. Formación profesional
2. Reforma del sistema educativo, y
3. Mejor remuneración para el maestro.

En artículos posteriores en "La Alborada" va directo al resultado: el niño, el futuro ciudadano, la escuela, metodología, los objetivos de la educación: el futuro. Se pregunta ante la realidad:

¿Qué hombre necesita el futuro? Comienza por señalar la incompetencia de los maestros, adonde, tal vez, iban a parar muchos de los estudiantes fracasados, por diversas causas, y que llegan al ejercicio, por necesidad y no por verdadera vocación y aptitud.

(Gallegos llega al magisterio por necesidad. Como medio de vida para proyectar su propia superación. No es un frustrado. La necesidad de este ejercicio sufre sustanciales transformaciones —siempre ascendentes— a lo largo de toda su vida. El maestro que conoce no progresá ni material ni espiritualmente. Es un hombre cansado, amargado, estancado).

El maestro repite un proceso de la enseñanza, remedio o copia fiel de su propio maestro, con igual o parecida metodología, con los mismos textos y los ya mermados comentarios, en la idea fija y retardataria de que si él pudo aprender con su maestro, estos niños, a su vez, si eran normales, debían llegar a los mismos resultados. Maestros por repetición, por automatismo de palabra, de texto, de tratamiento. Un maestro que parece con la única misión de matar la educación en el niño. Pero solamente un inocente en algunos casos.

(Los libros se les gastaban a los maestros en las manos. Y así se les gastaba también la paciencia y el cerebro. Se endurecían en la medida que se les deterioraba su propio magisterio. No pocas veces hemos topado por allí con este maestro que recuerda con cierto amor sus alumnos de la primera juventud).

Maestros incompetentes, pero que no son los culpables del mal porque todo el organismo está dañado. Y si se proponen

mejorarlos, sistematizar sus conocimientos, dotarlos profesionalmente de instrumental idóneo, no por eruditos que salgan de las Escuelas Normales, ya tienen la virtud y la magia de producir el milagro educativo. La metodología y los conocimientos no lo son todo. Para exigírsele a ese profesional rendimiento y dedicación exclusiva, es necesario sacarlo de esa misera remuneración que apenas le permite malvivir **muerto de hambre**. Pagar el trabajo del educador, profesionalizarlo, realizar la superación permanente del maestro y atacar a fondo todo el sistema educativo. Es decir, dignificación del oficio de maestro, de la educación y del sistema de enseñanza. Este último, en rigor sometido a una permanente crítica que le permita avanzar. Salir de la rutina y seguir los avances de la ciencia. El maestro como educando permanente, de conocimientos renovados y actuales, como profesional esencial de la comunicación debe deslindar diariamente la verdad del error, tal cual lo hace la ciencia. Porque en la verdad de hoy hay mucho del error de mañana.

Sobre la remuneración insiste con otros argumentos, antes de entrar a señalar las deficiencias del sistema:

"Estúdiese el modo de aumentar el numerario de la Instrucción Pública de manera que puedan consagrarse á ella, personas competentes y yá se habrán cerrado las escuelas á la afluencia de los ineptos. Entretanto, conformémonos con que éstos se limiten á repetir á los alumnos las lecciones que ellos mismos no han digerido bien.

"Respecto á las deficiencias del sistema habría que decir con Reclus: **si queremos formar una generación de hombres libres, comencemos por destruir estas cárceles que se**

llaman escuelas y liceos. En efecto, nada más incongruente, más inadecuado, que los métodos de enseñanza que en públicas y privadas escuelas se practican. Un poco para la escuela, nada para la vida, como no sea una noción absurda y una norma extraviada; sobrecargar la inteligencia rudimentaria del niño, con un pesado fardo de cosas inútiles ó extemporáneas, entenebrecer de prejuicios su conciencia; ahogar la libre iniciativa de su espíritu, desde que comienza á ensayarse para el vuelo, matar en él todo lo que es noble y vigoroso en nombre de una odiosa moral de histriones ó esclavos, no tener en cuenta para nada el cultivo de la voluntad, ni el conocimiento de sí mismos, centro aquéllo del círculo de una vida, ciencia ésta que pone en las manos del niño, escudo y arma con las cuales puede marchar sin zozobra hacia las futuras luchas del Hombre".

Son las escuelas-cárceles, o laboratorios de prisión, donde no faltan ni los instrumentos de castigo: disciplinarias, calabozos de castigo, penitencias, quedados —Gallegos fue maestro de quedados en sus primeros años—, sentencias inapelables y como hasta hoy en los mejores liceos: calificaciones de venganza, evaluaciones, amenazas, premios o perdones a los alumnos que acusen o delaten a sus camaradas, se desforman los valores futuros. Una escuela que ni siquiera puede resumirse en aquella tristemente célebre pedagogía de que la letra entra con sangre. Porque se insistía más en la sangre que en la letra. Una carga de cosas inútiles ni siquiera académicas, como se ha querido ennoblecer. Realizar una preparación en la ruindad por una destrucción metódica de todo lo sano y bueno que se quedaba en un fondo de amarguras. Se tenía que llenar el espíritu de vilezas en la idea de martirizar la carne y ablandarla ante los más

insignificantes castigos. Y se provocaban más heridas y cicatrices en el espíritu, en la formación, en la conducta futura, que en la piel que ya se hacía dura y cinica frente al ensañamiento de los maestros-dictadores, carceleros, cabos de presos de las primeras letras. Realmente era un aprendizaje donde se insistía mucho en los castigos, como si se tratara de una preparación para vivir siempre en sufrimiento o ante un ser amenazante con el brazo levantado sobre las cabezas, con un sable en las manos. Métodos basados en las disciplinas del miedo y el terror, donde aún hoy, se ensaña contra las rebeldías, para sacar sólo borregos. Fueron espíritus muy fuertes los que resistieron y luego se levantaron y alzaron la voz. Pero la generalidad sucumbía, se conformaba, asimilaba la enseñanza y se le mataba la rebeldía desde sus primeras manifestaciones en la escuela. La escuela parecía obedecer al principio tiránico de matar las rebeldías, las protestas en las primeras letras. Cada letra con dolor, con sacrificio para crear las condiciones del miedo.

(Pero siempre también con un premio a las traiciones y deslealtades. Tal cual como ocurría en la calle, en el contacto directo o indirecto con las tiranías).

Una escuela que no daba nada para la vida porque era una educación muerta, absurda y extraviada, fuera de la realidad. Y no solamente de la realidad del país, sino también con muchos años de atraso. Ante los adelantos científicos y tecnológicos del mundo. (Y no hablemos de la investigación; son contados exponentes en la cumbre nacional como Vicente Marcano, un resultado aislado individual, solitario en el país). Y eso a todos los niveles. Porque si diez años después comienza la reforma universita-

ria de Cordova como dice Mariátegui: —para poner a tono la Universidad con las aspiraciones y necesidades de la naciente burguesía—, entre nosotros apenas tiene algunas manifestaciones el año 19, y un grito de rebeldía el 28, con un gran movimiento de renovación frustrada en nuestra universidad de los años setenta.

La escuela a que se refiere Gallegos basaba su enseñanza en lo inútil y extemporáneo, al tiempo que ahogaba la libre iniciativa del espíritu, el vuelo de la imaginación —**mayo francés** de nuestro tiempo para proclamar la imaginación al poder, con tantas imitaciones en todos los medios que lo invocaron— y matar al hombre al imponer una odiosa moral de esclavos, de payasos, de actores, de pequeños seres a quienes se podía manejar a voluntad de ojos y de gestos desde la cumbre sagrada de tiranos y tiranuelos en todas las áreas del quehacer humano. Se intenta liquidar la voluntad de cada uno para reconocer la gran voluntad del amo. Una escuela en función de cosas pasadas y no futuras —y no el pasado glorioso y heroico de nuestras luchas—, sino aquel que nos daba el sentido de nuestra propia pequeñez para las grandes empresas de la libertad. Donde precisamente se requiere lo mejor del hombre en su constante renovar de conocimientos, en su permanente vuelo imaginativo, en un anhelo de gigantes por realizar los sueños.

(Donde el pasado es un fardo de ignorancia, de rezago, al margen de los grandes acontecimientos liberadores de las leyes naturales. Si hoy revisáramos un programa de estudio, y no de los textos utilizados para la enseñanza en la época de Gallegos, encontrariamos un abismo entre el desarrollo de la

ciencia mundial y la pobre, maltrecha y mentirosa repetición de nuestras escuelas).

La manipulación del hombre en estas escuelas no lo prepara en nada para las futuras luchas, para la construcción del porvenir.

Lo prepara para ser ejemplar borrego de una tiranía. Una escuela para matar la libertad desde la infancia.

(Esto era con maestros "normales". Cuando salía —y hoy es casi una constante escolar— a la calle, se encontraba con el otro maestro: el policía, un maestro con rolo y peinilla, para complementar la enseñanza de la vida real).

2. El educador es el cómplice del tirano

En el número 3 de **La Alborada**, Rómulo Gallegos comienza a publicar su serie de cinco artículos bajo el título general de "**EL FACTOR EDUCACION**". Debemos suponer que la intención del autor era seguir con el tema hasta agotarlo, pero la labor de análisis queda trunca con la muerte de **L** Alborada. Sin embargo, están claras las bases de estas ideas sobre lo que comienza por llamar **el vicio de la educación**. Todas ellas se enlazan, se conjugan y forman una misma unidad con sus opiniones diversas, publicadas en la revista. Podría deducirse que sus comentarios anteriores o simultáneos con el tema de la educación, constituyeron derivaciones que proyectaban sus luces sobre este factor —para Gallegos fundamental y decisivo—, realmente centro y deriva que impedia cualquier alternativa inmediata, duradera, integral, comprensiva ante la coyuntura de cambio cívico y pacífico

que se le presentaba al país. No se había preparado la base para el cambio. En mucho, todo dependía de un hombre en el poder, de quien se podía esperar lo bueno o lo malo, pero que no se podía llevar por presión hacia lo **bueno** ni con el pueblo ni con los partidos ni con las leyes. Se dejaba todo a la buena fe de un hombre. Y las precarias voces de los **alborados** apenas se insertaban en el coro de alabanzas, de endiosamiento, con palabras discordantes. Estaban fuera del tono de sucesión, del cambio de Castro por Gómez.

(A lo largo de toda su creación, Gallegos cifra sus esperanzas de cambio en un universitario ideal, producto de una educación que no destroza en él sus condiciones para sobrevivir en la barbarie).

Los artículos de Rómulo Gallegos antes de la serie de "EL FACTOR EDUCACION" y simultáneamente con éstos, no dejaron de tocar todos los temas cándentes del momento. Las leyes, los caudillos, los guerreadores, los partidos, el papel de los intelectuales, etc., siempre con el temor de que nada modificaba el presente y echara las bases para el porvenir. En su lugar da preponderancia a la educación como factor de cambio. Así, por ejemplo, en el mismo número 3 de **La Alborada** donde trae el primero de la serie "EL FACTOR EDUCACION", vienen dos temas más: "EL RESPETO A LA LEY" y "POR LOS PARTIDOS". No podemos apartar la tentación de verlos muy brevemente. En ambos artículos encontramos los enlaces con el tema de la educación. Pero, sobre todo, las interpolaciones de que se vale Gallegos, para llamar las cosas que apenas se nombraban por su nombre, consideradas material prohibido, de abuso y falta de consideración en el disfrute de las libertades. En "EL

RESPETO A LA LEY" comienza por algunas consideraciones sobre las violaciones a las mismas. Las distintas violaciones. Así lo escribe al respecto:

... "Las viola el mandatario que las mira como un obstáculo, pasando sobre ellas, i los que han de lejitar sus tropelías interpretándolas á su antojo; i las violan, en el sentido estricto de la palabra, quienes de una manera arbitraria las enmiendan i reforman aún en obsequio del bien público".

(No dejaremos de citar a Ramón J. Velásquez —LA CAIDA DEL LIBERALISMO AMARILLO—, sobre una reforma constitucional. Velásquez dice: ... "y adelantar a marchas forzadas una reforma constitucional que permita volver a la división de la República en 20 Estados, establecidos en la Carta de 1864. Las razones políticas son obvias: elimina los siete Presidentes de Estado que habían sido elegidos por Crespo para ejercer el mando durante un periodo igual al suyo y en lugar de siete, tiene ahora veinte Presidentes de Estado, veinte Secretarías Generales de Gobierno, veinte comandos militares que brindar a sus amigos y con los cuales frenar o liquidar peligrosas ambiciones.

"Los juristas empiezan a discutir la conveniencia o las dificultades de la reforma constitucional y escriben largos y eruditos ensayos. Aconsejan fórmulas y recuerdan precedentes universales. Para el General Andrade la cosa es más sencilla: cambiar en un renglón de un artículo de la Constitución la palabra "siete", por la palabra "veinte". Veinte Estados en lugar de siete Estados. Así lo imponen los altos intereses de la Causa Liberal Andradista").

(¿Qué más decir de la violación a las leyes? Leyes a la medida del hacer y deshacer de un caudillo en la historia grande, pero en la historia pequeña, la insignificante, la de las persecuciones, torturas, prisiones, asesinatos, que no se llevan a congresos, ni las registra nadie, ya no se trata de violaciones, sino de moneda de circulación diaria que no requiere falsificaciones ni remedios parlamentarios).

Para Gallegos éstas no son causas verdaderas... y hay que ahondar mucho para encontrarlas. Las violaciones tienen una raíz más profunda. Por eso insiste:

"Pero ellos sólo son la consecuencia; la causa está más lejos i habrá que ahondar un poco i hacer mucha luz para hallarla. El desconocimiento de las verdaderas raíces del mal, nos ha llevado siempre á ver, en motivos i circunstancias accidentales la razón de esta larga serie de desaciertos y desmanes políticos que casi pudiera decirse forman la historia de la República. Unas veces buscándola en la personalidad del individuo gobernante, otras en las deficiencias ó error de las leyes mismas, siempre se ha llegado á un diagnóstico falso i se ha querido aplicar un remedio ineficaz. Los que han confiado en que el mal desaparecería con la suplantación de tales por cuales hombres, han contado para cada esperanza un desencanto i habrán de contar mucho más, porque las más de la veces, nuestros Gobernantes —caudillos victoriosos que toman el Poder por asalto á empuje de bayonetas i sin más prerrogativas que su audacia o su bravura— están por esto mismo, más cerca de la pasión que del deber; los que pretenden que todo habría de remediarself con la reforma del régimen político ó la enmienda de las leyes escritas, tienen un fracaso para cada tentativa".

Para el diagnóstico se ha partido de elementos falsos y por tanto no se llega a las verdaderas raíces del mal. (El positivismo hace malabarismos para justificar el caudillismo, y hay razones seudocientíficas en una genética recién aprendida en barnices europeos. Y por mucho tiempo este positivismo nubló los ojos. Gallegos trata de salirse e ir más lejos).

Pero aprovecha el análisis para indicar las falsas esperanzas también de quienes confían que todo es cuestión de suplantar unos hombres por otros. Así se remonta al origen del poder sobre la base del empuje de las bayonetas, que muy poco tiene que ver con las leyes, en reposo de anaqueles y vitrinas, en su fino empaque. Rige en este origen de poder solamente la ley de la violencia armada. Y ese origen no admite reformas políticas ni cambia nada con las enmiendas a la Ley escrita. Es decir, la menos Ley de todas, que jamás ha dado poder a nadie, como no sea al conquistador, al nuevo dueño del vasallaje. Sin duda, estaba en el ambiente, dejarlo todo a la buena voluntad de Juan Vicente Gómez, pero con la presión siempre hacia el lado que favoreciera a la oligarquía, siempre en la nata de los acontecimientos. Se le pide a Gómez una virtud que nadie tiene en el país.

Tampoco la enmienda a la ley remedia nada. No es cuestión de hombres o de leyes. Las reformas del régimen no conducen a nada. Gallegos está a punto de llegar a la conclusión de ir más lejos en su apreciación: hay que cambiar la sociedad toda, no un solo hombre.

Por eso se atreve a ir más lejos cuando dice:

La facilidad con que, á raíz de toda crisis, puede ser enmendada i aún reformada de un todo nuestra Carta Fundamental, prueba de modo elocuente que el Culto de la Ley no ha arraigado en el espíritu nacional. Esto que debe ser obra de evolución social, puede en Venezuela ser llevado á cabo, por un hombre solo i cuando menos lo reclaman las necesidades públicas; i si tal arbitrariedad i desacato, han dado origen á revoluciones armadas, no es menos cierto que éstas no han partido del pueblo impulsado por el propósito de desagraviar la majestad de la Ley ultrajada".

No puede haber ningún culto a la Ley cuando todo caudillo trae la suya propia en las alforjas de sus bestias y en las puntas de sus bayonetas. Los alzamientos han sido contra la ley de otro caudillo para imponer la nueva que viene victoriosa. La práctica ha sido una Constitución a la medida de los desmanes. Lo difícil es triunfar, no reformar las leyes una vez que se llega a la cumbre del poder. Por un lado ha ido la evolución social y por otro las leyes. (Un culto a la Ley en que no han faltado tiranos que le enciendan velas a su articulado en un altar, y hayan elevado a sacerdotes a sus doctores). Pero Gallegos hace una de las más extraordinarias advertencias en esos momentos:

Hasta ahora el pueblo no ha encabezado su propia revolución... Siempre ha sido arrastrado, llevado a ella mediante la manipulación de otros impulsos. ¿Acaso en el aprovechamiento de las libertades, por una iluminación de los intereses populares podía el pueblo encabezar su propia revolución?

Está claro para Gallegos que las reformas que se proponen los togados no obedecen a necesidades públicas sino más bien a necesidades del caudillo y su corte.

Pero nadie ha sido instruido en esto de reformar las leyes por "obra de la evolución social". Un solo hombre victorioso —por coraje o traiciones— plantea sus necesidades y es factor determinante para reformarlas o crearlas si no existen. Y entonces aparecen doctrinas universales y paralelos de jurisprudencia en los países más civilizados de la Tierra, que son ejemplo y paradigma.

Claro se ve que la instrucción, la educación, la inteligencia como "obra de la evolución social", evitaría los desmanes y por tanto el encumbramiento de los caudillos como semidioses que se creaban su propio cielo sobre la tierra que se convertía en infierno para los demás.

Tanto en el artículo anterior como en el otro que mencionamos al principio, sobre los partidos, Gallegos nos lleva de la mano al análisis de la educación. Pensamos que la conclusión de ambos —publicados en el mismo número de la revista— lo intenta en esta primera incursión sobre el tema de toda su vida. Cuando habla de los partidos y establece el lugar que le corresponde al caudillo de un lado y a la inteligencia del otro, vemos cómo la balanza se inclina hasta el suelo en el platillo del caudillo. La inteligencia no cuenta, salvo para la redacción de los documentos y proclamas que ennoblece en prosa convencional, los primitivos deseos del Jefe.

El tema de la educación viene como una consecuencia de sus análisis anteriores. Porque para Gallegos la verdadera revolución tiene sus raíces en la educación. En la educación como centro vital de la libertad. La unidad está dada por una lucha de contrarios entre la educación y la tiranía. (Revolución-educación frente a tiranía-ignorancia. Luz

frente a barbarie. Alba ante tinieblas, en una lucha a muerte donde nosotros siempre estamos ayudando al amanecer.

(Gallegos ve claramente la contradicción en sus esencias. Todo lo demás es un problema que se resuelve con el poder).

Sus palabras no tienen otro significado a la luz de la realidad de donde se desprenden.

Intentaremos el análisis de estos artículos que comienzan en el tercer número de **La Alborada** con un mismo título: "EL FACTOR EDUCACION":

Este primer artículo de Gallegos sobre el tema, trae un epígrafe de G. LEBON:

"La prosperidad de un pueblo depende mucho más de su sistema de educación que de sus instituciones ó sus gobiernos". Desde la cita anterior, Gallegos establece ya, las posibilidades decisivas —más que el gobierno— de la educación en todos los aspectos de la prosperidad de un pueblo. El antidesarrollo no prospera con educación. Todo depende —según Gallegos— de la educación. La virtud de la Ley —desde este punto de vista la Ley fue un fetiche siempre— comparada con la educación es lenta, insegura, nula. Mientras que la educación trae una "evolución inmediata", con un carácter más estable, más consciente, impresa en el espíritu del pueblo, tal como quería Gallegos.

(Porque la educación transforma, anula el desierto y sus consecuencias, según Gallegos).

Gallegos descarta todo frente a la educación, sin temor de ninguna clase. Estas son sus primeras palabras:

"El cultivo de los hombres es el único método viable de avigorar con energía de savias puras el organismo desme-drado de un pueblo; enriqueciendo las unidades: ciudadanos, se enriquece la cifra total: Estado, i de modo inmediato, relativamente, si se compara éste con el otro, lento proceso evolutivo que se cumple por la exclusiva virtud de la Ley".

Estamos ante un organismo enfermo de tiranías, (Gallegos nos enseñó en sus novelas a distinguir este mal en el seno de nuestra incipiente nacionalidad). Este organismo no ha encontrado otro remedio sino en otros tiranos o aprendices de tales, (como en ese presente histórico de Gallegos, de libertades de ficción). El comején de las tiranías consume la savia de ese país y lo convierte en un eterno convaleciente de crisis. Anémico, moribundo como un árbol herido, pero que tiene esperanzas en la energía que puede —Gallegos es rotundo—, que encuentra vida nueva en la educación. Un país enfermo de tiranías que es como decir en el lenguaje de hoy, moribundo de subdesarrollo, del flagelo que le da todos los "antis" del progreso. Gallegos desde sus primeros análisis busca un remedio. Arbitrariamente ha podido llegar a la conclusión de la necesidad de una revolución popular, vacía, pero rimbombante en la terminología. Y por eso su revolución tiene toda la carga potencial de la educación. La educación —aunque sea de una vanguardia organizada— que trae consigo todo el cambio revolucionario. Ni en los partidos ni en las leyes ve Gallegos el remedio. Las leyes son tan abstracciones como las ideas en los partidos. Abstracciones como insignificantes yerbajos ante la personalidad

avasallante, bien plantada, mesianesca, idolatrada de los caudillos. E insiste en el estudio de la ley porque para muchos letrados —generalmente a la sombra de la tiranía— tenía la magia de la transformación, cuando en realidad Gallegos las encuentra —en grandes cantidades, porque mientras más caudillos, más legislación, mientras más jefes, más leyes— letra muerta, al servicio de las tiranías. ¿La educación como catalizador revolucionario? La Revolución —con mayúscula y en todo su significado— no es una pequeña empresa de ignorantes. La Revolución es la culminación —en cuanto a conocimientos— de un hacer humanístico y científico. No, la barbarie no protagoniza una revolución consciente. La preparación revolucionaria es una etapa previa de formación científica y humanística).

(Antes de tomar el poder hay seriamente un proceso de formación, de educación de los cuadros revolucionarios en todos los aspectos de la vida. Y después de la toma del poder, la mayor atención es para la educación. A la expropiación de los medios materiales sigue paralelamente una expropiación de los medios espirituales que los sustentan ideológicamente. El nuevo poder crea su propia ideología. Gallegos cree que se puede lograr desde la escuela sin la toma del poder. Crear el nuevo hombre por la vía del espíritu, por la vía de la inteligencia, de la educación, en una palabra, y con el sentido que le da Gallegos a lo largo de sus artículos, a la luz de nuestra ideología, resulta un planteamiento seriamente utópico).

Gallegos, con su esquema positivista, de organismo, dice claramente, que si logramos cambiar al ciudadano, logramos

cambiar el Estado. En otras palabras: crear un hombre nuevo para lograr una sociedad nueva.

(Crear el bosque árbol a árbol, semilla a semilla, lentamente por generaciones. Ante caudillos ignorantes no tiene otra alternativa, sobre todo, en la concepción positivista de lenta evolución). La idea tenía un sentido revolucionario en el momento en que escribe. Pero la educación de masas es un proceso lento, salvo en momentos históricos de crisis revolucionaria, cuando los cambios reales en la sociedad traen consigo cambios profundos en los hombres.

Y enseguida ataca la educación como un vicio. Un vicio que da como resultado las tiranías:

"Para nosotros esta obra adquiere tanta mayor trascendencia i es de tal necesidad, cuanto que todos nuestros males no son sino síntomas de un vicio originario: el vicio Educación".

Cuando buscaba en sus anteriores exploraciones, Gallegos encontraba el origen de nuestros males en la carencia de unidad nacional, por una falta de **integración racial**. Parecía coherente que las unidades se lograran primero por la vía sanguínea en una homogeneización de laboratorio. Pagaba entonces tributo al positivismo criollo que nos llevaba por caminos sin salida. Se podía ver que, casi un siglo antes, se había hecho la guerra de independencia con menos mezcla, aun en la sangre. Pero ahora, más independiente, más utópico, más soñador, más autónomo en su manera de pensar encontraba que todos nuestros males estaban en el vicio de la educación.

No es que la educación tenga defectos: es un vicio, un daño físico y moral que tanto lesioná el cuerpo como el espíritu y aniquila al individuo y a la sociedad. (Estamos en presencia de la antieducación. O sea, una educación para sustentar un sistema de barbarie, de caudillos ignorantes en el poder). Y por eso mismo no se puede corregir, hay que liquidarla para crear verdaderamente la educación como factor esencial que nos permita trascender. Educar para civilizar, en el ideario novelesco galleguiano. Más adelante Gallegos nos habla de cambiar el sistema.

Unas veces referido a la educación y otras de una manera aislada como el verdadero culpable del vicio educativo).

Y después parece hacerse la pregunta clave de nuestros grandes pensadores y de nuestro más eminente revolucionario: Simón Rodríguez:

—¿Cuál es nuestra educación? ¿Qué desarrolla en nosotros? ¿Qué liquida? ¿Es el gran vicio de nuestros vicios? Gallegos dice:

"Nuestra educación, herencia latina que conservamos como un timbre de raza, es la menos apta para exaltar, no diremos para crear, las virtudes que se requieren en un pueblo para su engrandecimiento, i la más ineficaz para destruir en el nuestro los vicios atávicos: bastaría sólo con decir que ella obra sobre la individualidad como una presión aniquiladora, i con decirlo, ya se tendrá por sabido de antemano, que no produciría aquellos Estados, cuyo engrandecimiento i progreso se miden por el número de individuos libres que cuenten.

"Obra suya es la falta de iniciativa personal que nos caracteriza, causa a su vez, del estancamiento económico i moral de Venezuela i á la cual hay que referir también la razón de nuestro funesto personalismo político".

Dejemos de lado los elementos genéticos que Gallegos pretende colocar en el origen, características y fijaciones de nuestra educación. (Aquí, herencia, tiene un contenido racial que se adquiere antes del nacimiento. Se nos atribuye la fijación de elementos latinos determinantes, marcados y, extirpables a hierro solamente). Donde el bagaje cultural adquirido se entiende hereditario y, sin embargo, puede liquidarse fácilmente con educación.

Pareciera creerse en **cromosomas culturales**, pero de una naturaleza tan débil que puede liquidarse cuando se trata de la **dañina barbarie**, mediante inyecciones de acción prolongada de educación. Se niega por si misma esta tesis del gusto positivista, desde el momento en que se presenta como posibilidad deleznable, débil en la base, porque resulta un barniz de poca consistencia, solvente por detergentes, con todo lo que podemos encerrar en la denominación escuela. Tal aparece en Gallegos cuando a las proposiciones iniciales, de marcaje o herraje hereditario, opone la siguiente identidad educación-progreso-hombres libres. Se rompe el cerco determinista del atavismo con la educación como fundamento de la libertad que engendra y genera, crea y no se empoza en los aislamientos de la ignorancia, propia de las tiranías que impiden las luces. Todos nacemos en la ignorancia y recibimos la cultura de la sobrevivencia. Gallegos se asoma a todo esto cuando no hace de la libertad entidad abstracta sino categoría de la necesidad, que él

mismo señala como engrandecimiento y progreso. Es decir, la libertad en este sentido tampoco se hereda ni amamanta. (Desde hace mucho tiempo ni la libertad ni la esclavitud tienen asideros cromosomáticos).

Tampoco hay cromosomas para la libertad o la esclavitud. Sin embargo, el hecho de salir, de nacer, rompe una dependencia orgánica, anatómica, fisiológica, de metabolismo. (Es un primer paso, por decirlo así, fuera de la esclavitud. Se rompe la primera cadena en el cordón umbilical, si es que queremos exagerar nuestro razonamiento. Ambas categorías no son características de la naturaleza humana que tienen su origen en la preñez). La medida del progreso y el engrandecimiento da la clave de Gallegos cuando la encuentra "en el número de individuos libres que cuenten". Simón Rodríguez lo señala —como lo veremos más adelante emparentado con Gallegos en algunas ideas educativas— cuando se refiere a Europa ignorante, medida por él en los distintos grados que alcanzaban sus esclavitudes. Gallegos ha llegado a la conclusión de que el origen está en el vicio educación que podría traducirse en oligarquías explotadoras —o aguantadoras de explotaciones extrañas— con raíces en ambas delimitaciones banderizas: liberal y conservadora.

(Y aquí, en las oligarquías, sí podemos encontrar el morbo social).

También el vicio educación trae consigo el "funesto personalismo político".

Gallegos lo destaca cuando escribe:

"En efecto, nuestra carencia de facultades activas i espontáneas, la atrofia de nuestro carácter, á más de cerrarnos todos los caminos que llevan á la prosperidad, nos entrega indefensos á los desmanes del primer capataz enseñoreado, que ya puede constituirse árbitro supremo de nuestros destinos sin tenernos en cuenta para nada".

En primer lugar, debemos destacar el atrevimiento —no simbólico como en las novelas— de señalar "los desmanes del primer capataz enseñoreado". Porque Gómez —capataz administrativo de Castro en la invasión y posteriormente capataz de la pacificación y Vicepresidente, se ha enseñoreado en el poder.

Está de turno, por largo tiempo, un capataz de la Casa Grande. Y ya comienza "a constituirse árbitro supremo de nuestros destinos sin tenernos en cuenta para nada". Aún más, Gómez empieza a ser el destino del país. Y todo depende de su voluntad.

Y en segundo lugar —y es que el momento que vive está presente en todo como alborada que se apaga—, ya sólo se ve un sometimiento a la voluntad del caudillo, porque quienes lo rodean como colaboradores, elementos de presión espontáneos —partidos— o prensa que debería insistir en algo distinto a la alabanza, carecen de carácter y se han cerrado los caminos que conducen a la prosperidad.

Y en tercer lugar, que no hay preparación para evitar los capataces y no se puede liquidar en unos días lo que ha venido a ser enseñanza de más de un siglo. Y si se anudan los nexos de la oligarquía conservadora, se prolonga desde el

coloniaje. (La práctica de la enseñanza desde la escuela de la conquista y el colonaje hasta la República, es la del sometimiento a sangre y fuego: obediencia a un poder que se hace hereditario por la acumulación, el despojo, y la fuerza. Romper ese sometimiento, esa obediencia, esas instancias de desigualdades, significa la creación del hombre libre que liquida todas las oligarquías). Y como el único destino que buscan los prohombres es el propio, el individual, todo lo colectivo queda en la voluntad del capataz enseñoreado. Se plantea una contradicción entre el destino colectivo en manos de un hombre y el destino individual, con un desprecio total por el futuro de la nacionalidad. La nacionalidad es potestad de un individuo ignorante que la personifica. El poderoso guía y los letrados se encargan de encontrar nobles parentescos del envilecimiento.

"I para nada habría que tenerse en cuenta —continúa Gallegos—, á pesar de la mejor voluntad que pudiera tener un mandatario en hacer un buen gobierno, si nos falta la virtud de emprender i realizar nada por nosotros mismos, sin la tutela del poderoso que invocamos siempre que se trate de algo que pida esfuerzos i perseverancias. En todas las esferas de nuestra actividad i para que ésta sea fecunda, ha de sentirse fatalmente la influencia del señor, i de aquí que éste, sea quien fuere, acostumbrado á prestar su protección, termine por creerse —i sería justicia concedérselo— tan necesario para la vida de la Nación, que bien puede, en cambio del apoyo que le sirve, beneficiarse con todas las violencias posibles".

Ya aparecía en el ambiente intelectual, lo que García Calderón en el Perú desarrolló como doctrina del "dictador

necesario", con su versión venezolana de Vallenilla Lanz en el "gendarme necesario". No había menester tener en cuenta a nadie —intereses nacionales, clases, partidos, necesidades económicas, políticas o sociales—, si se tenía en cuenta la sola voluntad del **hombre fuerte**, del mandón privilegiado, del superhombre providencial, revelador de signos y destinos en gestos o frases desarrolladas a nivel universal e históricas por los doctos intérpretes de las conveniencias nacionales. Se tenía la virtud —en ciertos círculos intelectuales— para el mimetismo, para la genuflexión, para la reverencia en nuevo culto de rastreros (aunque en sus obras tratan de aparecer como los más puros y sabios). Sabían desdoblarse los intelectuales hasta el punto de ser irreconocibles en sus libros). Todo era someterse a la tutela del poderoso, pero cuidándose de cualquier iniciativa. El maestro sin ser ni pretender ser maestro —dice—, orienta, da la pauta, señala las vías del pensamiento y la acción. En todas las esferas debe sentirse la influencia del señor que es más infalible que el Papa, que no le falla ni a la oligarquía ni al imperialismo y que permite migajas a quienes le ennoblecen sus capacidades rapaces. Los comerciantes venezolanos —sin siquiera una doctrina burguesa mediocre—, tienen necesidad de un gendarme, de un producto típico de la propiedad enfeudada y están dispuestos a pagar bien una doctrina que la justifique o la presente como un coherente desarrollo histórico —que salta de nombre en nombre—, pero, en esencia, continúa y tiene vigencia plena a lo largo de toda nuestra existencia, según ese positivismo.

(La tesis es simple: entre feudales, hay que elegir a un señor feudal. La vieja reunión de condes y principales para la escogencia de un conde superior. Pero también uno muy

fuerte que haga la tregua entre los guerreadores, como los llama Gallegos. Y luego somos un país de guerreros que requiere de la mano dura para el sometimiento).

Carlos Irazábal, uno de los primeros intérpretes marxistas de la historia venezolana, en su ensayo HACIA LA DEMOCRACIA, después de atacar, desde diversos ángulos la tesis del gendarme necesario, dice lo siguiente:

"Los dictadores y gendarmes necesarios, como lo demuestra el estado actual de nuestra América, no han podido ser más negativos. Han surgido únicamente por imposición de una economía anti-nacional. No podía ser eso el ideal del Libertador, por más que se quiera interpretar en ese sentido aquella su célebre frase, según la cual los Estados americanos han de menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y de la guerra! Se refería Bolívar al despotismo español y a la guerra de la independencia. Por ningún respecto al porvenir de la América.

No se puede, entonces, a menos que se la interprete monstruosamente, invocarla —como suele hacerse—, para dar una base teórica al despotismo de los Rosas, Porfirio Díaz, Juan Vicente Gómez y demás tiranos de América. ¡Ellos curando el despotismo! El despotismo curando al despotismo y la sociología lamentablemente confundida con la homeopatía".

(La guerra como remedio de la guerra. Pero es simplemente el sistema que crea el gobierno del latifundio o algo similar que se produce en Venezuela como engendro de estos

trasplantes nuestros que derivan en modalidades fuera de serie).

Rómulo Gallegos evoca la situación desde el punto de vista de la formación y conformación moral de un pueblo frente al tirano. Y más que un pueblo, quienes a nombre del pueblo, en usurpaciones y traiciones, no hacen otra cosa que eternizar la circunstancia del tirano. Estos intérpretes le cierran el paso a cualquier rebeldía, pero sobre todo, niegan la existencia de las grandes masas sometidas. Para ellos no existe sino el tirano y por eso se debe justificar la tiranía que los amamanta. Por eso les interesa sobremanera formar al venezolano que tiene el privilegio de llegar a la escuela, en la aceptación del dictador, de la tiranía.

Se crea el modelo del venezolano del sometimiento, la sujeción, la enajenación, para una paz de mentiras. Porque el tirano no es la paz sino la guerra.

(En muchas obras donde se justifica la tiranía, los intelectuales han tomado del tirano la primera y la última palabra. Me refiero a ese intelectual de que nos hablan los alborados).

Nada se puede hacer o iniciar fuera de ese **super yo** que todo lo vigila y lo determina. El tirano así no sólo es necesario para la economía del despotismo, sino también para el pensamiento que lo ennoblecen en ese despotismo.

Gallegos lo dice con estas palabras:

"I todo porque la educación que se nos dá, lejos de propender á cultivar en el individuo las virtudes de iniciativa é

independencia que les son necesarias para suplirse á sí mismo i hacer valer su personalidad, trabaja por ahogarlas desde que empieza a manifestarse en el niño. El educador es el cómplice del tirano.

"I así, uno á uno, todos nuestros defectos nacionales, son consecuencia de la misma causa.

"Tratándose de nuestra solidaridad, la escuela es el primer foco disociador; de nuestra disciplina, el primer factor de desmoralización, de nuestro progreso la primera valla, el más poderoso de todos los elementos de retroceso".

Una educación para liquidar "iniciativa e independencia", para lograr la base firme de la tiranía. Se educa para aceptar y en última instancia, soportar un destino. Ni tan cerca siquiera de cierto estoicismo. Se trata de una escuela de la sumisión, del sometimiento, donde todo debe estar en función de convivir en dictadura. Porque se entiende la dictadura como el mejor de los mundos posibles o imaginables, en nuestro pueblo. La educación es un factor de esclavitud política, sin nada que pueda traer la grave consecuencia de la democracia, de hacer valer la voluntad colectiva. Matar la iniciativa, la imaginación, la rebeldía en el niño para sembrar en lo más hondo del espíritu, la sumisión, la dependencia, la tiranía.

Gallegos descubre uno de los más extraordinarios elementos dañinos de la educación, no sólo para su tiempo, sino con alguna vigencia en el presente:

—"El educador es el cómplice del tirano".

Se ejerce, en miniatura, la tiranía en el aula. Tiranía de laboratorio, en experimentación. Y el maestro o profesor es un dictador de laboratorio, donde él es el mago, el prestidigitador, el intérprete único, de voz solemne que no admite oposiciones, iniciativas, discrepancias. Generalmente pone su vida y "su obra" como patrón, norma a seguir, modelo de virtudes aunque se trate de pequeños desmanes hogareños, callejeros o ideológicos. Es un dios que todos los días dice sus largas misas con un tedioso horario donde hoy sólo obtiene una cosecha de odios, de desgana en el estudio, de deserções, de dudas sobre los grandes alcances del conocimiento. El maestro o profesor se cree en el deber de opinar sobre lo divino y lo humano, se ha apropiado del mundo y no admite disputas.

(Una escolástica medieval donde los escasos conocimientos se sustituye con un principio de autoridad y autoritarismo. El viejo **magister dixit** que se remite en última instancia a la Biblia de un texto laico, manido, graso, de tránsito y manoseo estéril).

(Aún hoy con las grandes preocupaciones por el pelo largo, por las inocentes protestas del mal vestir, los maestros tratan de imponer tiranías absurdas y superficiales, la melena de Cristóbal Colón o la colita de caballo de Francisco de Miranda condenada hoy por maestros y profesores calvos, que odian a la juventud y no encuentran otra manera de cobrar —opera la moral de la venganza— la protesta inocente de unos muchachos que a falta de otros objetivos se quieren afirmar aun a costa de ciertas higienes profesionales). Y Gallegos veía aquella escuela como un ósario de iniciativas, voluntades, fantasías, imaginaciones. La dicta-

dura necesita cadáveres vivientes —y valga el decir— y la escuela comienza a realizar infanticidios.

Si los prohombres estaban convencidos de la necesidad del tirano, había que crear hombres para la tiranía. Ninguna rebeldía debería trascender la adolescencia. En la escuela se sigue un esquema policial riguroso. Gallegos toma tres valores que se destruyen a manera de ejemplo: Solidaridad, disciplina, superación... que no son necesarios porque la vida toda gira alrededor del amo, del tirano, del superhombre que dimana lo material y lo espiritual. El capataz es el distribuidor de todas las riquezas y la preparación en la escuela debe hacerse para esperar favores, perdones, dádivas, privilegios. Y eso hace el maestro en la miniatura de su mezquindad. Porque la escuela es una cárcel como todo el país.

Pero Gallegos, hasta cierto punto, salva al maestro: lo ve como reflejo de la realidad que lo circunda, de la necesidad que se le impone. No encuentra en ello malicia, culpabilidad, sino ignorancia:

"La educación que en ellas se nos sirve es tal, que pareciera encaminada —por culpable malicia diríamos, si no supiéramos que es por ignorancia— á cultivar en el individuo las funestas cualidades de la herencia, en vez de extirparlas. Estando basado en un concepto moral, que á su vez lo está en la negación de todos los valores, sus consecuencias han de ser lógicamente negativas".

La educación que se imparte niega todos los valores, pero destaca otros, por demás dañinos, en la práctica. Porque si

tomamos por ejemplo la disciplina que no se desarrolla en la escuela para las grandes empresas, la vemos cómo se imparte a manera de sometimiento, de resignación, de obediencia ciega, de formación cerrada cuartelaria, para prosperidad de los tiranuelos.

(“Con la Iglesia hemos topado, Sancho”. Ese concepto moral de Gallegos tiene una base religiosa, como lo veremos más adelante).

El maestro vive su propia represión y la refleja en el aula: educa para reprimir y para ser reprimido. Su condición misma, su miseria, su relegada posición segundona —hasta en la pobreza material y espiritual disimulada— forman parte de la otra violencia.

Pero Gallegos no anota los males para lamentarse, sino para señalar cómo pueden ser erradicados.

“Restablecer á su genuino carácter estos valores depreciados, sería dar el primer paso en el sentido de las reformas radicales que urge llegar á cabo en la organización de nuestras sociedades, despertando con un impulso de Revolución que necesariamente ha de ser violento, como que se trata de echar por tierra prejuicios hondamente arraigados, las fuerzas latentes de la evolución que esperan desde largo tiempo en la inercia”.

Restituir valores depreciados: rehabilitar, rehacer el hombre venezolano. No sólo son valores que han venido a menos, sino que no se consideran tales y que han sido sustituidos por ese remedio que se da con la obediencia ciega, la sumisión, el terror, el miedo a las empresas de progreso y libertad.

Gallegos cree que estas reformas radicales hay que llevarlas a cabo con un impulso revolucionario y, no tiene reparo en utilizar la fórmula que muchos le niegan en sus análisis cuando lo creen partidario solamente de una evolución pacífica, incruenta. Pero Gallegos dice claramente que debe ser violento el impulso revolucionario so pena de seguir en la inercia.

La proposición es: desentrañar en el niño lo que pueda ser extraordinario en el hombre. Pero esto sólo se logra con un nuevo sistema educativo y un "impulso" revolucionario.

"Corregir nuestro sistema de educación, sería hacer la primera enmienda, la más trascendental sin duda, i la más fecunda en resultados positivos, porque aunque la influencia de este factor social no baste á extirpar de una vez para siempre, muchas de las condiciones que tienen su origen en las raíces mismas de la raza, haciendo desaparecer las herencias perniciosas, sí las atenúa en mucho y prepara su desaparición final".

Como los prohombres del naciente gomecismo —todavía muy castrista para los temores y gustos de Mr. Knox— se convertían en experimentados juristas y asomaban y propiciaban la reforma a las Leyes como salida de la crisis, Gallegos no vacila en declarar, que la enmienda fundamental de la constitución debe hacerse para corregir nuestro sistema educativo. Para los prohombres no había nuevo gobierno sin nueva enmienda a la Constitución, y para ser más radicales, hasta era conveniente estrenar Ley Fundamental que borrara todo el ordenamiento legal del antecesor. Todo lo viejo se erradicaba si se tenía la suficiente fuerza

jurídica como para signar la nueva vida, con trazos en la arena legal. Gómez necesitaba su enmienda, si era que Gómez se respetaba a sí mismo como nuevo dueño. Y como en Venezuela los debates de trapisonda son de altura, se buscaban las parentelas universales en las doctrinas más modernas del derecho y en lo que se consideraba los países patrones, guías, última moda, que justificaran los desmanes con la elegancia de los letrados que actuaban a nombre de la civilización. (El cuadro forma parte de la barbarie que combate el maestro Gallegos. Desde entonces, para Gallegos, civilización es educación. Es decir, educación, como ingrediente indispensable para liquidar el desierto, el aislamiento, el caudillismo, la barbarie en fin. La idea de civilización-barbarie de Gallegos se liquida en una geografía educativa).

Pero si la Constitución se refería realmente al país, para la integración nacional, era necesario empezar por corregir nuestro sistema educativo con la más trascendental enmienda, la más fecunda, la que nos garantizara la hechura del hombre nuevo, que en el futuro liquidara definitivamente las bases humanas y geográficas para la dictadura. La enmienda que propone Gallegos va más allá del papel, o por lo menos lo intenta, para una verdadera Constitución Nacional. Aún persiste en las raíces positivistas de la raza, en la herencia, en la determinante étnica, pero le da a la educación el carácter cirujano de eliminarlas. Ya Gallegos paga tributo al positivismo de una manera superficial, porque en el fondo confía más en las características adquiridas para liquidar aquellas que provienen de la herencia. Las fijaciones raciales —según Gallegos— no resisten la variabilidad adquirida en el desarrollo cultural. Y por este camino, niega la tesis positivista; la herencia es

deleznable, lo que quiere decir, que no es un factor determinante y definitivo, y por eso mismo, no es herencia o se trata de una fijación superficial de un cromosoma mutante. Pero lo importante es su insistencia en corregir el sistema educacional y utilizarlo como "un impulso de revolución que necesariamente ha de ser violento", frente a "las fuerzas latentes de la evolución que esperan desde largo tiempo en la inercia". Aquí se refiere a un estímulo, un detonante, un catalizador: la educación es "el factor" que hace saltar la evolución hacia adelante. De paso, acepta la concepción revolucionaria de que la naturaleza sí da saltos y las cosas, por hereditarias que sean —seguimos su esquema— no son eternas y apenas son procesos en desarrollo. Y mientras el proceso evolutivo es lento, "el factor" educación pone a funcionar los elementos revolucionarios, incluso de una manera violenta. Para él, la educación está en el centro del problema venezolano.

Este primer artículo sobre "EL FACTOR EDUCACION" concluye con la promesa de arrojar más luz sobre el problema: "Para ver de lograr estas reformas, trataremos de divulgar las ideas modernas más sensatas á este respecto, tomando para suplir nuestro escaso acervo, cuanto tenga autoridad de criterio recto y experimentado".

El esfuerzo que se impone Rómulo Gallegos es admirable, sobre todo, si tomamos en cuenta que su voz se eleva solitaria en el coro de voces que tiene otros fines y otras miras.

No dudamos que Gallegos directa o indirectamente, establece contacto con los grandes pensadores que abordaron el tema educación desde diferentes puntos de vista, siempre

como un hecho social, reflejo de la sociedad, pero al mismo tiempo, medio, arma, para iniciar el cambio. En las ideas educativas de Gallegos encontramos cierta parentela con Saint-Simón, Proudhon, Comte —en los primeros tiempos—, Durkheim. En el artículo siguiente que comentaremos enseguida, encontramos muchos puntos de contacto con nuestro Simón Rodríguez. Gallegos no nos dice nada, pero las coincidencias son elocuentes.

Con Simón Rodríguez, Gallegos se preocupa por el futuro de nuestra sociedad. Pero un futuro que se forja desde el aula, desde la escuela, desde la formación misma del hombre nuevo de nuestras sociedades americanas. Don Simón y Gallegos miran hacia las futuras luchas del hombre. Esas luchas que comienzan **a armarse** en la escuela. Y decimos **armarse** en ese viejo sentido de tempestad revolucionaria.

VII

UNA EDUCACION PARTIDA EN DOS

La idea inicial, con netos perfiles de lucha de clases, la encontramos en Babeuf: la educación desigual, exclusiva de una parte de la sociedad, como **arma** para engañar y esclavizar la otra parte. Marx y Engels insisten desde el **Manifiesto Comunista**: La educación se parte en dos desde el punto de vista de clase. Pero luego se toman denominaciones donde se trata de oponer como una lucha entre situaciones individuales y colectivas en el hecho educativo. Incorporar el individuo a la colectividad, realizar el milagro socializador en una uniformidad, que como hoy, establezca las normas para la más insignificante conducta cotidiana. Resolver el problema de socializar al individuo. Liquidar a un insignificante ser antígregario para que el cuerpo desarrolle la disciplina espiritual aristotélica de la ordenación y la organización en la medida exacta de la convivencia y llegar en nuestro tiempo al ideal de la UNESCO de establecer las reglas del ocio, del descanso, del disfrute, de la diversión, así como se han establecido las normas del trabajo. Que no escape nada del hombre cotidiano.

(Pero en las grandes ciudades de hoy, la incorporación del individuo a la sociedad, antes que beneficiosa para el hombre y la colectividad, resulta negativa. Los objetivos tribales y de comunidades pequeñas permitían al hombre condiciones óptimas para la sobrevivencia precaria. Hoy parece una incorporación forzada para una vida anti-sociedad. La ciudad de hoy ahoga, hunde, aniquila al individuo social en su trágico cotidiano).

Pero esta educación, que los primeros pensadores encontraron partida en dos por intereses de clase, también se parte en dos, no sólo en lo útil o inútil de la vida —desde el punto de vista de la producción—, sino que también se bifurca en lo que vamos a llamar por comodidad, lo que va a la inteligencia y lo que se destina al espíritu. Es decir, la formación del hombre como ser trascendente y la comunicación que se realiza con el hombre como objeto y sujeto de producción.

(En la preocupación por enseñar algunas nociones científicas y tecnológicas en la educación superior, pareciera dañina cualquiera sensibilidad humanística. Al parecer la presión de la tecnología no admite desarrollos solidarios en el hombre).

Preocupa hoy, como ayer, lo que podemos "encontrar" dentro de un profesional, un técnico, un obrero especializado o simplemente un trabajador, después de pasar por la escuela. (Lo individual y lo colectivo se traduce en condiciones humanas existenciales medidas por la sensibilidad: el hombre no es sólo un almacén de conocimientos, sino, fundamentalmente, un ser humano).

Parece plantearse un conflicto entre la capacidad, la habilidad, la destreza para sobrevivir —digamos: el oficio— y la conciencia. Pero ni siquiera la conciencia de clase, más bien la conciencia nacional, los aditamentos morales de una colectividad con un destino común. Conciencia de nuevo **ser social**, para adaptarnos a la terminología galleguiana. O conciencia de **novedad** latinoamericana como continente de la libertad, para pensar con Simón Rodríguez. El oficio que se enseña está muy lejos de crear esta conciencia. La educación no es integral por muy lejos que llegue en el cuarto nivel. Ella está partida en dos, y hay que buscar la coyuntura en los inicios, en el primer peldaño del calvo terraplén de los primeros pasos. (La educación en la escuela no incorpora al individuo en sociedad, sino que lo **arma** con unos precarios conocimientos que casi siempre lo convierten en enemigo de ella. Se arma un individuo contra otros individuos. Allí anda la crisis).

Esta preocupación la expresan desde puntos de vista, más o menos similares en los fines, Simón Rodríguez y Rómulo Gallegos. La mayor coincidencia la encontramos cuando tratan de establecer un deslinde claro, y verdadero, entre "educación" e "instrucción", que muchas veces se oponen y se niegan. Pareciera el peor contrasentido, la más extraña paradoja de nuestro tiempo, que en el **ideal** de los valores esenciales del individuo en sociedad —tal cual es y ha sido siempre—, en la formación del hombre, para nada se toma en cuenta "el hombre". Pareciera que se le dieran simplemente elementales nociones de **sobreviviencia** a un monstruo. El hombre se pierde en la nueva jungla que reclama una individualización mezquina, ciega, donde el

destino gregario sólo sirve para elevarse solitario sobre un montón de cadáveres.

Veamos las posiciones de Simón Rodríguez y Rómulo Gallegos.

En el cuarto número de **La Alborada**, Rómulo Gallegos vuelve sobre "EL FACTOR EDUCACION", pero esta vez con un subtítulo: **Educación e Instrucción**. El autor comienza con estas palabras:

"Un error demasiado generalizado en Venezuela —aunque en él no ha habido pecado de iniciativa, pues es el mismo que priva en casi todos los pueblos de origen latino— es el confundir la educación con la instrucción propiamente dicha. Esta obra sobre la inteligencia y produce la cultura; aquélla sobre el carácter y forma al hombre, pero de tal modo han sido confundidas estas dos funciones, que bien podemos decir que entre nosotros si apenas se instruye no se educa en absoluto".

Queda claro el hecho educativo partido en dos cuando se distingue **instrucción de educación**. Y mas todavía, cuando se establece que la instrucción "obra sobre la inteligencia y produce la cultura", mientras que la educación actúa sobre el "carácter y forma al hombre". Conocimientos para abrirse paso —no de la mejor manera— en la vida, sin tomar en cuenta, para nada, al hombre. Y un conocimiento por demás restringido, misero, pequeño, repetidor, envejecido, tradicional, imitativo, en fin, dentro de unos prejuicios que muy poco ayudan al hombre a trascender.

Pero desde el principio anotamos coincidencias entre Simón Rodríguez y Rómulo Gallegos. Nos extenderemos con una larga cita de don Simón, tomada de su obra de título extenso: "SOCIEDADES AMERICANAS en 1828 como serán y como podrían ser en los siglos venideros (en esto han de pensar los americanos no en pelear unos con otros).

PRIMERA PARTE "LUCES Y VIRTUDES SOCIALES"

("El conocimiento de las palabras es obligación del que escribe como del que lee").

(Trataremos de respetar la composición tipográfica —a pesar de la ley de economía de medios de nuestro tiempo— porque sabemos la intención del autor, que se desesperaba por encontrar un verdadero ensamblaje, de acoplamientos y ajustes, espacios y blancos, sangrados y diente y sangrados, jerarquización de tipos de una misma familia dentro de la variedad escasa de los talleres de su época, para dar al fondo una forma ideográfica y evitar las salidas por dondearía —grieta de mancha simple— escaparse algo de su pensamiento. Don Simón medita, habla, grita, increpa con su pensamiento a través de la tipografía. Ojalá podamos ser fieles al viejo pensador que siempre se desdobló en tipógrafo).

Simón Rodríguez comienza su INTRODUCCION (egipcio-Nilo, mayúscula estilizada) con estas palabras:

"El objeto del autor, tratando de las sociedades

**americanas es la
EDUCACION POPULAR**

**y por
popular ... entiende...jeneral**

Instruir no es educar

**ni la Instrucción puede ser un equivalente de la Educación
aunque Instruyendo se Eduque**

**En prueba de que con acumular conocimientos, extraños al
arte de vivir, nada se ha hecho para formar la conducta social —véanse los muchísimos sabios mal criados, que pueblan el
país de las ciencias. Un filósofo puede hablar de la estrategia
con propiedad, y no ser, por eso, soldado.**

Tampoco son medios de jeneralizar

**ni pueden suplir por ellos
los continuos actos de publicación que se hacen
enseñando en Escuela, Colegios y Universidades,**

**ni los de divulgación
que se hacen por prensa**

lo que no es jeneral

sin excepción

no es verdaderamente público

y

lo que no es público no es social

Se divulga todo lo que se difunde en el **vulgo**

por medio de **pregones, carteles o gacetas**

pero no se **jeneraliza** sino lo que extiende

CON ARTE para que llegue **SIN EXCEPCION**

á todos los individuos de un cuerpo.

Extender con arte será, no solo hacer que

TODOS

sepan lo que se dispone

sino proporcionar

JENERALMENTE

medios de hacer efectivo lo dispuesto:

y todavía, será menester declarar que
la posesión de los medios
impone la obligación de hacer uso de ellos

Todos los gobiernos saben (cuando quieren) **jeneralizar** lo que es, ó lo que les parece conveniente; pero solo un **Gobierno ilustrado** puede **jeneralizar** la instrucción... digase mas..., lo debe porque sus luces lo obligan, á emprender la obra de la ilustración con otros —y le dan fuerzas que oponer, a la resistencia que le hacen los protectores de las costumbres viejas.

Rousseau desaprobaba la instrucción **jeneral**, porque temía sus efectos: no le faltaba razón: —Instruir no es **Educar** (se ha dicho): los conocimientos son **armas**, de que, por lo regular, se sirve, contra la sociedad, el que no la conoce: y bien puede el mejor hombre del mundo perjudicar... y hasta ofender... por ignorancia: los malvados lo hacen siempre, al favor de las malas instituciones.

Con los conocimientos divulgados hasta aquí, se ha conseguido que los Usurpadores, los Estafadores, los Monopolistas y los Abarcadores, obren legalmente —que sepan formar cuentas, y documentarlas— enjuiciar demandas —ganar y eludir sentencias— en fin, que abusen impunemente de la buena fe, y se burlen de los magistrados. Desde que se han extendido los conocimientos en química y en el arte de grabar, ya no hay arbitrio que baste, para impedir la falsificación de moneda, en metal o en papel: difúndase, un poco más, las habilidades en que fundan las naciones cultas

sus preferencias, y los salteadores llevarán los libros de sus negocios, en partida doble.

Solo con la esperanza de conseguir que se piense en la **educación del pueblo**, se puede abogar por la **instrucción general**:... y se debe abogar por ella; porque ha llegado el tiempo de enseñar las jentes á vivir, para que hagan **bien** lo que han de hacer **mal**, sin que se pueda remediar. Antes, se dejaban gobernar, porque creían que su única misión, en este mundo, era obedecer: ahora no lo creen, y no se les puede impedir que pretendan, ni (...lo que es peor...) que ayuden a pretender".

Desde las primeras palabras vemos los mismos conceptos que maneja Rómulo Gallegos en la bifurcación del hecho educativo: instruir no es educar. Pero en Simón Rodríguez se manifiesta una interrelación, una comunicación recíproca, cuando establece la diferencia de términos, pero concluye que **Instruyendo se eduque**. No se aísla la instrucción de la educación ni constituyen entidades cerradas la una para la otra. Simón Rodríguez busca el punto donde se diferencian para conducirlas hacia la convergencia de esa unidad contradictoria que es el hombre mismo en la educación de masas, **la instrucción general**.

Pero nos interesan también varios razonamientos de don Simón. Tiene grandes contactos con Babeuf, cuando a la instrucción, por los conocimientos que entraña, le da categoría de **armas**, de quienes la adquieren contra el resto de la sociedad ignorante. Armas que en los usurpadores, estafadores, monopolistas y abarcadores —con los que don Simón engloba las individualidades nefastas de toda socie-

dad— sirven para burlar, para delinuir, digamos, con un instrumental superior, difícil de erradicar. Y **armas** en manos de un gobierno ilustrado —en las nacientes repúblicas enguerrilladas—, frente a la reacción manifiesta en la resistencia de quienes se convierten en protectores de las viejas costumbres. Es decir, de los conservadores del viejo coloniaje, del viejo vasallaje, en todos los órdenes, de la actividad social. Y **armas** también —tal como lo ha desarrollado Gallegos anteriormente— para que las gentes que antes se dejaban gobernar “porque creían que su única misión, en este mundo, era obedecer: ahora no lo creen. Y hasta pueden convertirse en pretendientes del poder...” Como lo afirma don Simón.

Para don Simón una acumulación de conocimientos (instrucción) no enseña el arte de vivir (educación). Pueden lograrse los conocimientos necesarios para falsificar, incluso, pero no para la conciencia de vivir en sociedad adelantando el progreso.

(Simón Rodríguez está más cerca de Babeuf, los utopistas y las nacientes repúblicas de la libertad. Simón Rodríguez estaba más cerca de creer en la educación como invento de la libertad, si se tienen los cuidados necesarios para evitar la contaminación en una mezcla con la ignorancia).

Volvamos a Gallegos:

“En nuestras escuelas se adquiere á veces un bagaje de conocimientos más ó menos útiles i casi siempre un título decorativo con el cual podemos abrirnos paso en el camino

de fracasos de una profesión; pero nunca se logrará sacar de ellas el tesoro de un carácter bien acrisolado ni una voluntad sabiamente cultivada".

Simón Rodríguez es más sarcástico cuando dice: "con los conocimientos divulgados hasta aquí, se ha conseguido que los Usurpadores"... etc., se doten de conocimientos para embaucar. Una parte —mínima— de la sociedad, se **arma** contra la otra parte. Se arma una élite que se refina, en esencia, para sus trampas.

Para Gallegos es una instrucción para "abrirse paso" a codazos en la contienda entre "fuertes" y débiles, como si se tratara otra vez de la ley de la jungla. Es otra guerra con medios distintos de destrucción en la confrontación de dos culturas. Porque no se cultiva —con la divulgación de estos conocimientos— lo mejor del hombre. El tesoro continúa escondido en el "sabio" de Simón Rodríguez y en el "doctor" de Rómulo Gallegos: no llega ni al carácter ni a la voluntad... la colectiva, la comprometida en sociedad, la esencial para la nacionalidad, con soberanía y dignidad.

Ambos educadores, sin duda se plantearon las mismas interrogantes:

¿Cuál es la instrucción y hacia dónde va dirigida?

¿Cuál es la finalidad cuando se comienza en la tabla rasa del niño y la nación?

¿Qué queda del hombre después?

¿Con eso fundamos una nación que ha escogido la libertad como condición de su existencia?

¿Se trata de la educación de los estafadores, de los maulas, de los escogidos para reinar sobre la ignorancia?

Para Simón Rodríguez y Rómulo Gallegos está claro que, hasta el tiempo de cada uno, la educación ha dado como resultado final unas **armas** solamente para engañar, para estafar, para trampear, con uno que otro bártiz en el arte de vivir por la ley de la correlación.

Pero volvamos a Simón Rodríguez, sin dejar de lado los artículos de Gallegos que hasta aquí hemos comentado:

"Si fuera posible mantener... nó á los más de los hombres, sino... á TODOS en un estado de ignorancia, que supliese por el de inocencia —si fuera posible despojarlos de los medios de resistencia que han adquirido... sencillos é inermes, el más inadvertido, ó el menos débil que se levantase entre ellos, los gobernaría sin trabajo; pero no es permitido apelar á deseos".

¿No es acaso la dictadura caudillesca (ilustrada por los doctores) sobre la base del país de los ciegos? El menos débil, el más hábil, el más conveniente e ignorante del juego palaciego —a veces— se levanta y los gobierna, o como antes ha dicho don Simón —y Gallegos lo usa muchas veces— ... "y bien puede el mejor hombre del mundo perjudicar..."

(Pero aquí no se trata solamente de ilustración frente a los ignorantes en esta república de la utopía. Se conjugan

habilidades, manipulaciones, conveniencias, fuerza, violencia, empuje de esa fuerza).

Y de la misma manera abordan los trasplantes, que no es un fenómeno actual, de nuevo rico, sino que ya lo era cuando nos iniciábamos como países pobres (la riqueza no ha podido despojarnos de nuestra pobreza espiritual, al contrario, se ha acentuado en las ínfulas que da el facilismo y el dinero: mientras más ricos, más pobres diablos en nuestras propias búsquedas). Sobre los trasplantes dice Gallegos:

"Poseemos un programa de enseñanza en el que se ha procurado copiar cuanto hay en los de extraños países, nutridos de materias, superabundantes de nombres de ciencias, de las que apenas se llega á poseer las nociones i con una cátedra i un texto para cada una, en perjuicio de la misma cultura intelectual que necesariamente ha de ser superficial i efímera, pero apenas si hay un párrafo entre sus muchas cláusulas consagrado á la edificación del carácter, al cultivo del hombre".

Y Simón Rodríguez por su parte dice:

"Cualquiera de los adoptados hasta aquí en América (se refiere a los modos), adultera la instrucción. ¿Qué será si se admiten, sin reserva, los muchos que se presentan cada día con la recomendación de europeos? No se alegue la sabiduría de la Europa (argumento que ocurre al instante): porque, arrollando ese brillante velo que la cubre, aparecerá el horroroso cuadro de su miseria y de sus vicios —resaltando en un fondo de ignorancia...".

Un rechazo total a la imitación, la copia, los trasplantes, en una palabra, al nuevo colonaje cultural. No dejarse engañar por el brillo aparente y apabullante, por copiar lo que hay "en extraños países". Ni con los nombres de las ciencias para las que apenas se levanta una cátedra con un texto caído del cielo, en perjuicio de la misma ciencia, que a veces se inicia con modelos inspirados en los recetarios y catálogos divulgativos. (Ciencias en discusión, en pañales, en dudas para el avance y la creación que pueden convertirse en cátedras de la más segura ortodoxia para quedarse en la conservación de unos principios que aún no están establecidos. Ciencias en las primeras hipótesis que se transforman en tesis en las cátedras precarias).

Tanto don Simón como Gallegos no ven en la imitación y los trasladados a ultranza, sin asimilación, sin comprensión de la realidad y la necesidad del país, el hombre nuevo para la nacionalidad, la ciencia y la tecnología. Porque en su universalidad, Simón Rodríguez —que se sabe en el momento de construir naciones sobre bases nuevas, después de ser un andarín por las viejas tierras que se trajeron de remozar— se ve en la necesidad de proclamar, aunque no lo oigan los oscuros oídos provincianos:

"La América no debe imitar servilmente sino ser ORIGINAL".

Imitar servilmente, siervos de otras nacionalidades... pero no quiere decir ni en uno ni en otro, cerrarle el paso al pensamiento universal, al acervo de conocimientos acumulados por la humanidad a lo largo de su existencia, en todas las nacionalidades posibles e imaginables, sino, dejar de ser

serviles en la creación, la ciencia, la técnica, la dignidad, la libertad, y construir con todo eso, nuestro mundo original. Sobre todo don Simón —que se cree en el deber de crear nacionalidades— ve claro que el camino es **original** para evitar contaminaciones, pero no quiere decir —en su posición socialista, más pragmática que utópica, desde el punto de vista de su teoría— que se cierran los ojos y se parte del cero, de la nada, como recién nacidos, aisladamente, y en una nueva utopía. Ni en uno, ni en otro pensador está el aislamiento como base de su pensamiento de originalidad. Por el contrario, ellos son fruto de la universalidad que niegan las imitaciones, las falsificaciones, las entregas boquiabiertos a lo extraño, por el hecho mismo de ser extraños. Para ambos maestros necesitamos una educación con el **HOMBRE** (con mayúsculas) como centro.

(La originalidad no quiere decir, en ambos, aislamiento en la ignorancia: cerrarnos al conocimiento universal. Precisamente, es todo lo contrario, porque requiere de todos los avances de la humanidad. Pero las humanidades y las ciencias no deben constituirse en un elemento vivo del colonialismo).

Y los programas de conocimientos desconocen el **material hombre** que espera latente en el nuevo hombre que se ha dado en la tierra, precisamente en esta parte convulsionada del globo. Don Simón y Gallegos insisten en la formación del hombre. Por ahora seguimos con este último, en lo que se refiere a la edificación del carácter, al cultivo del hombre. Así siguen sus pensamientos:

"I cuando lo hay mejor sería que no lo hubiera. Porque si la letra del sistema ya lleva un vicio en sí mismo, si la teoría

implica un contrasentido, su aplicación práctica, por el modo torpe conque es realizada, produce resultados negativos.

"Esto proviene de que al elaborar tal programa de enseñanza, no se ha pensado un momento siquiera en quiénes han de recibirla —no queremos decir en quiénes han de darla, por más que necesitan ser tenidos en cuenta—. No se ha consultado la condición, de raza digamos, de los educandos, perezosos, i frívolos por naturaleza, ni las influencias del medio, atendiendo al clima i costumbres sociales, circunstancias todas que excluyen la contracción necesaria para que una tal labor escolar sea cumplida en el corto espacio de tiempo señalado".

Y a falta de una caracterización más compleja y científica de la realidad, Gallegos se vale del señalamiento de factores: sistema teórico en oposición a la aplicación práctica en una relación educador-alumno, conformación-materiales y ambiente, medio físico, cultural y hasta ancestral. Todos analizables desde otro prisma. Y a la luz de las nuevas doctrinas, las desmenuzarían para establecer en el centro las condiciones económicas, políticas, sociales, ambientales que van desde la realidad nacional, hasta la local y familiar y más allá, hasta los núcleos elementales o celulares, según la profundidad de la exploración. Y más todavía, se incluiría también la otra educación, paralela, fuera de aula, que ahora no se puede llamar asistemática, en la que estriba la mayor servidumbre y que se puede agrupar en los medios de comunicación social y fundamentalmente en radio, cine, TV, cassette, disco, afiche, velocidad, droguería (fuera de licencia oficial), policía, represión, juventud, incomprendisión, pornografía, fotoamor, muñequitos, suplementos, etc. Una educa-

ción que se escapa cada vez más del maestro, de la docencia ejercida por el Estado, por la municipalidad, por la familia, por los partidos, por el deporte y por la cristiandad. Una educación donde el menos educador es el maestro, que apenas establece insignificantes contactos de vida, frente a la gran convivencia e influjo de los demás elementos señalados. El proceso educación, hoy, se escapa de sus ductores. Y todas las familias se llevan un maestro —por decirlo así— a casa que echa por tierra sistemáticamente lo poco que se trataba de dar con el viejo y gastado sistema educativo que sobrevive a duras penas en la Escuela. Se ejerce una enseñanza masiva sin escuelas, sin dirección idónea nacional, sin control del Estado como gran docente y los objetivos señalados en teoría dan otros resultados en la práctica. Y aquí vemos otra vez la educación partida en dos, contradictoria, conflictiva, que da por resultado esa unidad-hombre que tanto alarma.

(Para hablar solamente de un caso: mientras los maestros se empeñan en un desarrollo idiomático más o menos oficial —en tres o cuatro horas semanales— la radio y la T.V. trabajan las 24 horas del día por crear su propio sistema de signos y símbolos, de habla y léxico, y con ello, unos valores extraños a la condición mayor del hombre).

Gallegos buscaba, con los medios de que disponía, lo que se acercara más a la realidad, para no caer en el fango pedantesco, de calco, que dejaba otra vez el espíritu vacío.

"Pero nada sería esta inadvertencia —dice Gallegos—, de los que elaboraron el método sin pensar en los que habían de cumplirlo, si en la práctica el maestro la supliera con su habilidad de pedagogo, sino que por el contrario i en la

mayoría de los casos, su poca experticia ó su ignorancia crasa, tocante á psicologías, le hace cómplice del sistema. La pauta señalada le exime de iniciativa i si en algo entra la suya, es para imponer su propio concepto, por probado de absurdo que esté i aunque bajo esta presión sean abatidos muchos nobles vuelos.

"Por lo demás, todo es enseñar, leer las materias indicadas en el código, hacer que los alumnos las repitan tal como están en los absurdos textos, i aunque no las comprendan, **representar** un exámen que en nada pulsa lo que hay de maduro en la razón, contentándose con probar lo que hay de fresco en la memoria, i luego conferir un título que para nada sirve porque en nada mejora, como no sea para alimentar la vanidad de quien lo lleva".

Se juntan un sistema inadecuado y un maestro ignorante.

Pero, sobre todo, se da la educación-loro porque el maestro se limita a leer las materias indicadas: enseñar, imprimir mal —diríamos sin registro, en el lenguaje tipográfico—, repetir, repetir: loros —niños, loros— profesionales. Y el manual es un catecismo, donde el maestro dirige el rosario para que nadie salga o salte del texto en desarrollos propios por saturación o por lógica derivación. Y se liquida la razón, la iniciativa, la imaginación es subversiva. Y no hay creación. Y Gallegos llama justamente a los exámenes como un hecho a **representar**: una obra de teatro donde se es actor sin actuación. Es el drama donde al final muere la inteligencia. Se realiza una prueba de memoria: la capacidad para retener el hilo, que si se interrumpe, hay que comenzar otra vez porque se trata de una actividad mecánica. Y no hay

diosa-razón sino diosa-memoria, monumento a la repetición imitativa que en nada nos concierne ni deja nada. Para dar un título "que nada sirve porque en nada mejora", salvo la vanidad. Título que debiera ser "a la memoria" como si se tratara de un muerto. O de la muerte de tantas cosas.

(¿Este "leer las materias indicadas en el Código", no fue también una razón más para la salida de Gallegos de la Universidad? Hoy también habría abandonado la Escuela de Derecho, donde aún se lee el mismo Código, casi sin comentarios ni jurisprudencias).

Y como hablamos de títulos —Gallegos se refiere más adelante al mismo tema—, creemos conveniente citar el Mensaje del Presidente Andrade presentado en 1899 (27 de febrero) cuyo resumen tomamos de Ramón J. Velásquez en su libro **LA CAIDA DEL LIBERALISMO AMARILLO**. He aquí la cita:

"Al referirse a la Instrucción Pública, considera el Presidente Andrade que ningún asunto, entre los de trascendencia vital para un pueblo, tiene la importancia del educativo. Lamenta que en Venezuela las Universidades y los Colegios de primera categoría, que también conceden títulos universitarios, no lleguen a la altura que les corresponde pues solo ofrecen a las inteligencias jóvenes del país, largos años de áridos estudios escolásticos, conocimientos inútiles, porque ya están relegados en la gran corriente de los tiempos modernos, o porque nuestros recursos sociales no alcanzan para emplear la ciencia de todos los Profesores que nuestras Facultades gradúan. Propone a la consideración de los legisladores un interrogante que plantean muchos pensado-

res modernos sobre la utilidad de las Universidades y Colegios de enseñanza superior organizados conforme a los planes tradicionales de estudios. Andrade comparte esta preocupación y declara ante el Congreso Nacional que 'es urgente sustituir algunos de esos establecimientos de aprendizaje académico y especulaciones metafísicas, por escuelas de artes liberales y mecánicas, que pongan a los venezolanos en capacidad de vivir con independencia por la adquisición de conocimientos provechosos'. Se refiere a la tendencia de suprimir los llamados Colegios de Primera Categoría que funcionan en numerosas capitales de Estado. El Jefe del Estado comparte la tesis de la supresión y expresa sus puntos de vista: 'La verdad es que esos Colegios carecen de condiciones para subsistir con eficacia. Ellos pueden como las Universidades conferir grados de Doctor en todas las ciencias; y por regla general, no se encuentran en los lugares en donde funcionan, doctores bastantes para constituir las Facultades que la ley requiere'. Pide a los legisladores destinar en el Presupuesto Nacional para 1900 las partidas necesarias para la creación de Escuelas de Artes y Oficios, de Agricultura y de Veterinaria, pues en su concepto esta clase de institutos constituyen 'piedras angulares del engrandecimiento de la Patria'. Se refiere a la importancia de las labores realizadas por el Primer Congreso Pedagógico Nacional reunido en Caracas el año de 1898 y formado por los más distinguidos educadores venezolanos e informa de la creación del Consejo Superior de Instrucción Pública, como cuerpo de consulta en el ramo y formado por tres secciones: la primera correspondiente a la Instrucción Primaria; la segunda dedicada a estudiar los problemas de la Instrucción Superior y Secundaria y la tercera correspondiente a la Instrucción Industrial y de Bellas Artes. Y finalmente en

materia de investigación científica y de asistencia médica a la colectividad anuncia la fundación del Instituto Nacional Janner dedicado al estudio de la microbiología en toda su amplitud, y consagrado a la preparación de los sueros y demás líquidos orgánicos que tan importante papel juegan en la medicina moderna; y particularmente de la Linfa Vaginal en cantidad bastante para toda la República y para poder hacer efectiva la vacunación declarada de antemano obligatoria".

(¿No es el mismo planteamiento de hoy, con todo y "la revolución educativa"? ¿No es la misma crisis? Y la agricultura, la cría, el petróleo —el desabastecimiento— ¿qué plantean hoy?).

No creemos necesario ningún comentario adicional. Pero sí debemos destacar que la preocupación de los más eminentes educadores de finales de siglo los llevó a reunirse en asamblea nacional para discutir los problemas que ya no se podían ocultar. Por otra parte, el Presidente Andrade recoge los planteamientos en su mensaje y anuncia una programación para cambiar el sistema educativo, que se quedó en palabras vacías que pocos meses después recordaba en su exilio.

Lo importante, ahora, es que Gallegos no desconoce las conclusiones de los educadores de finales de siglo, tampoco, y mucho menos, el mensaje del Presidente Andrade. Como maestro, no se conformaba con las clases diarias, sino que trataba de profundizar en la materia —tal como lo anuncia al final de su primer artículo, con la discusión nacional y los aportes que había logrado la experiencia internacional.

Andrade toma todo del Primer Congreso Pedagógico Nacional, que a su vez se inspira en ideas de Simón Rodríguez. Por eso propone las escuelas artesanales y la renovación de la educación en base a las necesidades nacionales (erradicar el academicismo y la metafísica, nos recuerda la reforma propuesta por Simón Rodríguez cuando se inician en cero nuestras repúblicas). Dado que somos —en esos momentos— un país agrícola y pecuario, nuestro esfuerzo fundamental, en la instrucción, debe estar dirigido hacia la formación en las ramas de veterinaria y agricultura. A un país agrícola y pecuario corresponde una formación de su juventud en estas facultades y escuelas, si es que realmente tenemos conciencia de nuestras necesidades productivas.

(Hoy, tarde, pero no al final del camino, existe la preocupación por la educación petrolera; enseñanza, instrucción, educación, preocupación que debe empezar desde el kindergarten, con los juguetes mismos, que deben ser el remedio de esta actividad humana, fundamental para la vida).

Gallegos, por su parte, nos ha informado que de nada sirve lo que se enseña, como no sea para conferir un título. No se trata ya de la formación espiritual; es que, independientemente de la manera como se desdena al hombre, la instrucción no prepara a nadie para sacar de la crisis la producción de la cual pretendemos vivir. Tampoco es una acumulación de conocimientos acordes con las necesidades del país. Por un lado marcha la producción y por otro lado la educación:

Por eso insiste:

"Esto nos dan en nuestros planteles de enseñanza, desde la escuela parroquial hasta la Universidad i solo esto pedimos, si algo más se nos pretendiera dar, quizás costara caro á los innovadores.

"La rutina lo ha consagrado, está bien por esto mismo i además resulta tan cómodo, seguir las costumbres establecidas i tan enojoso sería pensar en reformas, que bien pagado está el mal que nos aportan con la comodidad que nos proporciona su cumplimiento".

El mal no se limita a un área de la enseñanza, no tiene linderos y abarca todo el universo que va de la escuela parroquial hasta la universidad. Una crisis que lo envuelve todo y que reclama una solución integral. Para algunos gobernantes el mal podía encontrarse en la primaria, como un problema cuantitativo de alfabetización, de desasnar sin importar los modos que llevan en sí el germen de la dictadura, de la sumisión, de la esclavitud espiritual. (Alfabetizar, pero no como medio de liberación, como empresa revolucionaria, sino para lograr mejores posibilidades de explotación, en una industria donde no rinde el analfabeto). O, sencillamente, en los Colegios de Primera Categoría que carecen del número de doctores suficientes para hacer doctores a su vez. O la falta de enseñanza utilitaria desde el punto de vista de la producción (se producían "los doctores muérganos" en suficiente cantidad para la parte luminaria de las hordas). Pero Gallegos ve todo el organismo enfermo y moribundo desde el punto de vista de la cantidad y la calidad, donde el comején de la rutina hace sus estragos. Y hay un acostumbramiento comodón, suficiente, estéril, donde cualquier reforma naufraga, porque

no hay quien la cumpla. La reforma trae consigo la luz roja de la incapacidad y la comodidad escolástica de más vale viejo conocido que nuevo por conocer, en el que se afellan los espíritus vacíos de futuro y de arrojo. La única pasión es el enmohecimiento, que nazcan orines a los conocimientos, porque mientras más repiten en la rutina, parecen ir más lejos... en el atraso. De allí esa imagen de doctores herrumbrosos y conservadores, rutinarios en su andar y vestir que todavía huelen a naftalina después del 36. Gallegos concluye este artículo con un gran inventario:

'De allí que cuando se han iniciado reformas, apenas se han cumplido enmiendas de carácter secundario, que sólo tocan al aspecto exterior i no la cosa en sí. Algunas veces i cuando se quiere ser más sensato, se ha alargado el plazo demasiado corto; otras veces, todo se ha reducido á aumentar la nómina de lo que se debe aprender; i el problema siempre en pie: la educación olvidada, como si más necesitara la sociedad de Doctores que de Hombres, como si no hubiera muchos de aquéllos i pocos, muy pocos de éstos".

Se nos ocurren dos interpretaciones de la cita anterior: una, relacionada con la escuela y, otra, con el país mismo. Lo de iniciar reformas, tanto para la escuela como para el país, ha sido sobre la base de enmiendas. Para la república, en la letra de la Constitución o las leyes, en la educación, en el sistema. En ambos aspectos estas reformas son de carácter secundario, sin tocar el fondo del asunto, en el aspecto exterior: se alarga el plazo (período constitucional o provisional o de facto), demasiado corto para las ambiciones que se disfrazan de sensatez. Es decir, cuando se es sensato, quiere significar, que no hay que correr riesgos y que pueden evitarse las

relaciones que provoquen nuevos acomodos a los acomodados. Lo mismo ocurre con el globo de los Estados que se infla o se desinfla según los intereses momentáneos. Si se quiere romper el esquema del caudillo anterior, que deja sus fichas en guarniciones y Estados, se crean unos nuevos o se achican. Pero el problema educacional sigue en pie.

Y lo que ocurre con las reformas para toda la república también sigue las mismas normas en el terreno de la educación. Y más dañino todavía en este plano, cuando al tratarse de la educación, las reformas no se cumplen y se sigue en la misma rutina. La cosa en sí no se toca —y sin entrar en mayores profundidades filosóficas—, y sólo se merodea en los alrededores del problema que luego pasa a un segundo plano. Porque no tiene importancia decisiva. Porque no crea poder y, por el contrario —con las reformas—, puede convertirse en un antipoder tradicional y caudillesco. Gallegos no puede dejar de reflejar la realidad nacional, de momento, en su conjunto, aun en el tratamiento de un aspecto determinado de esa realidad. Como novelista, como artista, tiene la facultad de relacionarlo todo. Y más —en su caso— cuando pone la educación en el centro de todo. (Reformar para aumentar los programas o seguir una moda. Cambiar el recetario de píldoras y la mejor manera de hacerlas tragar. Reformar sin objetivos claros para un verdadero proceso educativo. ¿No estamos acostumbrados ya a las reformas de nuestra ley de educación?).

Pero lo más tajante de Gallegos está cuando se refiere al resultado cumbre de la educación: **doctores** en lugar de **hombres**. En el momento histórico en que vive —y en el que generalmente hemos vivido en Venezuela— la sociedad

necesita más de hombres que de doctores. Sobran éstos, hay demasiados para las necesidades y muy pocos para el momento que vive el país. Los doctores son culpables también, ¿acaso no lo recordamos siempre en las palabras de Reinaldo Solar sobre la Universidad? Hombres —pero no en el sentido del machismo caudillesco nefasto—, tal como lo ha venido planteando Gallegos en sus artículos y que creemos haber dilucidado ya. Hombres, porque pareciera que tal virtud se pierde cuando se llega a doctor. Hay un desgaste espiritual sino, más bien una intervención educacional para que el hombre no se desarrolle. Un poco aquello de doctor y acomodo en la obediencia a un hombre a quien se endiosa y se compara con los libertadores, los héroes y los dioses para liquidar ciertos escrúpulos. Ennoblecidos con falsos heroismos o justificados como necesidad por los filisteos togados inescrupulosamente para la adulación.

—¿Cuáles han sido las reformas que han hecho los doctores?
Parece preguntarse Gallegos.

—¿Hasta dónde nos han permitido avanzar con sus reformas?

—¿Cuál su lección de dignidad?

Ya se ha reformado tanto la Constitución que ni falta hacen los doctores. Cualesquiera puede remitirse a una de las viejas reformas y acierta jurídicamente.

Y hombres, en el verdadero y enorme sentido de la palabra, para la creación, para la esperanza, para la vida a fuer de insistir en la profunda piedra de la voluntad con la

educación, para extraer lo mejor hasta de sus flaquezas, lo más puro y real, no hay, no se logra, con el título de doctor. Y tampoco puede contabilizarse.

Las palabras finales del artículo de Gallegos son para insistir que la educación anda de cabeza y hay que invertir los términos:

"Será necesario invertir los términos, pensar más en educar que en instruir, restar inteligencia al lauro para sumar voluntades á la Nación, y para esto, trocar los modelos, reformar los códigos i torcer los rumbos. Distanciarnos del sistema de educación que rige en los pueblos latinos, de donde copiamos el nuestro, para acercarnos en cuanto sea posible al de los sajones que estiman en más las cualidades del carácter, menospreciado por nosotros".

En la inversión de los términos —ese trocar los modelos— vuelve al planteamiento inicial de la educación como formación básica del hombre. Rescatar al hombre del lauro. Realizar el trabajo que no establezca como finalidad cierto doctorado, mediante un apocamiento o un hundimiento total del espíritu. Hacer que prevalezca la razón sobre la memoria. Buscar en otras áreas de la individualidad, para desarrollar una unidad nacional que nazca desde las bases mismas del elemento humano que constituye un país.

Pero Gallegos cae en la oposición latino-sajona en pago a una vieja leyenda entonces en boga. La misma que hoy priva en algunos reformadores, pero con argumentos distintos a los de Gallegos: buscar el espíritu pragmático en oposición a lo que se ha llamado una secuela del humanismo.

Pero ello estaría fuera del planteamiento galleguiano que trata de empezar la reforma, partiendo de nuestra propia realidad y sin pagar ninguna tributación colonialista, sin permitir la continuación de una imitación vacía. Donde lo importante siempre ha sido imitar y no otra cosa.

Y de nuevo nos encontramos con la educación partida en dos, cuando se plantean las cosas desde el punto de vista del pragmatismo o del humanismo. En el hecho educativo de hoy, pareciera que aún no se encuentra el punto coyuntural de entronque. O para decirlo en un lenguaje más apropiado: pareciera que en el desarrollo paralelo —el paralelismo ya es, en esencia, una división extraordinariamente prolongada—, una línea le toma la delantera a la otra, y en la atrofia de uno de los rieles se atrofia toda la vía nacional.

(La acusación al proceso educativo venezolano —latino al decir de Gallegos— sobre una marcada deriva humanística, hoy parece sin fundamento. Recientemente, Héctor Mujica, en un artículo publicado en "El Nacional", denuncia un hecho extraordinariamente alarmante: ninguno de los estudiantes que ingresaban a la Escuela de Comunicación Social había leído un solo libro completo, ninguno del siglo de oro, nada de Gallegos o cualquier otro autor clásico venezolano. Y por allí comenzaba nuestro humanismo. En la idea de la "educación sajona" no hemos logrado ni hombres de tornillo —por decirlo así— ni hombres de letras. La crisis educativa ha tenido la virtud de apagar las dos velas; la del humanismo y la del pragmatismo. Hay más: la enseñanza de nuestra historia —como memoria de la nacionalidad— tampoco ha sido buena. Hoy casi nadie sabe —entre nuestros jóvenes— qué somos, hacia dónde vamos).

En general, en esta crítica al sistema que hace Rómulo Gallegos, vemos una relación entre el hombre y los conocimientos, con desprecio del primero. Sin embargo, esos conocimientos tampoco tienen una íntima proyección entre la instrucción y la economía, como sí aparece en el informe Andrade, por lo menos en teoría. No se corresponde la economía a la instrucción. Y también aquí vemos la educación partida en dos: de un lado el qué hacer para la producción y de otro los conocimientos impartidos en la escuela, ajenos a esta producción.

La filosofía educacional de Gallegos nos habla de la preparación para el futuro, para las luchas futuras del hombre, pero no se especifican, salvo cuando las relacionamos con la libertad, y con la educación antitiranía.

En la crítica al sistema, Gallegos descubre cómo la educación, o más bien la instrucción nos lleva a la producción de doctores. Pero doctores como culminación y síntesis del producto del colonialismo español: clérigos, letrados, tenedores de libros, preceptores, un poco con los pies fuera de la tierra. Pero doctores, en fin, que juegan un papel al lado de los tiranos igual que lo jugaron al lado del régimen colonial.

La educación se parte en dos cuando se instruye un venezolano para la tiranía, dejando de lado todo el potencial que requiere la nacionalidad para su desarrollo.

Y una parte de esa educación se convierte en cuna de tiranías y despotismos, en fuente de dependencia colonial y subdesarrollo.

Nuestra educación es casi la culminación del antidesarrollo.

VIII

UNA MEZCLA DE SERVIDUMBRES Y REBELDIAS

En el número V de **La Alborada** no viene el artículo por entregas de Rómulo Gallegos sobre "EL FACTOR EDUCACION". Se siente, se nota la ausencia del titular, pero se aprecia de inmediato la atención pedagógica de todo el material de la edición, sobre todo, de lo escrito por Gallegos. No fue un agotamiento por cansancio. Ni mucho menos un instante de desaliento, de desconcierto al saberse hasta allí protagonistas de un diálogo de sordos: simples palabras para llenar un pesado silencio. (El contenido periodístico —sobre todo, la opinión, el análisis— sufre frecuentemente crisis de inmediatismo; parece no conducir a nada, no llega a nadie y apenas sirve para un barniz de civilización en la barbarie).

En **La Alborada VI, VII y VIII**, Gallegos continúa fustigante, reiterativo, crítico, más claro aún, con el tema educación. Varía un poco su posición tajante y rotunda sobre la educación como causa de todos los males y también como remedio —con la reforma—, para crear, desde la escuela, el mejor de los mundos posibles. No llega a la conclusión nueva y definitiva, de nuestro tiempo —sostenida por los educado-

res más avanzados—, de que, previo al proceso revolucionario de la escuela, hay que hacer la revolución. Pero llega cerca. (La educación, la escuela, no es un proceso fuera de la lucha de clases. No es un islot en el conflicto de las sociedades). Al menos ve Gallegos, cómo la escuela está al servicio de una determinada organización social. La escuela enseña a una convivencia en dictadura —descubre el maestro Gallegos— en la crítica suya al factor educación.

(Pero ¿es acaso la educación un problema simple de formación ciudadana para la democracia o la dictadura? ¿Resolver este dilema genera todo lo que se denomina en el lenguaje violento la conquista de la felicidad? La línea que traza la realidad es menos elemental. Somos una pequeña humanidad dominada por el demonio petrolero. El azar trazó los hitos de esta línea: nos domina un ambiente de captura fortuita. Cualquier paso puede conducir a la insólita riqueza: un lunes amanece un millonario de 5 y 6 en las patas de los caballos que ya no traen caudillos, sino nuevos ricos de ilusoria instancia. Y allí no juega ningún papel el ciudadano para la democracia o la dictadura. La educación se plantea así para unos ciudadanos que no se incorporan al trabajo, a la producción, a la felicidad, mas bien es una incorporación al azar, a la lotería milagrosa en todas sus manifestaciones. La educación o la instrucción es como una iniciación en la suerte, en la fortuna y nada más. Para la otra, la que atañe a la felicidad de todo un pueblo se requiere la revolución).

En el número V de **La Alborada**, Gallegos y sus camaradas de la luz, necesitan todo el espacio de la revista para esclarecer algunas cosas del debate cotidiano. El grupo de **alborados** reflexiona sobre acontecimientos que reclaman

una clara y categórica posición. El momento presente — saludado en la entrega inicial como alborada — empieza a oscurecer. La alborada no se prolonga, no se proyecta más allá del tiempo efímero que requiere la tiranía para cambiar de tirano. Mejor diríamos, para retomar fuertemente el hilo de la tiranía. Una alborada que apenas es un relámpago en la oscuridad.

La esperada reacción, la inclinación de la balanza hacia el lado dictatorial, da pasos definitivos. Ya no se puede engañar a nadie.

En la semana que va entre el 7 al 14 de marzo se dan los primeros pasos para liquidar la libertad de expresión. Y no hay ninguna timidez, ningún temblor ni vacilación para comenzar a liquidar algunas manifestaciones de opinión. La tiranía necesita una sola opinión. Rómulo Gallegos, en el número V de **La Alborada**, no escribe sobre el factor educación, pero editorializa, con una lección de opinión, sobre la prensa. El editorial se llama **EL CUARTO PODER** y lleva una interrogación entre paréntesis, al final se duda del tal poder. Como si dijera, podría haber sido **cuarto poder** en unas condiciones de pureza intelectual, pero no en el ambiente contaminante. El **cuarto poder** se convierte en debilidad de adulación o de zalema, como anota Pío Gil. Y ese número sale precisamente el 7 de marzo. En esa misma entrega de la revista en las notas finales de nombre fijo (“**De la Prensa**”), se dicen estas palabras: “Muy animada ha estado en la semana la noble región de las letras cotidianas. Los principales diarios de la Capital se han bajado definitivamente a la arena de las controversias i de ésta han subido á la tribuna de las acusaciones”. Es decir, ya no se

puede seguir en el concierto, en el coro de apoyo. La nota señala las acusaciones contra un diario, *El Nuevo Tiempo*, que "desde días atrás se venía diciendo que una personalidad del Gobierno lo subvencionaba". Se dice que la competencia es desleal, que el gobierno o los ministerios pueden tener sus revistas y periódicos de divulgación pero no un diario oficial. Y los alborados van más lejos cuando dicen en recuerdo a la dictadura anterior y sus periódicos:

"Volver á las andadas, valerse de la Prensa para emponzoñar de mentiras el ambiente, gastar las rentas de un Despacho en sostener perniciosos medios de sugestión... eso, eso debemos procurar á toda costa evitarlo".

Aparecen los órganos de la adulación descaradamente. Además, el endiosamiento es pagado, asalariado oficialmente. Ya no se trata de una reacción contra el castrismo con alabanzas espontáneas de lo nuevo. Tal como ocurría en el primer número de "*La Alborada*".

Y otra nota se refiere a las acusaciones que se hacen a los **hombres de Castro** en el "nuevo régimen":

"Otra cuestión sensacional es la traída á la Prensa por *El Día* en su editorial **La Herencia de Castro**, recordando á quienes lo hayan olvidado que en el nuevo régimen, persisten **muchos** hombres de los que fueron miembros y sustento de la pasada situación. **El Pregonero** acude inmediatamente por sus armas y secunda al iniciador. Tampoco se hace esperar el **Sancho Panza**, el cual vuelve á aparecer el 4 de marzo, rebatiendo enérgicamente **las teorías abstractas** con que **El Tiempo** analiza el problema".

Es una muestra de la polémica que ya se inicia en el país. Entre el 7 y el 14 se produce la convocatoria del Gobernador de Caracas a la prensa y expresa la primera reacción contra la libertad de expresión. El Gobernador dice, según Liscano: "No hay que confundir la libertad con la Licencia". (¿Acaso no se comienza siempre así? ¿No ha sido la tan manida "licencia", la primera cuchillada a la libertad, a esa libertad en abstracto y por licencia de tiranos y tiranuelos que a veces se permite en algunas alboradas?). Después de la reunión con el Gobernador, Leoncio Martínez (Leo), Director de **El Independiente**, fue detenido. Días después, el Administrador de **El Progreso**. (El director no pudo ser encontrado). El director de un diario de un solo número que no circuló, también fue preso. En el número VI de **La Alborada** y en la columna **De la prensa** los hechos se registran de esta manera: "La semana ha sido de hondas emociones; el problema de la libertad de la Prensa ha salido á relucir, á propósito de las observaciones hechas por el Gobernador y de la prisión de dos periodistas.

"Los hechos no han podido ser de mayor trascendencia, la alarma ha cundido, parece sentirse en el ambiente la ansiedad de una inmensa interrogación.

"El sábado de la semana pasada, á raíz de la conferencia entre el Gobernador y la Prensa, de la que dimos cuenta y opinión en un alcance á nuestro número anterior (**no hemos encontrado ese alcance J. V. A.**), fue reducido á prisión el señor **Leo: Martínez**, Director de **El Independiente**; días después siguióle el señor Administrador de **El Pregonero**, y según hemos oido decir el Director de otro Diario que

apareció y salido el primer número tornó á desaparecer. El Director de *El Pregonero* no pudo ser encontrado.

"No se escapará á la razón de las Autoridades la alarma que estos sucesos han sembrado en la República. Para nuestra condición suspicaz y espantadiza, en virtud de las calamidades incontables que tiempo ha nos acosan, este uso de la fuerza en la inicial de una era de libertad, ha sido rudo golpe, tanto más rudo, cuanto que nadie lo esperaba.

"Acaso tendríamos que culpar á algunos diarios de la Capital por no haber previsto un peligro en tan cercano porvenir y haber dado pié, con impolíticos abusos, á las restricciones de la libertad. Pero no es esta la hora de los cargos, y no hemos de ponernos como el pedagogo de la fábula, á ensartar quejas y reproches, cuando la situación reclama otro género de actitud.

"*El Tiempo* ha dicho que el silencio á este respecto, sólo se explica por inexcusable cobardía ó interés culpable y esto mismo nos dice nuestra conciencia.

"El señor Gobernador nos dijo en la conferencia, que el Gobierno necesitaba periódicos que lo pusieran al tanto de la voluntad y deseos del pueblo y que también señalaran los errores de los gobernantes.

"Válgamos estos conceptos.

"El pueblo está alarmado, no sabe, no se atreve á prever qué habrá de venir detrás de estas medidas, todo el mundo mueve la cabeza con aire de amargo desaliento y pregunta

en voz muy baja, recelosamente: ¿Qué es esto? ¿Qué está sucediendo? ¿Qué iremos á presenciar?

"Esta es la pura verdad; ya los más pesimistas dirigen á todo el mundo miradas de triunfo, y los más tímidos se apresuran á bajar la voz y á irse a sus rincones.

"Las prisiones de estos últimos días, aun suponiéndolas muy justificables, son medidas extremadamente impolíticas.

"No se concibe cómo los inspiradores de esas medidas no se han dado cuenta de la impresión que en el pueblo habían de ejercer".

Momentos de decisión, de compromisos. Los días parecen estar contados para la divulgación de unas ideas antidictadura. (Siempre se ve en la libertad de prensa, la verdadera, la auténtica expresión consciente de la libertad, a la caída de una dictadura. La otra libertad, la de la algazara, el saqueo, los corrillos callejeros, apenas son desahogos y desbordamientos. La conciencia no nace de la noche larga de la dictadura a la corta mañana de la euforia). Pero el ataque no se limita a la libertad de expresión. También se tocan los fueros del poder judicial. (El poder legislativo juega el mismo papel que en el gobierno anterior: está integrado por los mismos **legisladores**, entrenados en manipulaciones legales y constitucionales para perpetuar la tiranía). Los **alborados** dicen en la misma columna:

"Ya que hemos llegado á este punto, tócanos hacer referencias á otros acontecimientos similares, que según algunos, han sido las causas de los ya referidos:

"El encarcelamiento del Juez del Crimen, sin razones oficiales que afronten los barullos y murmuraciones, en defensa del crédito del Gobierno; y en seguida el de su Secretario el Bachiller R. Bruzual López, quien publicó su renuncia á raiz del suceso. "Trátase pues de la autoridad del Poder Judicial y de la libertad de la Prensa, ambos sagrados principios constitucionales de los que el actual Gobierno dijo al inaugurarce que estaba dispuesto á reconocerlos, no como concesión ó merced, sino por imposición de la Ley.

"Estas hermosas promesas, tan recientes y tan halagüeñas, exigen una reparación, ó una aclaración, si es que la más perfecta justicia ha presidido aquellos actos.

"Nosotros acudimos gustosos á formar entre los que con toda circunspección debida, piden al señor Presidente de la República la libertad de los presos políticos".

Empieza a caerse el pequeño tinglado democrático por la vía de la represión. Como siempre, no hay lugar para tres poderes y un cuarto —supuesto e ingenuo, de divertida ficción— y se empiezan a recoger los cabos sueltos para que todo vuelva al lugar de donde salieron: la tiranía no admite compartimientos ni mentiras en el ejercicio del poder. Todo debe regresar al **poderdante** simbolizado por el tirano.

(La libertad en ese sentido burgués y democrático no ha sido producto de una larga lucha, de infinitos combates diarios contra la tiranía. Viene como regalo o dádiva. Tampoco se apoya en un cuerpo de doctrina, sino en una conveniencia. Un siglo de tiranías no se liquida en la pincelada de una efímera alborada).

Por eso Gallegos, un poco adelantándose a los hechos, y con esa intuición que lo caracteriza, editorializa sobre el **cuarto poder**, como decimos al principio de este Capítulo. A la prensa, de palabra —y con el valor que tienen las palabras en nuestro medio, que es decir las ideas, el espíritu— “con lujo de calificativos altisonantes y ponderando su valer”, se ha contado en la categoría de los poderes nacionales, (no está demás decir que Gallegos se refiere a la prensa de su tiempo y anterior a él, poco contaminada y definida por el monstruo de la publicidad y los “creadores de opinión”). Para la prensa de hoy conviene tomar en cuenta los análisis de nuestros mejores periodistas y, fundamentalmente, los ensayos de Héctor Mujica y Eleazar Díaz Rangel). La prensa para Gallegos cumplía un papel extraordinario, “y ciertamente que ella, verbo de la opinión pública y, al propio tiempo, guardián de los derechos de un Pueblo, está llamada á cumplir altísima misión en las sociedades, ya de un modo directo en cuanto se refiere á su labor divulgadora de ideas: ilustrando las masas ó indirectamente, con la influencia que puede ejercer en la política, aquí también esclareciendo rumbos y señalando deberes, pero sobra de candidez sería creer que tal puede decirse de la nuestra, de nuestra Prensa que, desde largo tiempo acostumbrada al silencio y la opresión, apenas balbucea y ensaya qué hacer en la inesperada hora de libertad que corre”.

La prensa no conquistó nada y mucho menos un lugar en la división de los poderes. Se dejaba o se reprimía y, por eso mismo, no creaba, no engendraba la fuerza necesaria —fuerza de palabra, de opinión— para hacerse valer por su propia debilidad con el vigor de sus ideas. Todo era una concesión, una gracia, donde a falta de bufón contrahecho, se

podía dejar el papel a un plomo que había perdido su cargo moral, de tanto ejercitarse en la adulación. Pero destaquemos aquí también lo qué para Gallegos sólo es una "Inesperada hora de libertad". Y en esa hora la prensa no cumple con ninguno de sus deberes. Es un balbuceo apenas. No sabe de ejercicio de poder. Y, en poco tiempo, sólo queda aquélla que sigue los mismos intereses de la tiranía.

Tal como se da la libertad de expresión puede quitarse, porque para todos —aun para los periodistas— se toma como un ensayo. Se llega a la cumbre y se cae en el abismo con la misma facilidad caprichosa de la fuerza que impulsa y manipula las concesiones.

"Hay sin duda en este ensayo —afirma Gallegos—, una plausible voluntad de hacer, un concepto de apercibirse á recobrar los propios feros —no exento de zozobras, porque en la misma premura conque se quieren decir todas las cosas largo tiempo calladas, se advierte una como previsión de nuevos silencios— pero necesario es, no embriagarse de ilusiones ó promesas; no vanagloriarse de triunfos fortuitos, ni dejarse seducir por el lenguaje de la mentira convencional. La Prensa puede hablar con libertad, mas aunque esta voz brote franca y valerosa no hay que creer que es lo bastante robusta para ser oída de todos".

En el ensayo de libertad de expresión parece que se cumplen terribles paradojas. La concesión la dan los dictadores recién llegados, a los periodistas que se inician en un ejercicio con mucho de zozobras. Los gobernantes no están acostumbrados al debate de ideas. Rechazan una realidad que tiene dos o más caras, acostumbrados como están, a una sola versión, un

solo acontecer y una sola opinión que no es otra que la suya propia. Los periodistas no contaminados tampoco tienen la práctica suficiente como para captar y desarrollar lo mejor posible sus opiniones, porque vienen del silencio, y saben más de una callada espera que de la potencia de sus gritos y balbuceos. Pero como si esto fuera poco, el pueblo, a quien se dice que interpreta, tampoco tiene interés por lo que se debate. Además, no se ha creado un lenguaje para él, basado en su sabiduría y en su capacidad para asimilar. Nos encontramos con un hecho extraño: la prensa no ha creado sus lectores ni en el gobierno ni fuera del gobierno. Es como si a un analfabeto se le entregara un libro para que con él se ganara la vida. Lo más que puede pensar es en venderlo, cambiarlo por un trozo de pan, pero no en leerlo y descubrir allí unos medios más fáciles para la subsistencia, si es que los libros sirven para eso también.

Para la libertad de prensa, como para cualquier milagro, se requieren dos ingredientes: periodistas y quienes acepten tal oficio. (Hoy se necesita muchas más cosas para la manipulación de los milagros).

Gallegos no se engaña en el ejercicio de su magisterio periodístico:

"Muy lejos está el periodismo en Venezuela de ser aquella autoridad moral, capaz de influenciar en la vida de la Nación, demarcando trayectorias al movimiento social ó político, capaz de erguirse en presencia de los Poderes Públicos á defender los derechos inmanentes de la ciudadanía. Los mismos triunfos que en este sentido parecen haberse logrado, y de los cuales ahora tan orgullosos nos mostramos,

quizá no sean sino felices coincidencias, victorias que salieron al paso en una jornada de habilidad oportunista. Y aunque tal Gobernante quisiera inspirarse en los prudentes dictados de la Prensa, en el fondo no habría otra cosa que un acuerdo preestablecido, fácil siempre de violar para quien en una hora de mal humor quisiera terminar con la farsa".

No se deriva del ejercicio del periodismo en Venezuela ningún poder. Tampoco le viene de su trayectoria, autoridad moral. Las nuevas manifestaciones periodísticas apenas comienzan y se insertan en la oportuna posibilidad que se les brinda, pero no han creado su fuerza en el trabajo perseverante y "periódico" de una opinión que presione. Son islotes. Y si provienen de la prensa clandestina, del decir en secreto, tampoco disponen de los grandes medios de expresión. Viven precariamente, según el humor, por el encanto de la farsa. No tiene fuerzas de ninguna clase y se permite, sólo para el engaño, para la ficción de una libertad que parece más bien una urticaria de la tiranía.

"Sería necesario probar que la Prensa cuenta con una fuerza para hacer valer entonces su derecho, demostrar que ella representa una autoridad sobre la que no se puede pasar sin grave riesgo y demostrarlo con hechos, porque de las palabras y teóricas razones que pudieran aducirse, bien podemos decir que de tanta bella mentira, una sola no ha cristalizado en verdad.

"Pero no vayamos, como es costumbre, irreflexivamente, á arrojar toda la responsabilidad de esta falta sobre los gobernantes, porque acaso no sean ellos los verdaderos únicos culpables, como no hay razón que los obligue á serlos

mejores. Ellos han violado este derecho de la misma manera y por la misma causa que han violado todos los otros: porque nada se los impide, porque una palabra no es obstáculo suficiente a contener las pasiones desbordadas, y ellos saben que aquí sólo se trata de una palabra".

Nunca ha sido un obstáculo la prensa (¿Y qué obstáculo? Toda parece hundida en la charca podrida de la adulación. Pasar sobre ella no significa afrontar el más mínimo peligro. No hay riesgos frente a unas palabras y una autoridad que se ha formado por un convenio mentiroso, donde los más ilusos se someten a una cura de autoengaños. Y menos se le puede exigir a los gobernantes —que dicho sea de paso, "no hay razón que los obligue á ser los mejores"— algunos escrúpulos frente a las palabras, cuando no han tenido ninguno a la hora de violar todos los derechos. ¿Son las palabras verdaderas muros de contención para las tiranías? Las palabras no detienen, con su magia, las pasiones, los apetitos, los desmanes, sobre todo, en un país, donde la palabra ha sido utilizada tantas veces para halagar, para adular y escalar posiciones. El poder de las palabras es insignificante. Y aun aquellas de la Constitución a las cuales se les atribuye cierta magia, algún tabú, nunca han sido obstáculos para que los caudillos hagan y deshagan desde el poder. No hay palabras sagradas, insalvables, que puedan convertirse en fuerza moral, a las cuales los prohombres y letrados no encuentren su contra en otras palabras cabalísticas de adulación, grandilocuencia universal, y científica, que disipe el efecto de las anteriores).

Nos preguntamos siempre:

¿Cómo entendería el general Gómez las palabras?

¿Hasta dónde podían convertirse en una fuerza decisiva?

¿Qué palabra podía convertirse en poder moral frente a Gómez? ¿Cuál fue su verdadera palabra, su compromiso ante el socio y compadre del poder? ¿Acaso se había creado el mecanismo estimulante de la palabra como signo, símbolo, timbre, capaz de demoler instintos?

"El tan asendereado poder de la Prensa, llegará á ser un hecho cuando la opinión nacional tenga un valor efectivo, suficiente á equilibrar la acción de los Poderes, y cuando el periódico deje de ser un mero pasatiempo, un simple órgano anunciador y se convierta en una verdadera necesidad social; cuando llegue á ser deber del periodista lo que hoy es necesidad de expresión de unos pocos y se le pida estudio, reflexión, altura de miras, como hoy se le pide **espíritu práctico**, es decir, lo que se entiende por esto: hablar de cosas que todo el mundo sabe, concretarse á detalles de actualidad, respetar las tradiciones, hurtar su personalidad á la labor y, sobre todo, no pensar hondo para no hacer pensar á quienes leen".

Los mismos puntos anotados por Gallegos, aún no han dejado de tener vigencia, y han sido motivos de análisis por nuestros más preocupados periodistas. Y en cuanto al llamado que les hicieron entonces de adoptar un **espíritu práctico**, hoy ha dado sus frutos en un periodismo incoloro e insípido que va desde el objetivismo, totalmente impersonal, despojado de esfuerzo y razón, hasta el reportero de **cassette** que se especializa en las teclas de un grabador y la notable gimnasia

del codo. Ningún pensar —ni superficial ni hondo— porque es la única manera de conservar, de mantener, de eternizar lo que allí se ha dado. No se puede avanzar, ir más lejos, so pena de perderlo todo otra vez.

(Por otra parte, las grandes empresas periodísticas han despojado totalmente de opinión al periodista. A lo sumo en su objetividad —la del capital— hay sólo opinión empresarial. Lo ha castrado).

Este artículo de Rómulo Gallegos, siempre dentro de su más estricto contexto histórico, debiera ser objeto de análisis en nuestras actuales Escuelas de Comunicación Social. Posiblemente, nunca como antes estuvo Gallegos ganado por otro medio de expresión más amplio y de mayor alcance, como después de escribir —para su propia enseñanza— este artículo. No confía en el periodismo como poder y mucho menos como tribuna, como cátedra de cierta permanencia. Sabe que allí las opiniones viven una vida efímera. Y de allí a la novela, a la novela simbólica, no hay más que un paso. Y Gallegos, ya en secreto, lo había dado.

Gallegos sabe ya que hay más poder en sus personajes, cuando están concebidos en la creación de un pueblo, que en ese anacrónico poder moral que ni siquiera es una ficción, y tiene vida tan miserable en manos de empresarios, publicistas y tiranuelos, por nombrar algunos.

2. LA ESCUELA COMO APARATO DE REPRESIÓN

Luego de un alto en el número V de **La Alborada** —en un ejercicio de lección cotidiana, de urgente definición en la

enseñanza diaria—, Gallegos vuelve a "EL FACTOR EDUCACION", en la entrega número VI. Esta vez el artículo incluye elementos de continuación, de uso rutinario en las publicaciones periódicas, cuando marca la reiniciación con la cifra romana III y finaliza con un **continúa**. En las entregas anteriores Gallegos no creyó necesaria la marca tipográfica. Pero ahora, tal vez, estos señalamientos —que demuestran una preocupación del autor por quedarse tronco contra su voluntad—, son para que el lector no se pierda, no dé por concluido el análisis cuando falle el artículo, y establezca los nexos de un tema que pretende tratar exhaustivamente. Además, quiere decir que, aunque en algunos números sucesivos no venga incluido el artículo, puede esperarse. Al menos hasta que tenga vida la revista.

Pero volvamos al análisis.

Gallegos, en esta tercera entrega, comienza por indicar que ningún problema ha sido más debatido, y sobre el cual se han compuesto más hermosos discursos, como éste de la educación. Pero también, por lo extensamente tratado, por el empeño en llevarlo y traerlo, ninguno, como éste, ha sido tema tan abundante en errores. Es el problema obligado de la inteligencia.

(Tiene que ver con el cerebro: pensamiento, conocimiento, imaginación, creación, voluntad, disciplina, flexibilidad, libertad, en fin todo. Y la inteligencia debe ocuparse en primer lugar de lo que atañe a la inteligencia). Y parece una especie sobre la cual hay que volver cada cierto tiempo, a la hora de salvar responsabilidades. A la hora de buscar el origen de todas las culpas, dados en pecados o indulgencias.

Gallegos indica —y quizás en ello puede descubrirse una pizca de sarcasmo, en un intelectual tan serio en sus planteamientos— que “todos reconocemos la importancia de este factor social”, pero no deja de ser nunca una excusa. Quizás es una manera de andar en los alrededores con la ilusión de penetrar en el fondo de las cosas. No se nos escapa que es un modo sutil de eximir al tirano de turno de toda culpa, con la acusación de todos sus antecesores.

Se puede enjuiciar a la colonia, a la República Oligárquica, a la patria de los Monagas, al liberalismo amarillo, en fin, a los caudillos, pero siempre a los anteriores. El presente educacional es un resultado de siembras anteriores. Se ve, como dice Gallegos “la necesidad de mejorarlo sabiamente y al mismo tiempo las deficiencias de que adolece, y cuando nos damos á teorizar, el que menos, podría hacer sesudas reflexiones al respecto”. No ha sido por una crisis carencial en la teoría por lo que padecemos. A la hora de teorizar nunca nos han fallado esos voluminosos cuernos de la abundancia con que adornamos nuestro escudo.

No, no han faltado palabras.

En el problema educación todos nos sentimos universalmente involucrados. Pareciera que en este gigante las palabras contribuyen a la enormidad de un grotesco proceso que todo lo engulle sin sufrir modificaciones. Apenas se abren brechas. Apetito insaciable de palabras. Pero, como apunta Gallegos, “apenas llegados á la práctica, las más poderosas disertaciones zozobran contra el primer escollo i cayendo en los mismos errores que antes combatíamos, se revuelven nuestras armas contra nosotros mismos”. El

gigante engulle, tritura y no deja rastro de lo que pretendía insertarse en su cuerpo deforme. Es el mar con escollos donde zozobramos sin dejar huellas. Apenas una burbuja insignificante que se disuelve al instante. Se está a un paso de invertir la concepción galleguiana de comenzar el cambio social por la educación. Gallegos se inicia en el nuevo planteamiento: si el sistema educativo ha creado un hombre que niega la sociedad, ¿no hay que cambiar este sistema para crear al hombre nuevo? El otro planteamiento ha sido siempre: cambiar la sociedad y con ella su sistema educativo, para construir el hombre nuevo. Pero sigamos el planteamiento galleguiano: tan no se modifica la educación con nuestros planteamientos que ellos contribuyen a negarnos cuando los asimila la escuela. Es decir, el guardián de la escuela no es el sistema educativo, sino el sistema todo, la sociedad toda que la amamanta.

Se corresponden —güestenos o no— la sociedad y la escuela. No se aísla la una de la otra. No viven separadamente su propia vida. Una escuela cambia si cambia la sociedad.

"Entonces —continúa Gallegos— nos damos á buscar causas donde sólo hai apariencias de motivos, i fatalmente i por los mismos caminos volvemos al punto de partida". La escuela es un producto de la sociedad donde se desarrolla. Y por muy sutiles "causas" que se busquen, volvemos, regresamos, formamos el círculo cerrado que conduce al punto de partida. Una de esas causas —tan del gusto positivista—, atribuye a una caótica formación étnica, a una malhadada herencia latina, el origen de unos males que vienen en la sangre, como tercer glóbulo, de aspecto canceroso, por las deformaciones. Pero aparte las malditas consecuencias

raciales, esta vez, Gallegos se refiere a la contribución de la inteligencia, que muy poco ayuda a la transformación, y por el contrario, alimenta fatalmente al monstruo que dispone en los maestros de unos raquílicos ayudantes voluntaria o involuntariamente. Volvemos, fatalmente y por todos los caminos, al punto de partida. Y todo al parecer, porque se hace una ceremonia mágica, primitiva, que no toma en cuenta para nada la metodología científica.

"Tales repetidos fracasos —afirma Gallegos— provienen de una falsa apreciación del valor exacto de la educación i de una ignorancia de los métodos científicos que harían fecunda la labor, conjuntamente. Aquella, confundiendo en una sola dos ideas que si no se excluyen, sí implican actividades distintas de una misma función, nos presenta como exclusivo privilegio del maestro la labor educativa i la escuela como único centro de edificación moral; i por otra parte, aquel desconocimiento del método hace que la misma escuela se convierta en elemento pernicioso; i he aquí el más grave aspecto de la necesidad por resolver: no se trata ya de una determinada función social deficiente, ahora corren riesgo de perderse valores más preciosos, quizá la vida misma de la sociedad, porque, ¿no es acaso, el absurdo sistema educativo que rige entre nosotros á quien debemos, según la expresión de Gustave Le Bon: "esta legión de hombres sin carácter, sin voluntad ni iniciativa... esta legión de espíritus falsos, descastados, hostiles que vienen á ser, fatalmente, enemigos irreconciliables de la sociedad que los educa?"

Las palabras, los discursos, los pretendidos análisis sobre el problema, no arrancan de un planteamiento que corresponde exactamente con la realidad educativa, con su verdadero

valor, su significación, sus alcances, lo que debe verse más allá de lo formal y superficial. Y además, tampoco se aborda con un criterio científico, con un método que descomponga los dispositivos para comprenderlos en su esencia. Ni se plantea correctamente el problema ni se analiza tampoco científicamente. Gallegos denuncia aquí la ignorancia de los doctos e inteligentes que no pasan del piachismo y por eso mismo se admirán y sorprenden de los resultados de sus soplos y chupadas, que resultan fracasos ante el monstruo. Si el planteamiento es incorrecto al tomar un solo aspecto de la cuestión, no se puede aspirar a unos resultados satisfactorios o positivos, como suele decirse. Gallegos ve —desde otro angulo— los tropiezos y contradicciones que se presentan en el proceso educativo. Al criticar a los analistas de turno, el maestro Gallegos encuentra la falsedad de sus conclusiones, cuando descubren, en el proceso, sólo dos elementos del hecho educativo: el maestro y la escuela. Al primero se le atribuye toda la responsabilidad del **resultado-hombre** o ciudadano o miembro de la sociedad. En una palabra, creador del socio. Y la escuela como el lugar del culto, la casa, que por sí misma ennoblecía, crea una condición. Pero, tal como lo tratamos anteriormente, este proceso dirigido, al menos tentativamente, apenas constituye cuantitativamente una mínima expresión de lo que se puede llamar el proceso paralelo. La escuela y el maestro se convierten insignificante en un punto referencial de concurrencia obligatoria frente a un alucinante universo que bulle y sofoca fuera del aula. Más educan quienes están fuera de la escuela y carecen de esta misión importante y decisiva que los propios maestros, con todos sus defectos y deficiencias. En la competencia —vivimos en una sociedad donde prevalece la competencia como una virtud comercial, sin otro sentido de

emulación— la calle, con todos sus monstruos, le gana a la escuela. Y sobre todo, en la formación moral. La moral escapa a la escuela por diversas vías, entre otras la comercial, y la religiosa, a la cual Gallegos dedica parte de sus artículos posteriores. Priva en nuestra sociedad una moral de libre comercio frente a las débiles normas que tratan de insertar algunos maestros en la escuela. Los éxitos del maestro son débiles ejemplos ante la cumbre alcanzada por los hombres de presa y de empresa. Se presentan contradicciones muy graves entre el mundo de la escuela y el mundo de la sociedad en que vivimos. Gallegos, además, señala un desconocimiento de métodos, que convierten a la escuela en "elemento pernicioso", y más todavía, el peligro de muerte que corre la sociedad porque crea un hombre que niega sus valores. Pero debemos recordar que, para Gallegos, la sociedad que puede desaparecer es aquella que conduce a las luchas futuras del hombre, a su desarrollo en otra escala de valores, distinta a la que le toca vivir.

(Porque si la escuela en la tiranía pone en peligro la sociedad de la tiranía: ¡viva esa escuela!) No es, pues, partidario de conservar la sociedad que engendra este tipo de educación, sino aquélla que es capaz de modificarla, de cambiarla.

Esa educación que equivale a una transformación revolucionaria. Ya en anteriores análisis insistimos en la caracterización de un maestro y una escuela que apaga en el niño la llama de la iniciativa, de la creación, de la voluntad, del carácter, para entregar al hombre maniatado en brazos de las necesidades de la tiranía. En la construcción del futuro se fracasa por la vía del maestro, la escuela, y la sociedad misma. Pero no faltan sociólogos objetivos, inodoros e

insípidos que nos presentan esa escuela como la organización típica de una sociedad que se ha desarrollado en tiranías. Y la conclusión conformista, conservadora —no para cambiar, para crear un mundo nuevo— de que a tal sociedad corresponde tal sistema educativo.

Gallegos, como filósofo de la educación, combate el conformismo y clama por una educación para el bienestar futuro, para la democracia, para un venezolano nuevo, dueño de su destino.

Condena, pues, el sistema educativo y se apoya en el "estudio e investigación serena y desinteresada". La presenta con fines contrarios a lo prometido y con resultados prácticos negativos, pese a una intención benefactora. Desde ella se fomenta la desmoralización, la corrupción. Gallegos sostiene con firmeza que "larga sería la enumeración de nuestros defectos nacionales de cuya culpa, en nuestro concepto, buena parte corresponde á este absurdo sistema escolar de educación sancionado por muchos i tolerado por todos".

Como vimos anteriormente, la educación es un fenómeno donde la vida no tiene importancia, pero sí se rinde alguna veneración a la escuela. Exactamente dice lo siguiente:

"La sabia máxima, **'educar para la vida y no para la escuela'** parece ignorada de todos ó es tan malamente interpretada que bien podemos decir que se desconoce en absoluto. Ella se refiere casi exclusivamente á aquellas ya mencionadas cualidades cuyo cultivo para nada entra en el plan del educador venezolano. La voluntad, la iniciativa, la

virtud de la propia dominación, la entereza de ánimo, de cuya ausencia ó relajación tanto nos recriminamos, son cosas ignoradas del cultivador de hombres ó sufren tan duramente la presión del método que necesariamente se atrofian cuando no perecen".

La prédica de Gallegos sobre el cultivo de la voluntad, la forja del carácter, es insistente. Tanto que parece una obsesión del maestro. Veía claramente cómo se nos caía el país por negligencia, por conformidad, por la carencia de fuerzas espirituales suficientes como para oponerse a la destrucción del hombre. Copiamos textualmente sus palabras:

"Pero nada sería esta culpable negligencia ya de funestos resultados para el educando; aún hai algo peor, algo que influye más poderoso en la moralidad del individuo: i es la manera directa conque el sistema educativo contribuye a extirpar las virtudes del carácter fomentando los vicios de que se resiente nuestro organismo social".

Y de inmediato liga esta aniquilación del carácter con el sistema educacional, con la escuela y el maestro como laboratorios de la deformación. O como lo hemos anotado anteriormente: tiranía en miniatura, cárcel de pequeños, donde se realiza un entrenamiento desde la infancia para la vida en esclavitud. Esclavitud en todos los órdenes:

"Para ahogar nuestro espíritu de iniciativa —dice Gallegos—, ya de suyo deficiente, cuenta la escuela con un aparato de represión i vigilancia tutelar que constituye su mérito mismo. En la práctica de sus labores escolares nada hai de

propio en el educando, todo está sometido á reglas, salirse de ellas amerita un castigo; nada puede hacer por sí mismo i consultando sus propias aptitudes é inclinaciones; el régimen es inflexible, el maestro severo i hai que someterse en todo á ambos. Se dirá que esto lo requiere la disciplina, cosa por demás necesaria en la vida, i ciertamente que estaría justificado con esto sólo, si no fuera que de tal sólo hai el nombre. ¿Habrá seres más indisciplinados que la generalidad de los jóvenes que salen de nuestras escuelas, dejando en ellas su escasa fuerza de iniciativa personal, i por esto mismo incapaces de someterse por sí solos á un método cualquiera? ¿Podrán acaso, cuando ya no tengan sobre sí la tutela del maestro, i la amenaza de la férula que suplieron su conciencia, someterse á la norma de un deber á que nadie los obliga, sino poseen aquella disciplina interna, única eficaz, que fue olvidada en absoluto por el educador? Mui de otro modo si se les hubiera educado robusteciendo en ellos la personalidad, abriendo generoso campo al espíritu de iniciativa —lo cual no excluye la dirección i autoridad del educador— adiestrándoles sabiamente en el método, i hablando á su conciencia cada vez que se trate de un deber para que por serlo sólo sea cumplido y no por temor al castigo prometido".

En nada se diferencia esa escuela a lo que realiza en la calle el régimen de terror. Se tiene un aparato represivo, con vigilancias, espionaje, delaciones infantiles, acusaciones y venganzas pequeñas, con reciprocas retaliaciones en miniatura. Y el maestro, tiranuelo, en su trono de la cátedra, en el ejercicio de un magisterio policial, está muy cerca de una imagen del terror. Es el primer sometimiento a policía en una antigua ceremonia que recuerda los repartimientos y

encomiendas de indios. Nadie puede salirse del cerco de la voluntad omnímoda del maestro en la prisión de la escuela, donde todas las tardes se realiza el acto de liberación para quienes no osaron proposarse. Se establecen los términos de odio, temor, recompensa, favor, intolerancia, dádivas, hábitos de sometimiento a la autoridad de una escuela donde se viven los primeros horrores patrios. Allí se va a afinar el miedo, los temblores, a crear la grandeza de la adulación. Triunfa quien adula y se somete. Y el niño genera hábitos y mecanismos de sobrevivencia ante el perdonavidas de la autoridad magisterial. Y no se puede atribuir esta práctica a la diosa disciplina. (Siempre recordamos que el maestro bueno —a los ojos de los mayores— era el maestro severo, incluso más que el padre y la familia toda). La disciplina como sinónimo de sometimiento, de rastrerismo, de adulación, de jerarquía sin apelaciones. Disciplina como medio de liquidación de la individualidad sin dotarla de ningún sentido colectivo y, por el contrario, desarrollar egoísmos hostiles y abyectos. Porque la idea es hundirlo en el pozo sucio de la disciplina, para sacar a un hombre contaminado, fácil presa de dominios extraños, incapacitado para las iniciativas y rebeldías frente al tirano. (La disciplina es exterior, extraña a la conciencia: obediencia a un palo, a unos ojos, a instrumentos que pueden causar dolor, pero no tiene que ver con el interior bueno y extraordinario de un ser humano que se impone conscientemente metas y objetivos en una práctica dura y a veces dolorosa. Disciplina de recompensas y castigos, los mismos elementos que utiliza el domador y la religión.

¿Qué joven se forma en esa escuela? ¿Qué podemos esperar de él?

Gallegos nos da la condición moral en estas palabras:

"Y hé aquí, en punto a moralidad, el más grave aspecto de la influencia corruptora de nuestra educación escolar. Con tales socorridos sistemas de recompensas i castigos, se corrompe en nuestras escuelas á la juventud, supliendo la conciencia por la vanidad ó el temor, matando la verdadera responsabilidad moral al educar á hombres de la misma manera que el domador adiestra fieras. ¿Qué noción de conciencia puede llevar á la vida como única norma, quien sólo vió en el bien i en el mal el beneficio ó daño inmediatos que le reportaban? La astucia, la hipocresía, la mentira hubieron de ser forzosamente vías expeditas que recorrió el niño siempre que cometió una falta para hurtarse al castigo, ó para ganar una recompensa engañando al maestro. Y forzosamente serán siempre para el hombre, en todas las circunstancias de la vida, con grave detrimiento de su moralidad i en perjuicio de la misma sociedad que lo educó. Y lo que es peor aún; quizás sea este mal el más arraigado i difícil de remediar, como quiera que tiene su origen en la pseudo-moral religiosa que informa el criterio de la mayoría de nuestros educadores i goza de la sanción afecta del concepto social. Pero —dejando para su oportunidad el estudiarlo detenidamente— habremos de decir con toda la entereza de nuestra sinceridad en punto á convicciones, que nada es más absurdo que esta privanza del concepto moral-religioso en la educación".

La escuela, como aparato de represión, da al niño dos nociones claras del mundo —inmediato y oportuno— que toman vías de desarrollo moral negativas, desde todo punto de vista en el adulto. De un lado el terror, el castigo, el dolor

producido expresamente, conscientemente, por tortura, donde, como en los tiempos más remotos de la humanidad, se trata de quebrar, de aniquilar, en vida, al hombre. Romper el incipiente escudo de dignidad, de honorabilidad, de integridad. (Dar al espíritu el más endemoniado veneno —paradójicamente— para sobrevivir en servidumbre, más todavía, en vasallaje al caudillo, al bárbaro que reclama el alma). Y del otro —también para el mismo fin—, la dulce y fingida bondad para quienes se entregan sin resistencia, hipócritamente, en la aceptación de todos los desmanes del verdugo. Se da lo más refinado del tormento de la dualidad del torturador en su doble papel del **bueno** o del **malo**. Bueno si delatas, si renuncias a la insignificante personalidad que recién aparece en una infancia atormentada. Malo si no te rindes, si no admites el mundo de abyección que tratan de imponerte. Gallegos va más lejos, y nos presenta la escuela-circo, donde se dominan los animales con látigo antes del premio azucarado. Pero el maestro todavía no se conforma y aspira —como se ha dicho tantas veces— a que el torturado, no solamente acepte todo mediante castigo, sino que se acostumbre a besar la mano que lo flagela. Que bendice el castigo, el tormento como algo que se hace para el bien. (En la tortura adulta el torturador te hace ver que tú eres cruel contigo mismo cuando te dejas atormentar para no decir dos o tres palabras de delación. Tú eres tu propio torturador). Porque esa pedagogía se basa en la bondad y los beneficios del castigo. Se establece que, cuando el maestro castiga —aceptan los sostenedores de esta metodología basada en la残酷— es para el bien y nunca para el mal. Y si no castiga, es un mal maestro, una pelota en manos de sus alumnos. Se trata, de la pedagogía del sufrimiento, donde resulta don divino, sufrir.

Se debe crear una conciencia para el rastrerismo, para el logrerismo, para el sometimiento. Y por esa vía sólo progresará la sociedad de los esclavos y los siervos.

Se dan la mano servidumbres y rebeldías, pero donde estas últimas deben ser liquidadas con el aparato de represión manual —casi de juguete— de la escuela.

Por otra parte, la servidumbre que comienza con una domesticación, sigue en la mansedumbre, tiene un desarrollo ideal en la resignación y llega al final, en el ideal ciudadano, a la adulación. Gallegos, por esta vía, llega a la conclusión de que este es el peor mal: no se puede remediar siquiera y le encuentra origen en la seudomoral religiosa en donde se nutren la mayoría de nuestros educadores. De allí arranca el andamiaje ideológico.

Y concluye, en un grito de sinceridad, con unas palabras que jamás le perdonaron beatos y sacerdotes, "que nada es más absurdo que esta privanza del concepto moral-religioso en la educación". Por eso y muchas otras cosas, se le acusará de laico con la fuerza de una excomunión. Mucho ha variado la posición de un aspirante a santo, en los desajustes de la adolescencia. Y otra vez se le parte en dos la educación a Gallegos. Se educa en estímulos, y castigos, bondades y maldades, pero siempre contra los embriones de rebeldías.

3.- REBELDE A TODA LEY ESCLAVO A TODA FUERZA

En la entrega número VII de **La Alborada**, viene el cuarto artículo de Rómulo Gallegos sobre "EL FACTOR EDUCATIVO".

CION". Lo precede la palabra "sigue" entre paréntesis y la numeración romana correspondiente. Pero ya no concluye con el ofrecimiento del artículo siguiente, que sí aparece en el último número de la revista.

Se trata de un artículo más apresurado, más periodístico, con menor trabajo en el estilo, pese a que se anuncia continuación del anterior. Parecieran más bien los apuntes, pero apuntes de una mano firme, de claros propósitos, de profunda meditación. Gallegos apura aquí las consecuencias de la educación, el resultado-hombre, ciudadano. Pero comienza por desentrañar los rasgos esenciales de nuestro carácter, el tratamiento del educador y los resultados en la conducta del adulto. Es una relación individuo-sociedad como producto de la escuela.

"Otra de aquellas muchas cualidades de que á menudo nos lamentamos —anota Gallegos—, es esta típica forma compleja de nuestro carácter, mezcla de servidumbre y rebeldía que en todas las faces de nuestra vida, individual ó social, nos exhibe como voluntades subversivas á toda ley o principio de autoridad al propio tiempo que, como siervos sumisos del hombre en quien encarna la entidad abstracta de aquellas mismas Ley ó autoridad desconocidas".

Idéntica observación encontramos en las cartas de Romero-garcía al caracterizar a algunos generales en Guayana, a comienzos de siglo. (Hombres que son mezcla de sumisión esclava ante los poderosos y rebeldías —más bien indisciplinas, arbitrariedades, desmanes— ante quienes parecen más débiles). La rebeldía —que apenas es una manifestación de rechazo— se da contra la Ley. Es decir, contra la letra, la

palabra, un tanto inofensiva si no se esgrime en la punta de las bayonetas. La palabra simple, impresa en Gacetas, no manda a nadie, no conmina, no amenaza ni por sí misma engendra dolor. Pero otra cosa es el comportamiento servil y sumiso ante el hombre que encarna la ley. Allí sí hay autoridad dolorosa, y la ley ya no es el espíritu sino que se materializa y realiza la esgrima, la danza macabra de la muerte. Rebeldías posibles —también de palabras e irreverencias, de juramentos y ofensas al papel— ante una teoría que no se impone por el hecho de invocarla o vocearla, sino por el daño que cause, por la sangre que permite derramar en uno mismo cuando se hace policía, dictadura, caudillo, jefe civil o militar que la interpreta y la ejerce con las armas en la mano. Y el tránsito inmediato es la sumisión, la entrega, el sometimiento o la resignación con el alma llena de rebeldías que se quedan sordamente adentro, en la impotencia de no encarnar ellos mismos esa ley. La conducta es distinta frente a la ley teórica —palabras— y la ley real —tiranías. (La Ley no se identifica ni siquiera con los tribunales y togados. En cambio, el tirano sin Ley, es la Ley).

El presente histórico a que Gallegos se refiere en sus primeros artículos, era sin duda, la más acabada experiencia de esa mezcla de servidumbres y rebeldías. La rebeldía se manifiesta contra Castro —en la mínima apertura del compás seudo democrático— hasta tanto Gómez encarnara la misma ley de Castro. La rebeldía no se manifestó en aquellos momentos contra Gómez, siempre fue contra un anterior. Y era que Gómez tenía en sus manos ese engendro de ley dolorosa que da el poder en Venezuela. Y entonces no hay lugar para otra cosa —en la concepción de esa escuela— como no sea la servidumbre.

Gallegos trata de encontrar los orígenes del mal. Y casi llega a la conclusión de una incipiente caracterización de clase. Pero tal caracterización no es lo suficientemente clara. Apenas deja ver la distinción entre señores y siervos, pero "confundidas" no se sabe si para atribuir a unos las rebeldías (los señores) y a otros la servidumbre.

Veamos sus palabras:

"Aspectos de nacionalidad incipiente ó atavismos de razas de señores i siervos confundidas, esta peculiar condición, fecunda causa de males para la sociedad, es cultivada en nuestros hogares y escuelas, merced á aquel ya enunciado error pedagógico, proveniente de una falsa interpretación del principio fundamental de la educación. Desde la primera edad del educando se encargan padres i maestros de fomentarla, inculcando en la conciencia infantil una falsa noción de acatamiento, mediante el acostumbrado sistema de represión, hecho de amenazas i castigos que, suspendidos siempre sobre el niño aún antes de que pueda capacitarse de las verdaderas consecuencias de sus actos, producen, en vez del natural sentimiento de respeto, uno de temor, pernicioso por demás, como que de él derivan, el odio natural del niño hacia el superior, i la relajación de la personalidad de aquél, á fuerza de afrentas i humillaciones, mal tratada".

Se afina la moral del acatamiento, del respeto a ciertos principios o hábitos de los adultos —en la escuela y en el hogar, en la calle y en las reuniones sociales— mediante la represión, la reprimenda, los castigos verbales y corporales. Y se distorsiona el mundo del niño. Ya no se entiende el mundillo que el adulto representa en familia, y en la escuela,

el esquema de la realidad nacional. Y el niño odia en silencio, y lo que aparentemente puede ser un acatamiento razonable o consciente, no es otra cosa, que un dejar imponerse algo para evitar humillaciones y dolores de otra índole. Llega un momento en que no se obedece sino a la fuerza, a palos, a la mano dura y terrible que sabe llegar fuertemente a los puntos débiles del cuerpo. Así se forja el espíritu de sumisión y pequeños odios. Esa es la preparación fundamental para la vida en esta sociedad.

Pero los defensores de estos correctivos, de este sistema educativo, de forjar y desbastar a golpe y porrazo, con sangre, tratan de hacer ver que en ellos va un principio aleccionador de justicia. Se pretende ver en los castigos la distinción entre lo justo y lo injusto. Gallegos se adelanta a los argumentos adversos a su posición:

"Podría objetarse en abono de este bizarro género de corrección, —que no tiene otra ventaja que la de evitar al educador una tarea enojosa i quizás imposible para su incompetencia— que el castigo ó la simple reprimenda, si son aplicados con justicia, son recursos eficaces para la formación de los reflejos inconscientes, fin primordial de la educación. Pero, á más de que no siempre son estos recursos, instrumentos de aquella virtud, i sí, i muchas veces, armas de venganza ó represalia que esgrime el educador en un momento de violencia ó mal humor, de su misma razón de ser se desprende una inconveniencia fácil de comprobar.

"Justo i merecido ó nó, el castigo sólo tiende á fomentar en el niño un sentimiento de encono i temor que fácilmente se transforma en odio. La frase de protesta que entre singultos,

colérico masculle, sin atreverse á alzar ni la frente ni la voz, el niño á quien se castiga por una travesura ó por la infracción de un precepto cualquiera, nos enseña en un detalle el inmenso daño moral que ocasiona al individuo este método. La justicia de la más merecida reprimenda, es cosa que se escapa á su razón, sólo vé en ella la presión de una mano poderosa, a la cual debe temer i á la cual llega á odiar por consiguiente, porque el odio es para el niño una suerte de revancha con la que se venga de todo aquello que le disguste ó maltrate”.

La vía democrática pretende hacer de la persuasión un medio en la creación de la conciencia. Y de la persuasión pasa —con el instrumental moderno de la comunicación social— a la propaganda, a la lesión de la corteza cerebral que impide conciencia y razón, pero conduce ciegamente a los fines propuestos. En la tiranía no hay tiempo para la persuasión y además nadie sabe usarla como medio eficaz de convencimiento, de decisión para un comportamiento consciente. Y los medios de comunicación solamente saben apabullar, con adulaciones, felicitaciones, loas y epominismos que endiosan la personificación de la fuerza. El educador a que se refiere Gallegos, muy lejos está, por su incapacidad, de inventar ese viejo medio de persuasión con sus alumnos. No tiene tiempo para meditar un instante en otra cosa que no sea la que ha visto y también sufrido en su vida ciudadana. Nadie lo ha enseñado ni está interesado en recomendarle métodos lentos, basados en la tolerancia, para lograr auténticos y precisos objetivos. Es un hijo de la fuerza y a ella apela, en sus manifestaciones más primitivas, en los castigos escolares.

¿Acaso basa su magisterio en algún acercamiento medianamente superficial en estudios de sicología infantil? ¿Sabe acaso los elementos simples de la asociación de ideas?

Como producto de la tiranía pone en práctica los métodos de la tiranía. Hijo del castigo, no puede creer en otra cosa que en la sangre de las humillaciones o los golpes. Y el castigo corporal se convierte en instrumentos de justicia, en enseñanza indeleble cuando va acompañada de la frase clásica "para que aprenda", para que sepa, para que tenga cuidado, para que no se equivoque más... Y todo para la creación de los reflejos condicionados a sangre y fuego, pero con una crueldad jamás imaginada por Pavlov.

No podemos reconocer ninguna justicia en los castigos corporales. A Gallegos le parecen la suma de todas las injusticias y bajezas. El maestro Gallegos los analiza desde el punto de vista de la venganza, de las represalias, del rencor de los educadores. Porque el maestro realiza estos castigos y humillaciones —condenables, rechazables, indignantes en todo tiempo y razón— en momentos de mal humor, de violencias, de frustraciones, que son casi todos los momentos de los maestros relegados y segundones, humillados a su vez, por la tiranía y la sociedad toda.

El maestro no sabe otra manera de hacer justicia fuera de la violencia de su brazo todopoderoso. Porque el maestro personifica la Ley en el pequeño domicilio de la escuela. Allí está el territorio de su ley terrible y ya que no puede ejercerla fuera del recinto, la descarga en su degredo, la impone con sus armas horribles, terroríficas en el seno de su infantil ciudadanía. El maestro se cree la ley en la escuela

aunque fuera de ella sea un pobre guiñapo, y, aprovecha al máximo la omnipotencia que ejerce en su territorio. La escuela es una prisión por turnos, incubadora del odio. Y el castigo sólo enseña a odiar, a repetir el ciclo de represión y venganza, de sumisión y rebeldías. Y nace la servidumbre ante el más fuerte, encarnación de la ley mientras tiene el látigo por el mango. Y nacen sentimientos de revancha, de no admitir jamás razones y esperarlo todo de la fuerza.

Gallegos profundiza este aspecto de la sicología infantil con ejemplos extraídos de la experiencia. Ahora va a las reacciones del niño frente al castigo:

"El educador no ignora que aquél á quien castigó le está maldiciendo internamente mientras se deshace en llanto, i se lo perdona con tal no lo manifieste con gestos ó palabras. Quizá no se da cuenta de que en este sordo rencor, está la verdadera rebeldía, el desacato á la autoridad que él representa, más que en aquellos gestos ó palabras con las cuales, no permite se exteriorice el sentimiento, porque el educador es un poco ignorante en eso de psicologías, las más de las veces, i no comprende que si aquella protesta se elevara, se salvaría algo precioso de la personalidad del educando que está pereciendo en aquel silencio.

"Quiere ser respetado y se contenta con ser temido, esto le abrevia tiempo y trabajo y como además es egoísta, no para mientes en el daño que ocasiona. Y el daño es grave: bajo su presión perece la personalidad moral del educando; mañana, cuando se transforme en hombre aquel niño, llevará en sí mismo, como fuerza de depravación, aquel odio cobarde, que le hará rebelde á toda ley, deber ó autoridad, i esclavo de toda fuerza, instrumento de toda tiranía".

Son observaciones de sicología práctica. ¿Qué ocurre dentro del niño ante el castigo? ¿Cómo reacciona? ¿Qué se lesiona, qué se rompe, además de la piel, de las orejas, de la cabeza? ¿Y qué satisfacciones siente el maestro? Mientras más doloroso es el castigo, ¿es más profunda la justicia o la enseñanza? ¿Y qué sienten los demás niños? Porque el castigo es un acto público, colectivo, para amedrentar, para atemorizar a los demás. Y, además, el castigo, para que sea más efectivo, más aleccionador, apenas admite el llanto del niño, pero ningún gesto, ninguna palabra de protesta. (Tragarse la quemante brasa del dolor, pero sobre todo de la humillación. Y dentro ya, no se apaga, sin embargo, no se convierte en rebelión). Que se quede por dentro todo el rencor y que surja la rebeldía frente a todo aquello que no lo castigue o lo veje. Se trata, pues, del asesinato en la personalidad incipiente. Diariamente el deterioro debe ser más hondo, tal como lo requiere el ciudadano en dictadura. Apagar posibles fuegos interiores. Que nada arda ya y todo se apague hasta dejar la oscuridad total en el espíritu.

Entrenamiento en temores y miedos.

Animalitos temblorosos por dentro y por fuera. Reflejos condicionados que responden frente al castigo o sus señales, símbolos del dolor en una extraordinaria identidad con la sangre, con las lágrimas. Tal vez se ha creado una escuela, más para el dolor que para la alegría. Todo sea para el empaque de una criatura del temor, porque se tocan todas las fibras del miedo. Gallegos analiza el hecho que conduce a la distorsión de la personalidad, a la fuerza de la depravación, a las rebeldías ante la ley y el rastrerismo ante el instrumental de las tiranías. Pero en sus novelas se ocupa de crear los

personajes de la rebeldía —en muchas ocasiones desafío voluntarioso, reacción primitiva— desbordada y ciega, objeto de un misticismo de violencia, un misticismo extraño, contradictorio, que empieza por una justicia en el acto supremo del sacrificio de lo más querido o andrajoso y famélico, y en última instancia, la decisión de matar o morir, hasta destrozarlo todo y quemarlo. Es cuando alguno de sus personajes ya no es "esclavo de toda fuerza", sino esclavo de su propia debilidad, cuando ya no le queda nada y se levanta —andrajo de la muerte— a ejercer su justicia, en la nivelación de la muerte.

Hay muchas otras rebeldías en las novelas de Gallegos, pero todas provienen de este atisbar originario de sus análisis. Porque no debemos olvidar un solo instante, que este magisterio de **La Alborada** se prolonga profundamente en la simbología de sus novelas.

Pero debemos volver a sus palabras.

Gallegos nos presenta sus conclusiones —“á grandes rasgos”...— como consecuencias fatales “de este absurdo sistema educativo” en la formación del individuo y el desarrollo de la sociedad. Un sistema educativo que se aplica no solamente en la escuela, sino en la calle, en todos los ambientes y que Gallegos engloba en la palabra **hogares**.

¿Acaso es otra la educación en el hogar? ¿Es distinta la calle con un no disimulado odio a la juventud, manifiesto en la constante corrección que ejercen los adultos? ¿No se cree cada adulto en el deber de reprender, de corregir, de castigar? ¿No se invocan constantemente los viejos tiempos

de respeto y sumisión de la juventud hacia los adultos? ¿No se quiere retornar constantemente —en un país de jóvenes— a una autoridad de ancianos? Y en el menor de los casos, ¿No hay una confesión permanente de no comprender la juventud de hoy? Y muchas veces se culpa a la escuela, a los maestros, de ese producto de la educación que es la juventud. Gallegos nos alerta ya sobre el particular cuando dice que el sistema educativo es "sancionado por muchos y tolerado por todos". Porque se busca un culpable, un autor de tales conductas desatadas. Pero Gallegos vuelve a la derivación moral como al principio de donde provienen tales males. Y aunque ahora no la nombra, "moral religiosa", se desprende de sus propias palabras:

"Ellas provienen, por una parte, de aquella ya enunciada ignorancia del principio i el fin primordiales de la educación, y por la otra, de la funesta privanza de un absurdo concepto moral basado sobre valores falsos, que ha conservado la tradición i respetan las costumbres". Nos atrevemos a pensar que esos valores falsos no son otros que los que basan toda la existencia en una actividad de cielos e infiernos. Amenazas permanentes de infiernos, de condenaciones, de fuego, de dolores eternos, o el cielo de la obediencia, de la servidumbre, sin rebeldías de ninguna naturaleza. Es decir, que hasta el más allá está dividido en **recompensas** y **castigos**, el bien y el mal en un ejercicio de justicias también vengativo y revanchista.

Gallegos sabe que estos atrevimientos —caracterizaba al ciudadano de la tiranía y del más allá— le traería graves consecuencias en la tierra y el cielo. Por eso dice:

"No se escapan á nuestra previsión la multitud de obstáculos que nos saldrán al paso, i ya contamos con el silencio que se hará á nuestro rededor, porque vamos en contra de arraigados prejuicios i tal vez de creencias erróneas, cuando atribuimos á las deficiencias de que adolece el factor social educación, buena parte de nuestros defectos nacionales".

El menor obstáculo es el silencio... hacerse los sordos para proseguir en la práctica dañina del sistema educativo. Y espera algo más que silencio de los profesionales de los "arraigados prejuicios" y de las "creencias erróneas". Y sobre todo, sabe que no pasarán por alto su prédica sobre el factor educación como culpable de "nuestros defectos nacionales".

(La terrible conspiración del silencio: Se buscan los antídotos a una ideología como si no se la combatiera, sin mencionarla siquiera).

En este IV artículo sobre "EL FACTOR EDUCACION", ya Gallegos no confía totalmente en la educación como instrumento para liquidar todos nuestros males. Pero, tampoco exagera su valor decisivo.

"Ciertamente que no pretendemos —concluye Gallegos— que con sólo corregir aquellas deficiencias hayan de desaparecer estos defectos, porque, aunque grande importancia le damos, no exageramos el valor de la educación hasta el extremo de creer que por sí sola baste á transformar la condición de una raza, extirpando sus cualidades hereditarias. Creemos, sí, que puede modificarlas á través del tiempo, aportando á la Evolución un elemento poderoso i

útil, creando hábitos que, fijados luego por la herencia, vengan a ser instintos, hasta formar un nuevo carácter de raza i para esto, queremos una educación racional, en la cual se sustituya el empirismo actual, por los métodos científicos, deducidos de la observación y la experiencia".

Ante todo, no confía en el correctivo, por profundo que este sea, y en el supuesto negado en artículos anteriores, por la incapacidad profesional de los maestros y la posición conservadora de los gobernantes, para sacar la educación del oscuro confusionismo deformador. La corrección de estos defectos —digamos, la reforma, la renovación educacional— "puede modificar a través del tiempo", la estructura. Gallegos le atribuye un larguísimo plazo a la reforma— con toda la importancia decisiva que le da a este factor—, desde el momento que requiere la fijación hereditaria para modificar el carácter, para establecer uno nuevo. (Se trata de la educación prolongada, larga, agotadora como la guerra de las mismas características. Una educación que parece no concluir su ciclo en cada generación para iniciarse en otra. O tal vez, ¿el principio de la educación permanente que no concluye en ciclos generacionales, sino que se prolonga, profundiza de acuerdo con la investigación humanística y científica?).

Esto significa un período demasiado prolongado, si tomamos en cuenta que las variaciones, para que resulten hereditarias, se pierden en la incógnita del tiempo cuando se trata de desarrollos superiores en la parte más elevada de "la evolución".

Todo lo anterior, se desprende, si nos atenemos al esquema racista que más o menos sigue Gallegos. Pero si partimos del hecho educativo como actividad adquirida —en el más amplio sentido de la palabra—, las reformas, las renovaciones, ayudan, permiten avanzar y hasta pueden obligar a transformaciones revolucionarias... a más corto plazo que la concepción hereditaria. No discutiremos tampoco lo de los nuevos instintos. Pero sí queremos destacar que, para Gallegos, ya la educación no tiene un carácter revolucionario a corto plazo, aunque siguen vigentes sus identificaciones libertarias.

La educación —según el criterio galleguiano— crea un hombre y, asimismo, puede destruirlo para dar paso a otro superior, con posibilidades individuales y colectivas que lo colocan en la posición de luchar por la libertad. Ese hombre no sale de la escuela que analiza. Al contrario, el individuo que produce, niega la sociedad que lo engendra sin modificarla en lo más mínimo y es presa fácil de quienes personifican la fuerza con carácter de ley.

En sus novelas, los símbolos se transforman en muy corto plazo, con educación. No esperan el largo periodo de la variabilidad hereditaria para crear nuevos instintos.

La educación permanente no es un problema de herencia biológica, sino ideológica y cultural, revolucionaria.

IX

**EL LARGO SUEÑO DE OSCURANTISMO
QUE DUERMEN**

El V artículo sobre "EL FACTOR EDUCACION", viene con el subtítulo, **El Concepto Moral**, en un intento de Gallegos por presentar a las fuerzas del oscurantismo como el más poderoso obstáculo para las reformas en la "evolución social". El concepto moral parece una barrera insalvable. Se ha apropiado de la voluntad del hombre para entregarlo maniatado en brazos de la tiranía. Es tan poderosa su influencia que ya **La Alborada** llega a su fin, vive sus últimos momentos, aunque se aferra a la vida con desesperados gritos de esperanza.

Ya Gallegos sabe que **La Alborada** —con todas las promesas de reformas, con la firme decisión de meditar y elaborar mejor los temas del pensamiento universal, con todo y la invitación a los maestros para que la tomen en sus manos como amplia cátedra de más dilatada audiencia—, vive los días de su última entrega, agoniza, se queda con lo mejor de su semillero en las alforjas. Casi todos los artículos de este número de la revista, tienen el amargo sabor de la oscuridad y el silencio. Del largo sueño del oscurantismo que duermen

no pueden despertarlos estas breves campanadas. No se sale de una larga noche con un solo y grande amanecer. El camino no está sembrado de flores ni son apacibles las aguas, ni hay palabras mágicas capaces de romper la dura costra de los oídos con apenas la fuerza de voces incipientes. Como confiesan **los alborados** sus autores en la nota editorial de este número VIII, el último de **La Alborada**:

...“harto sabíamos que el camino no sería recto y uniforme, como sabíamos también que no sería demasiado plácido, y que no todas sus márgenes estarían embalsamadas de flores...”

La voluntad de un solo hombre no produce el cambio. Pero es que tampoco existe ninguna voluntad de cambio en el hombre y en quienes rodean y asesoran a este hombre. Gallegos lo sabe desde el principio y alerta, como ahora, también contra el Congreso, herencia de Castro. Y eso, sin saber que las cartas de los gobernadores regionales sólo se refieren a la escogencia de **hombres de confianza, gomeros auténticos**, de vieja estirpe, con raíces bien profundas en la causa.

Y en el suelto que sigue al Editorial, dirigido a **LOS HOMBRES DE PORVENIR**, la juventud no contaminada: tal vez quienes no han nacido todavía, la invocada esperanza cuando se cierre la noche, **confiesan**, con alguna amargura, aunque con mucho de optimismo al dirigirse a las generaciones futuras:

“En verdad que acaso no nos tocará iniciar obra como ésta, pero qué hacer; una secreta voluntad, producto acaso del ambiente removido, nos arrebató y nos sacó á la luz, á la hora

en que debíamos permanecer todavía, templando secretamente las energías, y acopiendo los brios para las futuras luchas".

Un secreto reproche acosa a los alborados por salir en una hora engañosa, falsa, demagógica, oportunista. (El ambiente de libertad era una farsa. Apenas un sueño para engañar incautos, soñadores, jóvenes imaginativos, ya cansados de esperar la hora propicia). Y sobre todo, dejarse arrebatar, dejarse llevar y alentar una esperanza vana. Confiesan asimismo que les faltaba la preparación y la fuerza para salir a la calle, para salir del silencio y la oscuridad. Parecen ver que sólo con una insignificante fuerza moral gigantesca no se podía combatir de una sola vez "el largo sueño" en medio de la oscuridad en que duermen. Porque no se conformaban solamente con el gesto, con el símbolo, sino con algo real y verdadero que permitiera desentrañar el futuro.

Y en un intento de Henrique Soublette por decir más, por anatematizar, escribe un ZARATHOUSTRA VINO A NOSOTROS. Quiere ser ofensivo y marcar con fuego la ofensa. Quiere insultar. Y Zarathoustra llega y, por supuesto habló también después de mirarlo todo, y andar, y hasta asistir a una revolución. Algunas palabras suyas son demasiado amargas y la salida humorística final resulta más triste todavía. Comienza por anunciar el desastre, la condenación, "el mal que os acabará", pero no fija fecha para este día del juicio. Y les dice a los hombres por qué están condenados y no merecen ningún perdón:

"Habéis hecho de la Verdad un pretexto para mentir, y esto no os será perdonado (...) Habéis falsificado los principios y

los valores hasta perder definitivamente la conciencia (...) He visto en vosotros reputaciones mentidas, fabricadas á fuerza de bajezas y engaños (...) He visto doctrinas hipócritas, urdidas para encubrir arterías y ruines ambiciones (...) Y he visto muchas, muchas falsedades más (...). Otro elemento vital de que carecéis es el Valor; sois cobardes hasta lo imposible; me recordáis al mono que tira piedras desde lo alto de los árboles, al calamar que se envuelve para huir en la negrura de su tinta, y á aquel otro animal que emponzoña el aire en su fuga, defendiéndose con su única arma: la fetidez"

Y así concluye el artículo alegórico:

"En una palabra, que vuestra nobleza, y vuestro entusiasmo, y vuestra filantropía, y hasta vuestro valor cívico que os hace afrontar el martirio, me huelen á especulación... "Y es por eso, que vengo á anunciaros el desastre..."

"Así habló Zarathoustra.

"La multitud rebullió, se oyó un gruñido de cólera y todas las piedras de la calle subieron á una... "Y un granuja, que tenía en los ojos la picardía, de quien vé muchas cosas, dijo con voz clara en medio del bullicio:

— "¡Zarathoustra busca un Ministerio!"

Está demás anotar que los vicios que encontró Zarathoustra fueron los mismos con que tropezaron los alborados en su incomparable prédica. Era el mismo ambiente de corrupción y, por supuesto, la misma multitud que al final dudó de sus palabras y los confundió con tanto predicador y prevarica-

dor. Las palabras, por sanas que fueran, por buenas y extraordinarias, merecían la misma confusión. El mal estaba muy profundamente arraigado.

Y en este ambiente —cuando se predica la sumisión a todos los jefes—, Gallegos viene con su **concepto moral en el factor educación**. Hay un fondo que guía el espíritu y que modela el carácter de los hombres, difícil de allanar. Y hasta difícil de tratar. Sin embargo, Gallegos no le teme y lo trae a discusión. Probablemente, desde entonces a Gallegos se le fiche como laico, ateo, comunista, enemigo de la religión y las buenas costumbres. Tocar el tema era una temeridad. Pero Gallegos lo plantea sinceramente, con honestidad, con el más puro deseo de encontrar los orígenes del mal para combatirlo.

He aquí sus palabras:

“Henos en presencia del más poderoso obstáculo que estorba en el camino de las reformas que han de llevarse á cabo para dotar á este factor de evolución social, del valor i eficacia que reclaman las necesidades de la raza y las exigencias de la época, conjuntamente. Cosa harto fácil sería sustituir de una vez el antiguo empirismo por los métodos científicos que prescribe la psicología á la educación, si se compara con esta otra ardua empresa de reaccionar contra arraigados prejuicios sociales, sobre los que se apoya el absurdo de un concepto moral que, en abierta oposición á la voluntad de la naturaleza, cuenta para su mayor afianzamiento, con la autoridad que le dan las creencias religiosas, cuyas prescripciones han sido desde largos siglos el único fundamento de la moral en los pueblos católicos.

"En efecto, tan íntimamente ligadas están en la conciencia de nuestra sociedad estas dos ideas de religión i moral, que todo esfuerzo intentado contra una parece que debiera repercutir necesariamente en la otra; y aunque su independencia es cosa fácil de reconocer, si se quiere reflexionar un instante; por ser contraria á nuestras ideas hereditarias, i por dañar quizá intereses de alguna casta, nada más difícil y peligroso que hablar de ello á quienes están obligados á acallar su razón, cuya voz pudiera despertarlos del largo sueño de oscurantismo que duermen".

Para Gallegos, estorba, se interpone como obstáculo, impide las reformas educacionales esta coyunda moral-religión. Es decir, cualquier reforma es inútil, insignificante, ineficaz, frente a la valla que en no pocas ocasiones se transforma en pared, en muro que impide ver la luz. (Las revoluciones en muchos pueblos tropiezan también con este obstáculo. La revolución por dentro, en el espíritu, resulta más tardía. En una reforma parcial de la sociedad —no en una revolución total— las fuerzas oscurantistas —sembradas en el alma— impiden, por todos los medios de que disponen —exigencias de la época). Gallegos ve fácil la sustitución —en teoría, por supuesto, y siempre que se cuente con la intención y la voluntad para la reforma— del método **canalla** por los métodos **científicos**. Y nos invita a comparar la tarea de liquidar el "antiguo empirismo" con los "arraigados prejuicios sociales, sobre los que se apoya el absurdo de un concepto moral". Se trata de la más extraordinaria revolución de un pueblo. Aun con la liquidación o la reducción del poder de la iglesia —como fuente de sustentación de este arraigado prejuicio social— el hombre continúa en la adoración del becerrito de oro, por mucho tiempo, aunque

conscientemente trate de negarlo y reprimirlo. Estamos frente a un grande obstáculo. Y, sobre todo, en los pueblos católicos, donde la concepción moral está intimamente ligada a la creencia religiosa. La vida de una está encadenada a la otra. Además, ya no sólo se realiza el combate en el campo puramente ideológico, sino que tiene que ver con los intereses de clase identificados con el poder. La religión, expresa en el concepto moral, crea las bases espirituales para la aceptación del mal en nombre de una supuesta conquista del bien.

Por ahora no queremos adelantarnos al pensamiento de Gallegos, pero no tenemos la menor duda en este aspecto, cuando liga los intereses de esa moral (religiosa), a los intereses de la tiranía.

"Sinembargo —afirma Gallegos—, habremos de hablar, porque si la adquisición de un ideal cualquiera ha bastado siempre para dar á un pueblo sentimientos comunes capaces de crear reglas morales, y poco importa que el valor teórico de este ideal esté constituido por el culto de la patria ó de los dioses, no menos cierto es que si este concepto moral obra como fuerza depresiva sobre el individuo, se convierte en factor de decadencia y pone á la colectividad en riesgo inminente de perderse; y además, ¿podrá acaso, influir ó influye en el presente en la conducta de nuestra sociedad una sanción moral hecha de perspectivas tan lejanas —en el caso de que las hipótesis religiosas fuesen verdades demostradas— como lo son las recompensas y castigos de la vida futura?"

Es decir, no se trata de una condenación por la condenación misma, un prejuicio contra otro prejuicio. La denuncia de

este concepto moral se hace necesaria cuando se convierte en antifuerza del progreso sobre los individuos y la sociedad. Cuando opera como elemento depresivo para convertirse en declive, en caída, en ruta franca hacia la decadencia. Si no ayuda a los hombres en la conquista de la libertad, la moral se convierte en atadura, en prisión, en cascarón irrompible que impide los nacimientos. Un ideal, si arraiga en los hombres, si realmente es guía, engendra a su vez otra moral que permite salvar todos los obstáculos. Aun aquellos que exigen el máximo sacrificio. Pero si seguimos un ideal con una moral prestada, extraña a ese ideal, vamos camino de la perdición. Nos enredamos en los trazos del círculo de tiza y no avanzamos. Un ideal de vida futura feliz sobre la tierra debe ser distinta a aquélla que promete una vida futura... en el cielo. Las perspectivas lejanas —y para Gallegos el cielo es una hipótesis religiosa—, ni siquiera en el caso de que fueran demostradas, no ayudan al hombre en ningún desarrollo.

Gallegos trata de demostrar cómo opera esta moral en el individuo, cómo se manifiesta en la vida real y verdadera de los hombres.

Gallegos dice:

“La experiencia nos enseña cómo, apenas salido de la escuela ó libertado un poco de la influencia del hogar, el joven á quien desde niño se educó en tales máximas, rompe gradualmente con los escrúpulos que lo encadenaban á aquel temor supersticioso i termina en darse por entero á la más completa relajación moral. Culpa del siglo, exclaman entonces los defensores de la doctrina, sin detenerse á querer considerar que es de esta misma doctrina la culpa, porque es

ella quien fomenta esa depravación que de día en día cunde pasmosamente. Aquel á quien se inició en el pecado por la hipocresía y el descaro que dá la facilidad del perdón, á quien se enseñó á gustar de la falta sin riesgo alguno, porque el único prometido era cosa fácil de evitar, á quien se adiestró en la burla i violación de aquello mismo que quería constituirse en suprema ley, mal puede respetar otra alguna, ni enfrentar su pasión cuando apenas le cuesta un gesto de humillación i una frase hipócrita, lavar la mancha de su conciencia. I luego, este mismo escrúpulo se debilita de vez en vez, hasta el libertinaje final á que van á parar fatalmente los que, niños, temieron pecar con vivir".

Esta moral —y seguimos en la concepción de Gallegos— crea las primeras ataduras en la escuela y el hogar. Es decir, en esos dos lugares donde los castigos celestiales e infernales son traducidos literalmente en daños corporales ejecutados fielmente por los maestros o los padres y representantes... en la tierra. Estos últimos ejercen funciones delegadas del cielo. Pero tan pronto cesa esta vigilancia, esta guardia ante el iniciado, se produce la liberación. Y es una liberación que generalmente no reprimen en la calle quienes velan por las leyes.

No pocas veces se ha dicho, y se ha analizado, cómo el combate teórico contra los pecados incita a cometerlos, a probarlos al menos. Los escrúpulos creados en teoría —mediante la predica del mal y las luchas denodadas del bien con las identidades de las debilidades de la carne— provocan convertir la propia carne en una débil criatura. No hay más remedio que comerse la manzana.

Se trata de una moral hipócrita con unos débiles castigos más hipócritas todavía. Al parecer estamos en el lado contrario de las cosas. Las palabras, las frases, las oraciones, las humillaciones y humildades fingidas, absuelven, perdonan y dejan limpio al individuo para comenzar de nuevo el ciclo de pecado y perdón. No hay pecado que no tenga su perdón. En el hogar y en la escuela se realiza el milagro de sustraer al niño del mundo donde va a vivir cada vez que traspone esos umbrales. Se siembra una moral en abstracto, pero con los ejemplos muy claros tomados de la realidad en un lenguaje simbólico.

Gallegos dice que es un sistema bueno para vivir fuera del mundo:

"No negamos que sea este, el mejor sistema de educación moral que pueda darse á los que van á pasar toda la vida en un claustro ó en un oratorio; los hombres de Dios deben evitar el mal por el infierno, i practicar el bien por el Cielo, pero los hombres de la Vida requieren una moral más desinteresada i es necesario robustecer su Conciencia, acrisolándolos en una noción más humana del deber".

Es el ideal de la abstracción continua, cerrada, sin agujeros hacia el mundo. Emparedarse, empozarse, ni siquiera respirar aires primaverales capaces de traer contaminaciones. Vivir una especie de infierno en la tierra —sin ver el mundo siquiera— para conquistar seguramente el cielo. Hombres y mujeres en existencias cielo-infierno, frente a hombres de la vida. Para estos últimos —con una Vida con mayúsculas— se requiere una moral basada en el robustecimiento de la Conciencia —también con mayúscula— donde

no se pierda lo humano por la carga de deberes. Es decir, en el claustro no se desarrolla el hombre para la vida, para el mundo, para la contingencia de vivir. No se puede vivir siempre en la clínica del alma, fuera de la realidad, extraño a la sociedad, como un islote sacado por magia de las olas y las tormentas terrenales.

(Aquí vuelve Gallegos a sus días de Seminario, donde no pudo ser cura. Ni darle la espalda al mundo. Parece que el círculo se cierra por la vía de una moral extraña a la vida).

Gallegos vuelve sobre el tema en sus novelas. Recordemos los arrebatos místicos de Reinaldo Solar y luego su vida libertina. Se despoja del cascarón de santidad tan pronto mira, vive la realidad de la vida, de la calle, del mundo.

Gallegos continúa su análisis:

"Pero aún hay algo peor i es que el modo cómo, violando la voluntad de la Naturaleza, este concepto moral pervierte los hombres, afeando con la idea de pecado todo cuanto es hermosa ley de Vida, e invirtiendo los más preciosos valores humanos. A cada virtud ha dado esta doctrina un nombre de vicio i ha hecho meritoria toda miseria. Humildad de esclavos que abomina toda altivez, desinterés de mendigos que aniquila todo valor, generosidad de agonizantes que quieren encadenar la Vida á su propia muerte".

En la denuncia anterior encontramos uno de los más profundos alegatos galleguianos. Sin embargo, no queremos profundizar más en torno a sus palabras. Queremos dejarla intacta a los futuros intérpretes.

"En nombre de esta moral —sigue Gallegos— se opriime, desde que comienza á evidenciarse en el niño, la personalidad, negándole todo derecho á cultivar sus propias facultades, porque muy reducido es el campo que se concede á los vuelos de la razón i porque nada puede hacer por sí mismo para vencer la fatalidad que lo rodea. Su más pequeña tentativa se considera como una rebeldía, en torno suyo sólo encuentra amos intransigentes, padres y maestros, de quienes ha de ser dócil instrumento, i sacerdotes que le escrutarán á cada paso hasta lo más íntimo de la conciencia en nombre de una autoridad que les confiere el derecho de juzgar todos los actos humanos i según ellos, decidir con un solo gesto de la suerte de las almas".

El método usado por los educadores, que comparamos con una cárcel en miniatura, asegura la infalibilidad de represión en esta moral descrita por Gallegos. No hay modo de escapar, no queda una brecha, un agujero por donde huir porque a la "disciplina" en cuerpo corresponde una "modelación" del alma. Pero ambas tienen, se sustentan sobre castigo y perdón y más de lo primero que de lo segundo. Nada queda fuera del encierro y el acoso. Y al repetir del magister en una mecánica para la memoria sigue la sinrazón de aceptar unos dogmas como verdades, negando toda posibilidad al desarrollo lógico, racional, dialéctico del conocimiento. Y por este camino se llega a la aceptación de todas las cosas dadas de una sola vez y para siempre. Se niegan las cosas como procesos y más todavía como devenir. Hay un estancamiento: para sumergirse y lograr la impermeabilidad de la vida. Aceptar, memorizar, defender las cosas sin ninguna discusión, sin dudas, y más todavía, sin rebeldías. Nadie puede dudar ni siquiera para tratar de comprobar las

verdades establecidas. Cualquier iniciativa es una rebelión que se reprime a sangre y fuego. Gallegos llama amos intransigentes a padres y maestros porque los niños son esclavos y hasta algo menos: "dócil instrumento". Y de los padres y maestros, de esos amos o dioses menores que tienen una regla para todo, una ley de pequeño mundo, el niño cae en otro juez supremo con autoridad suprema, con rayos infernales que le siembran el alma de temores y miedos. El niño cae en manos de sacerdotes que, como dice Gallegos, "le escrutará á cada paso hasta lo más íntimo de la conciencia en nombre de una autoridad que les confiere el derecho de juzgar todos los actos humanos i según ellos, decidir en un solo gesto de la suerte de las almas". Y así surge también un venezolano juez de todo lo humano, tribunal de la perfección que condena a cada instante a sus semejantes. Seres intransigentes que no ven en los demás otra cosa que sus defectos para guardar muy bien los propios, a su vez intocables en la serenidad de su magistratura. ¿Acaso no estamos ya cansados de tanta gente que nos juzga gratuitamente? ¿No es insopportable ya tanta censura?

Gallegos concluye su artículo con estas palabras:

"Pero confesemos que este sistema de educación moral es el más adecuado á los fines que persiguen los directores de la Sociedad; con él, está asegurada la ecuanimidad, garantía de sus privilegios que sólo pueden medrar a costa del aplanamiento total, i en este sentido es el sacerdote quien más servicios presta, porque él está encargado de mantener la sombra que impide ver las verdades peligrosas i predicar la sumisión á los jefes de todo género.

"Sin embargo, á nosotros incumbe decir con Eliseo Reclus 'tratemos de salvar á nuestros hijos de la triste educación que nosotros mismos recibíramos; tengamos la firme resolución de hacer de ellos hombres libres, nosotros que aún no tenemos de la libertad sino la vaga esperanza".

Como no se trata de crear un hombre en libertad sino en sumisión, como no se quiere un ciudadano consciente sino sometido, como lo que en el fondo interesa son esclavos y no hombres libres, no valen protestas; esta es la moral que interesa a los "directores" como los llama Gallegos, de la sociedad. Es decir, a los dictadores, a los amos, a quienes tienen necesidad de aplastarlo todo a su alrededor y entre otras cosas las incipientes rebeldías que comiencen a aflorar en la conciencia. Las tiranías no admiten otra moral. No caben razones, principios, discrepancias, discusiones, nuevas concepciones del mundo y de la vida. Por eso crean las bases para los dogmas paganos. Aquellos que se fundamentan en la admisión de los hechos dictatoriales. Gallegos ve en el sacerdote el principal servidor de esta moral. Porque el sacerdote es una especie de guardián, de alerta vigilante de las almas, que impide cualquier manifestación —por pequeña que sea— que puede transformarse más adelante en rebeldía. El sacerdote "está encargado de mantener la sombra". Es por eso antípico de la noche. Y esto en el lenguaje de los **alborados** tiene una significación real y simbólica del tamaño de toda la oscuridad. Impide la luz, el alba, los nacimientos, todo aquello que alumbría. Pero al mismo tiempo predica desde la noche una doctrina de esclavitudes. Y no es una prédica que se limita al alma, a despojarse de las maldades de la carne, a un sometimiento divino, sino que garantiza la sumisión sobre la tierra y en

Venezuela "á los jefes de todo género". El sacerdote es así un aliado del tirano, el mentor, el guía de sus víctimas, tal como presenta Gallegos a los maestros en este entendimiento, en este convenio. Visto de otro modo, es la moral que las clases explotadoras imponen a los explotados. Ella garantiza intereses inalienables. Y cualquier análisis se considera pecaminoso. Porque los poderosos están totalmente de acuerdo en el criterio simple de que si es buena hasta allí para sus negocios, es la mejor moral para el pueblo. Nadie puede intentar modificarla, y tampoco, nadie está dispuesto a oír una reforma —por pequeña que sea— que provoque rebeliones, protestas, alzamientos contrarios al estado de cosas.

Ante este cuadro, Gallegos repite con Reclus un llamado a luchar, a combatir la tiranía en todas sus manifestaciones y, sobre todo, en aquella que le da sustentación desde dentro de lo más puro del hombre. Proclama que hay que hacer el hombre libre, el hombre nuevo, uno que se guía por la conciencia, con una voluntad de renovación y con un quehacer ciudadano que liquide la resignación y el sometimiento. Por eso recomienda liquidar ese grillete que se impone desde la niñez a través de un sistema educativo que crea el hombre ciego de la tiranía. Terminar con el largo sueño de oscurantismo para que al fin no se vea la libertad como una vaga esperanza. Y esta enseñanza la prolonga Gallegos a través de todas sus obras con personajes centrales voluntariosos que se imponen a la naturaleza y la vencen, la dominan hasta convertirla en verdaderos caminos de libertad.

Hasta aquí —con este último artículo— llegó **La Alborada**. Sus posibilidades de cátedra abierta, de enseñanza diaria, no mueren con ella ni con sus autores. Aún trascienden estas voces cuando ya hace tantos años murieron quienes pretendieron callarlas. Hasta nosotros llega fresca la lección que no se acaba con todas las posibilidades de análisis para encontrar nuestra verdad de hombres y de pueblos.

Y con Gallegos nos preguntamos:

¿Ya tratamos de crear al hombre que no vea la libertad como una vaga esperanza?

¿Ya le hemos dejado intacta su capacidad para todos los vuelos?

¿Preparamos al joven de hoy para las grandes luchas del hombre?

Un grupo de intelectuales se dirigió una vez a Castro y Gómez —de triunfante mandonera— invocando las posibilidades que abría el nuevo siglo (el XX) ante nuestro pueblo. Nosotros estamos a 23 años de un nuevo siglo que se identifica como reto para nuestro pueblo en la conquista de su felicidad.

¿Estamos preparando a nuestra juventud para este reto?

¿Llegaremos al siglo XXI con algo más que la esperanza?

Las ideas educativas de Gallegos en “*La Alborada*”, aún nos dan luz... Se imponen a las sombras.

ÍNDICE

	Pág.
I UNO QUE NO FUE NI CURA NI DOCTOR NI GENERAL	5
1 Ni cura ni doctor: maestro	9
II EL DELIRIO DE UNA ALBORADA.....	23
1 El hombre del Delirio	30
2 Parecía un amanecer	34
3 Los alborados	35
4 "La Alborada".....	39
III UNOS QUE SALIAN DE LA OSCURIDAD ..	47
IV UN SOLO CAMINO: EL PORVENIR	69

V INCLINAR LA BALANZA... CON LAS REFORMAS	95
1 Las Causas.....	109
VI HACIA LAS FUTURAS LUCHAS DEL HOMBRE	143
1 "Cárceles que se llaman escuelas y liceos".	147
2 El educador es el cómplice del tirano	156
VII UNA EDUCACION PARTIDA EN DOS	183
VIII UNA MEZCLA DE SERVIDUMBRES Y REBELDIAS	215
2 La Escuela como Aparato de Represión ...	231
3 Rebelde a toda Ley, Esclavo a toda fuerza .	244
IX EL LARGO SUEÑO DE OSCURANTISMO QUE DUERMEN	259

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES DE AVILA/ARTE,
S. A. (AVILARTE), AVENIDA
AGUSTO CÉSAR SANDINO, MARÍPÉREZ,
CARACAS, VENEZUELA, EN EL MES DE
ENERO DE 1978.

Rómulo Gallegos, ideas educativas en “La Alborada”, de José Vicente Abreu, es ante todo el sustrato ideológico sobre el cual, más tarde, se levantará toda la obra del novelista.

José Vicente Abreu analiza los temas que preocuparon al maestro Gallegos en sus primeros años (1909) en el mundo de las letras. Aquí aparece lo que más tarde será novela, ficción sobre la base real de un pueblo que busca su destino.

El ensayo de Abreu es reportaje, glosa de una toma de conciencia, historia viva que se asoma al pasado y al presente en sus esencias y en su vigencia. Un Gallegos que no fue **ni cura ni doctor ni general**, pero que como personajes los anima en su obra para bien o para mal, en ese compromiso permanente con la libertad.

Sin duda, es un Gallegos nuevo, extraído de lo más viejo de su quehacer literario.

En este libro encontrarán los críticos, los educadores y el lector común, las proposiciones para el análisis de un Gallegos poco conocido, uno que se planteó los problemas del país para luego resolverlos en sus creaciones literarias.

Abreu ha publicado entre otros libros: **Se llamaba SN** (trece ediciones en cuatro idiomas), **Manifiesto de Guasina, Guasina, Las cuatro letras y Toma mi lanza bañada de Plata**.

